

RAUL RANGEL FRIAS

TESTIMONIOS

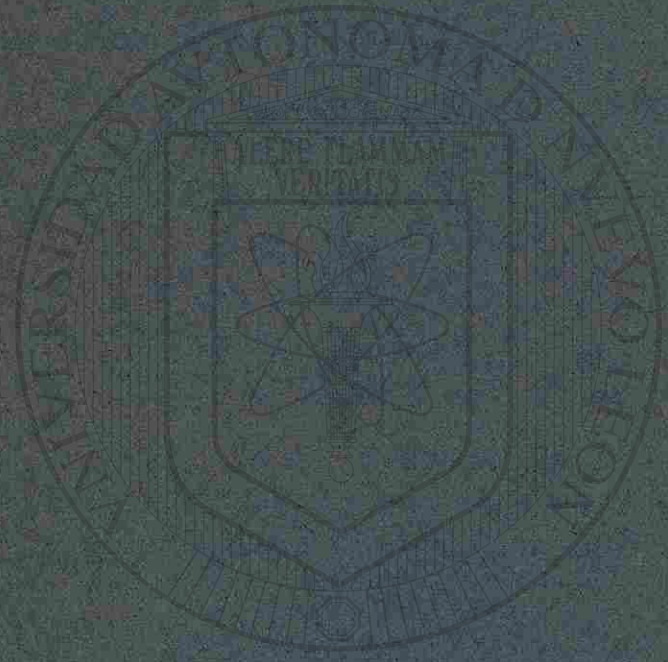
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
MONTERREY
1961

THE STIMULI OSES

W. FRIAS

AC75
R35

52208

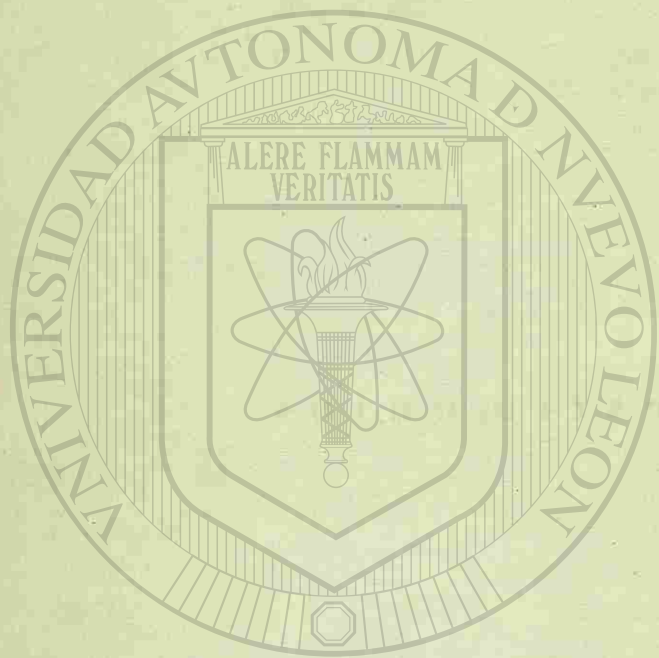


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





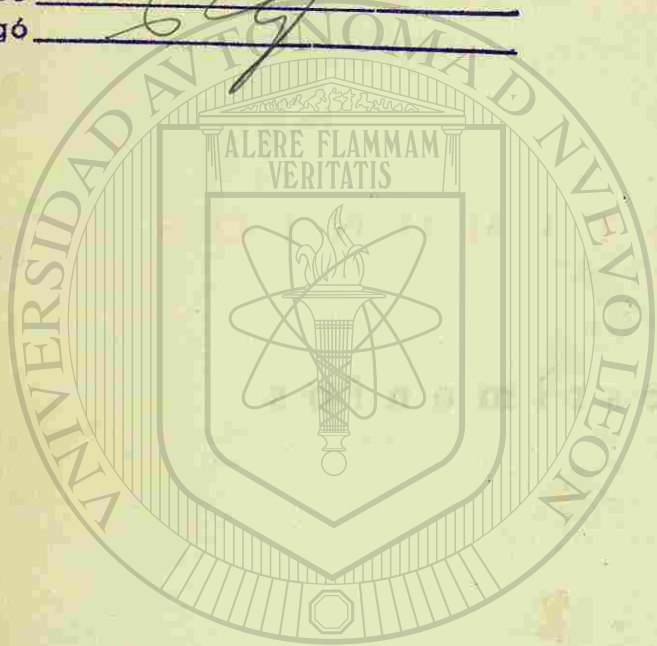
Testimonios

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. NL
Núm. Autor M864
Núm. Adg. R196t
Núm. Adg. **064601**
Procedencia 1
Precio _____
Fecha 1 - AGO. 1970
Clasificó _____
Catalogó 659



RAUL RANGEL FRIAS

TESTIMONIOS

FONDO DR. GUILLERMO CERDA
DONACION



AC 75
R35

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

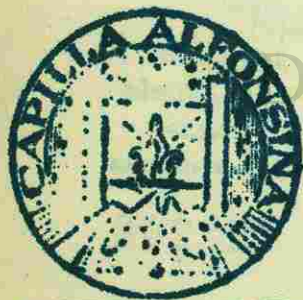
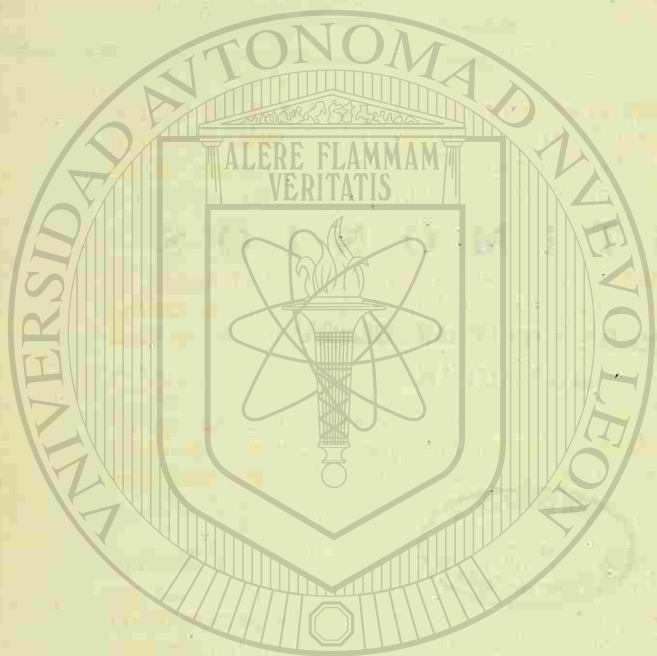
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
MONTERREY
1961



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

064601

AC75
R35



ESTE libro es el testimonio de gratitud de la Universidad de Nuevo León al ciudadano Gobernador Constitucional del Estado, licenciado Raúl Rangel Frías, por su decidido empeño en forjar una Universidad más vigorosa y eficaz.

Es también el reconocimiento de una Institución, al gobernante que con su vertical honradez y con su actitud política, honra su calidad de universitario honrado así a su Alma Mater.

En este volumen se reúnen las ideas dispersas en revistas y periódicos, y las palabras que el ex-rector de nuestra Máxima Casa de Estudios pronunciara en congresos educacionales y actos públicos.

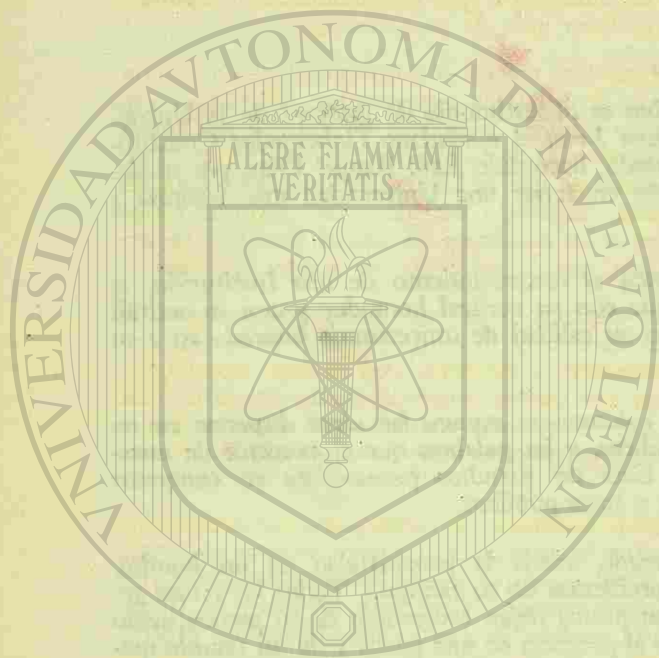
Su contenido refleja la personalidad de un hombre atento a los problemas de su tiempo. Todos los temas generados por su pluma dejan testimonio de su preocupación por contribuir al progreso de una patria y de un mundo mejor.

Como universitario aporta su conocimiento de los problemas educativos, proponiendo soluciones. Como rector enuncia el propósito por el cual se debería construir la Ciudad Universitaria de Nuevo León, que más tarde materializó como gobernante.

Reciba pues, Raúl Rangel Frías, este libro, testimonio de gratitud del Alma Mater al hijo leal, que no olvidando su origen, devuelve prendas a quien alimentó su espíritu.

LA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

064601



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TEORIA DE MONTERREY

El motivo fundamental de traer a la memoria el pasado de una Ciudad, no debe consistir en el sentimiento de orgullo o de vanagloria que frecuentemente impulsa a los hombres al hacer gala de su genealogía.

Más legítimo será referir el propósito al deseo de honrar la memoria de nuestros antepasados. Pero aun esta consideración no bastaría a explicar el esencial significado de este 350 aniversario de la Ciudad de Monterrey. Para mí es el fenómeno de que la Ciudad ha adquirido conciencia de sí misma, habiendo llegado a su madurez espiritual. Es decir, a un momento en que el pasado adquiere un matiz especial que lo convierte en tiempo histórico.

Ocurre en efecto, que no todo transcurso temporal es histórico. La conciencia lleva un registro particular que no coincide momento a momento con el dato cronológico. Se ha menester que ciertos acontecimientos sirvan de eminencias para que los sucesos ocurridos con anterioridad se organicen en una perspectiva visible para la mirada interior del alma.

Este singular fenómeno de reconquista del tiempo descubre el pasado y lo incorpora al lote de nuestra experiencia, como un recurso de que puede echar mano el ser vivo para sus futuras acciones. Pero sólo se opera de trecho en trecho, en la medida de ciertas modificaciones profundas que afectan a la estructura de la conciencia y provocan una variación brusca, como ocurre en las mutaciones biológicas. Son las articulaciones o módulos que permiten considerar la historia de un hombre, la de un pueblo, o la de una ciudad como organismos espirituales.

Sobre este particular no creo equivocarme al señalar la nota más significativa del 350 aniversario, en la realización de uno de esos momentos que se pueden llamar, con un poco de énfasis, épocas históricas.

Si ello es cierto, cometeríamos una deslealtad con el

espíritu de los hechos, al dejar de practicar en este día la operación de resumen y balance que requiere toda obra en que se ha concluido un capítulo y se tiene el siguiente a la vista, todavía en blanco.

Pero, antes de introducimos por los senderos del pasado conviene hacer la observación de que la ciudad de Monterrey, no obstante la carga de tres siglos y medio de existencia, aparece juvenil, emotiva y ligera. Dan ganas de apropiarse en una variante la expresión del poeta jerezano para llamarla "joven señora."

Por lo demás, este regazo maternal no ha sido nunca un lecho suave y mullido. Con mucha exageración quizá, pero exacto en múltiples sentidos, se le podría llamar el valle de la desilusión. Aquí se desvaneció el sueño de grandeza de Luis de Carvajal. Fallaron luego las esperanzas, salvo breves espejismos, de las bonanzas mineras. La condición agreste y montaraz de los indígenas frustró la fundación de ricas haciendas campestres; y ni siquiera la ganadería quedaba a seguro de las furiosas acometidas de los nómadas. Por último, entre las avenidas de las torrentes y la frecuencia de las fiebres la ciudad vivía en inminencia de muerte. A lo largo de dos siglos y medió el resultado de la lucha con los elementos era todavía incierto.

Tal es nuestra primera edad en que se enfrentan y atacan dos formidables antagonistas, la naturaleza y el hombre. El teatro en que se desarrolla la escena tiene una impresionante majestad. Un colosal parapeto de montañas cierra el horizonte por el Sur. Desprendidas de la cordillera principal, a manera de puntas de lanza, entran al valle dos serranías, una por el camino del oriente y otra por el oeste. De los estrechos cañones que se forman en el corredor poniente de las montañas, bajan aguas a torrentes por un cauce que serpentea en la falda de las montañas. El valle sólo está abierto hacia el norte en semi-circular planicie casi desértica.

Obligados por la necesidad de tomar cerca el agua y a seguro de los ataques de los indígenas, los primeros po-

bladores se asentaron entre las cañadas, bajo una tupida vegetación, envueltos por la humedad, el calor y densas flotillas de insectos.

La ciudad estaba vuelta de espaldas al centro de gravitación de la Nueva-España. Fue un lugar de escaso tránsito, aún por los viajeros que pasaban a las fronteras más lejanas del virreynato. Estos preferían internarse por Saltillo hacia Monclova y San Antonio de Béjar. Las batidas tropas de Hidalgo soslayaron el camino a Monterrey y también Santa Ana hizo otro tanto. Quizá el primero que cruzó la ciudad en viaje directo a internarse al Centro de la República fue el ejército del invasor norteamericano.

La relativa cercanía del puerto de Tampico resultaba ineficaz, por las complicadas reglamentaciones del tráfico que rigieron el comercio marítimo de la Colonia y los riesgos de la travesía. En resumen, la ciudad quedó sitiada por el desierto, la montaña y el rigor del clima y la pobreza general de las tierras.

Con apoyo en estos antecedentes parece un complicado acertijo decifrar la prosperidad y la grandeza contemporánea de Monterrey. Pero, es que no hemos tocado el capítulo relativo al hombre y a las oportunidades que ofrece la historia de los pueblos.

La primera parte de la lucha entre la naturaleza y el hombre, parecía ganada por aquella; más sólo en apariencia. Los pobladores españoles no abandonaron jamás la tierra —después del fracaso de Carvajal— y a sus virtudes de padres y generadores de pueblos habrá que abonarles este hecho. Cierto es que tuvieron que acomodar su condición humana a la resequedad y bravura de la tierra.

En esa mutua relación del paisaje y el hombre, tenemos la determinación histórica más arraigada de esta comarca. Aun más que el cruce de las razas, la acción de la tierra engendra el mestizaje. Y donde falta, como es el caso, la mediación humana del indígena, a través de las

especies vegetales y hasta de la montaña o el río, se verifica esa trasmutación de un pueblo antiguo en otro nuevo.

Los pobladores del Nuevo Reyno de León llegaron aquí españoles, donde se transformaron en criollos y acabaron en heredarnos una patria que es México.

La revolución de Independencia puso al descubierto esa transformación que se venía operando en cada poblado y ranchería, avasalladora y secretamente. Nada más mexicano que el rancharo de la frontera, cuyo tipo físico y psicológico quedó sellado en el siglo XIX. Se asemeja, aun que menos vistoso al charro del Bajío; la pobreza de su indumentaria se realza con la talla vigorosa y flexible del jinete; su coraje y nobleza están influídos del trato con el ganado; es sobrio como la tierra y ha acomodado su vida a los riesgos de la escaramuza con el salvaje, los bandoleros o los fiscales, que acechan el botín, asaltan la diligencia o celan el contrabando.

Al frente de esta clase de hombres ganaron celebridad Zuazua, Zaragoza, Escobedo, Quiroga. Los mismos Jefes reproducían la estampa de su tropa "rifleros de Nuevo León", y "cazadores de Galeana".

El siglo XIX, por otra parte, no habría de pasar sin que en él se consumase la segunda edad de nuestra historia. Es doloroso que el acontecimiento en que se origina esta nueva fase haya de ser la mutilación del territorio nacional por los norteamericanos. No nos quede de ello sino la triste y orgullosa satisfacción de haber pasado de golpe a servir de repecho a la honra nacional.

Es decisivo para nuestra cuenta, que desde entonces México iniciase ese cambio de órbita en donde sustituyó el eje oceánico de su vida social y económica, por otro terrestre con centro de gravitación en Washington.

No puede decirse que las cosas cambiasen de improviso; pero sí, que una vez abierta la brecha por las armas habrían de seguirlas, andando el tiempo, el ferrocarril, el comercio, las carreteras y hasta los turistas. Mientras

tanto la historia operaba sus cambios de escenario. En Estados Unidos, la guerra separatista del Norte contra el Sur. En México, la de Reforma y la Intervención Francesa.

Esta región de la frontera quedó más o menos equidistante de los campos de batalla. Intervino en ellos, no obstante; en nuestro propio territorio, con tropas y Jefes; en uno y otro lado de la contienda por el comercio y el contrabando. Hay indicios de una época de bonanza comercial entre el sexto y el séptimo decenio del siglo recién pasado, quizá en conexión con esos acontecimientos políticos y sociales. Surgen a poco tiempo las primeras industrias textiles absorbiendo a los artesanos del ramo y muy probablemente influídas en su instalación por la proximidad de la zona algodonera de Norteamérica.

El triunfo de los Estados Industriales del Norte de la Unión, en la guerra separatista, repercutió intensamente sobre el destino posterior de la ciudad. La ubicación de los centros manufactureros norteamericanos, más próxima al litoral del Atlántico y en conexión con el comercio mundial por este Océano, encontró su plano de deslizamiento hacia México por una vía ferrocarrilera en este extremo de la frontera. El enlace de Monterrey por ferrocarril con Tampico y Matamoros, Torreón y la Capital de la República cerró el circuito de su posición estratégica como nudo de las corrientes de ida y vuelta entre las dos Naciones vecinas.

Nada valen las oportunidades de la Historia si no se encuentran con hombres por cuya energía y capacidad de visión se transformen en hechos generadores de riqueza y de bienestar para un pueblo. Fortuna para México y para todos nosotros que los haya habido, como los que fueron capaces de interpretar el favor del tiempo y el lenguaje de las edades postreras.

Instalaciones industriales y establecimientos bancarios, edificación pública y privada, saneamiento de la Ciudad y dotación de agua potable, fueron las obras de fines

del diecinueve y principios del siglo XX. Con ellas respondió Monterrey a la necesidad de destacar un centinela en la raya mexicana.

Entre tanto, la Ciudad iba cobrando un aire nuevo, de mayor holgura y seguridad. Avanza hacia el Norte y se despliega para seguir los emplazamientos industriales. La casa familiar transa con la antigua huerta, a la cual aprisiona entre patios y traspatios, cerrados algunos por corredores con arcadas de pilastres gruesas y toscas. El aspecto general tiene algo de mediterráneo y andaluz. La vida provinciana se derrama con lentitud y monotonía. Se duerme la siesta y se merienda con café y tortillas de harina. Los paseos elegantes se hacen en carretela y la modesta serenata atrae a la clase media, mientras que a los bailes más rumbosos, con señoritas ataviadas a la moda de París, acude el señor Gobernador. Es nuestro siglo XIX que nos legó las primeras industrias, el Palacio de Gobierno, la red de agua y drenaje y algo más de longitudo y estatura a la Ciudad.

Nos legó además, en incipiente estado de formación, la conciencia urbana que había de florecer y está madurando a través del proceso de la Revolución mexicana, cuya positiva influencia se muestra en el número de los habitantes, ya cerca del cuarto de millón, en la estructura nacional de sus industrias, en la complejidad de sus problemas sociales y ciudadanos y, por encima de todo, en esa voz del destino que hace sentir a la Ciudad estar llamada a ejercer una alta función en la estructura social, económica y espiritual de México.

Esta tercera y última edad de Monterrey, que es la adquisición de su conciencia y del sentimiento de su responsabilidad nacional, remata en la actualidad del 350 aniversario de su fundación que hoy celebramos. Pero, antes de concluir el relato y obtener la lección de la historia, será menester referirnos a las fuentes espirituales de donde se ha nutrido la conciencia de la Ciudad.

Los más remotos y también los más próximos de es-

tos veneros han dejado en el cuerpo urbano las estructuras de los órganos con que se ha ido edificando la vida histórica. El viejo trazo de la Ciudad pone de manifiesto las más eminentes categorías del pensamiento y la existencia española: Casa del Cabildo o Consejo Municipal donde se ejerce el gobierno y policía de la Ciudad; Iglesia para la oración, frente a aquel edificio; y entreambos la nota alegre y picaresca de la plaza, que fue en otrora centro de reunión para las milicias y asiento de las ferias y que hoy facilita sus andadores al doble anillo giratorio de la serenata. El comercio ha labrado sus propios edificios y vía de tránsito en una especie de brazo o estribación que se desprende de la plaza. Hacia el norte y trás de una apretada faja de casas de hechura mediterránea, muy nuestro siglo XIX, se observan instalaciones industriales, entre una tupida y sinuosa red de viviendas obreras; vías férreas a cuya orilla se acomodan las fábricas, como si fuesen otro río; y esa anchurosa ribera que es la Avenida Francisco I. Madero, donde la población obrera pone con sus yompas azules la nota alegre y optimista del nuevo tiempo.

Algo podría decirse también del espíritu de la época con relación a las nuevas construcciones que se recuestan en el cerro del Obispado, con ahogo de esa ruina poderosa y venerable; y en otros parajes alrededor de la Ciudad. Y algo más de sitios dentro de ella, donde la vida no es amable y civilizada. Pero ya no haré referencia sino a lo que conviene al objeto de este discurso, que en esa parte concierne a la estructura espiritual de Monterrey.

A medida que ha ido creciendo en recursos, prosperidad y experiencia, la Ciudad ha ido enriqueciendo su memoria hasta el punto de iluminar con el vigor de ahora las vicisitudes y las zozobras del pasado. Surgen a su vista las denodadas figuras de los fundadores y de los primeros pobladores del Nuevo Reyno de León: Capitanes, misioneros e indígenas; la aguerrida tropa que pobló el Estado y le dejó la numerosa familia de las comunidades; los héroes de nuestra historia política y entre ellos particularmente el Padre Mier, cuyo ardor republicano ilumina

la independencia con resplandores de incendio. Aparece también Gonzalitos, esa suave figura que es en una franciscano, humanista y hombre de Ciencia; y tras de él la serie de generaciones de maestros que nos legaron el Colegio Civil, hoy la Universidad, y la Escuela Normal. La memoria de la Ciudad se halla poblada del espíritu de sus buenos gobernantes, caudillos militares y civiles, directores de empresa y de la innúmera multitud, entre todos los cuales la han ido alzando del barrizal y la choza, a la Calzada de pavimento y a la casa de cantera; del campo al taller y a la fábrica; de la lucha incierta contra el nómada, al espíritu del Derecho.

¿Qué haremos nosotros los contemporáneos, para proseguir esta obra que han hecho el tiempo y los hombres? Limitar nuestro homenaje al recuerdo y a la admiración no salda la deuda histórica, a menos que prescindiésemos de la idea de perfeccionamiento de la sociedad y del individuo. En tanto que haya Historia toda generación recibe de otra y entrega a la siguiente una tarea siempre inconclusa, a la vez que una determinada energía con que llevar a cabo la empresa propia de cada edad. Esta ley de la continuidad del esfuerzo es la base de lo que se denomina progreso humano, aunque la meta ideal se mantenga inaccesible.

Muchas generaciones antes de nosotros y otras primero que ellas, algunos hombres pensaron estar edificando una Ciudad, cuando no pasaban de darle principio. Y si al llegarnos el turno creyésemos que no hay más que hacer, sino agradecer la fortuna de haber tenido tales antepasados, en ese preciso instante estaríamos destrozando el monumento que merece su fama. Sólo se conserva en el tiempo lo que se somete a su mudanza.

A fin de darnos la plenitud de vida histórica que hoy disfrutamos, consumieron su existencia muchos hombres en el fuego de esa fuerza creadora de pueblos y ciudades, que calcina los huesos de los antepasados para abonar la entraña de la tierra en donde habrá de florecer una nueva

espiga. Edades y generaciones se han sucedido pasándose de la mano un juramento de lealtad en el propósito, como una encendida antorcha. Al llegar nuestro turno es de rigor prender más puro y más alto el fuego espiritual que edifica la Ciudad siempre inconclusa —la del cuerpo y la del espíritu. Con lo cual seremos verdaderamente fieles a la memoria de los antepasados, con un recuerdo que no envenena el alma porque desprende la vida del pasado paralítico y la empuja a la conquista de riberas inexploradas.

Hagamos, por tanto, en honor de nuestros antepasados lo que ellos nos dejaron en honra: sostener el impulso que hace rendir el fruto prometido por cada día, mientras la esperanza hila el tiempo venidero. Seamos fieles con ellos en el espíritu perpetuando, más que su nombre, la ley por la cual lo consiguieron, la de consumir el afán en una empresa que no habían de ver sus ojos y con la cual también los nuestros están alucinados: la pura y luminosa eternidad de una Ciudad perfecta.

ARMAS Y LETRAS. No. 9. Año III.
Monterrey, N. L., septiembre de 1946.

LA IDEA HISTORICA

La Historia significa tanto para los modernos como el Kosmos para los antiguos, Dios en el orbe cristiano y el Estado en las ideas del Siglo XIX. Podrían aducirse ejemplos significativos de cada época, pero nadie más ilustrativo entre los modernos que Spengler —intermediario de las fases finales de esta corriente— cuando se expresa en los siguientes términos: "El Estado es la historia considerada sin movimiento; la historia es el Estado pensado en movimiento de fluencia." Con esta otra alusión "La Política, he ahí nuestro destino."

La presentación de este fenómeno en el plano de la filosofía corresponde a las teorías del historicismo y de la Razón Vital. La primera penetra hasta las regiones en que se sueldan los conceptos teóricos del entendimiento, las tendencias de la voluntad y ciertas exigencias que expresa la vida en formas plásticas. Es lo que se llama una concepción del universo, cuya unidad interna enlaza una estructura cuajada de significaciones y valores relacionados entre sí, como una constelación, y dotado el conjunto de cierta dirección unitaria. Por esta vía habría de esclarecerse que la Idea de la Historia cumple ahora las veces, expresado en metáfora, de una estrella polar para el sistema o estructura de los acontecimientos contemporáneos. Lo mismo que a su turno desempeñaron la Idea del Estado, la de la naturaleza organizada por el destino ciego, o la obra de una providente voluntad divina. De este proceder se obtiene una fisonomía que organiza con la expresión de la vida los rasgos, al parecer desasidos unos de otros, que son los hechos de la vida contemporánea.

Sea que sin embargo del atractivo estético de semejante método, la explicación no llegue muy a lo hondo o por mucho que penetre no sea decisiva, esta razón no se mantiene sino a costa de retroceder levantando la plaza sitiada. La Idea de la Historia y la función que cumple en nuestro tiempo debe ser explicada por el mismo méto-

do que las sucedáneas a las cuales ha venido a reemplazar. Ahora bien, si se explica la historia por una idea dominante, al llegar el proceso de los acontecimientos de la edad contemporánea a la misma Idea de la Historia, se hace coincidir en una identificación el espíritu y la realidad.

Esta autosuficiencia de una Idea que explica lo otro y sirve de razón de sí misma es la conclusión de un proceso real, cuando en otra Metafísica como la de Descartes se promueve como el primer artículo de un programa de la inteligencia. Con la ventaja para esta última de que la Idea queda despejada para nuevas hazañas, en tanto que cuando se la propone como conclusión del proceso histórico, todo el pasado queda reabsorbido en el presente y el futuro se encoge hasta no quedar lugar para Ideas o acontecimientos nuevos. Se tiene la sensación de que los tiempos han llegado a su cúspide y de ahí van a despeñarse en el abismo.

Semejante teoría de la Idea histórica llega, cuando ella misma se impone como concepción del universo, a la visión muy significativa de un fin del mundo, del humano si no es que de todo entero. De donde se sigue, con inflexible necesidad, la conclusión de Spengler de que la política es el destino del tiempo, o sea, una especie de aniquilamiento del mundo humano que ejecutarán los arios, inocentes y limpios de sangre. Ahí es nada San Juan con el Apocalipsis, ni Hegel con el espíritu absoluto. En aquel queda en pie una Justicia extrahumana y en el segundo un juicio inmanente al proceso histórico, a cuyos términos quedan sometidos ambos. Pero en esta humanísima razón todo resulta visible y de todo absuelve el movimiento de la historia. Nosotros, por lo que en ellos nos va de la propia existencia, nos preguntamos: ¿va en serio la vida o será sólo un juego?

Pero quizá haya una razón vital, ya que no histórica. Es decir una auto-suficiencia y justificación que no se reserva para un momento determinado del tiempo, sino que acompaña y prodiga su vigor a cualquier instante.

Con lo cual se pretende justificar la historia y la Idea de ella misma por un sistema mucho más flexible y rico en consecuencias. Las concepciones del Universo como unidades espirituales tendrían una explicación, a su vez en el autodespliegue de la vida que lleva consigo en cada caso sus propias razones, limitadas y concretas dentro de cada paso de sus creaturas. Y si la vida no tiene una razón de ser de orden metafísico, o fundamento de su esencia, es que va de por medio su propio ser. Una vida que tuviese consistencia metafísica estaría confinada a una especie de la realidad, rincón del Universo a donde las cosas se darían cita para entrar al sistema de los registros de la inteligencia; y esto no sería vida, la cual se siente interiormente como crecimiento y potencia que se ensancha, sino la sombra vaga de aquellos fantasmas de seres que Platón encerró en la caverna a la expectativa de una caravana de sombras de las cosas.

La vida es cuerpo, es decir, potencia de la carne que se construye a sí misma órganos por explorar en torno y fija sus ilimitaciones como facultades del alma. Percibir, que es ya atender de antemano, preferir y obrar en las cuales se expresa y se asimila el contorno; y, por último, hasta hoy, aunque no para siempre, la vida inventa la intimidad del espíritu y la exterioridad de un mundo para entregar a su propio afán devorador el espectáculo de sí misma.

La Razón vital es esta última conciencia que la Vida ha desarrollado para comprenderse y, quizá también, para alzar su savia a la nutrición de los frutos más altos del árbol del tiempo. Esfuerzo similar ha culminado varias veces en la Historia: cuando el hombre ensayó entender la vida de donde procede como el ciclo fatal de la generación y la corrupción de las cosas atadas por la ciega necesidad; o cuando las creyó dispuestas por obra de una voluntad divina para que en ellas ejercitase su capacidad de creatura celestial. También el Estado, a su turno, como momento particular dentro de otras fases, dio al hombre una conciencia de la vida como poder. La Idea de

la Historia, en la penúltima fase, promovió idéntica pretensión mostrando la desilusión de todas las anteriores ideas y obsequiando al hombre la resignación de no rendirse en firme a ninguna.

En el fenómeno que confrontamos hoy adviene, por último, la Razón vital, con la cual el hombre se ha propuesto dar la embestida al más recóndito de todos los secretos: el de su propia existencia, envuelta y disimulada bajo múltiples formas. La suma de éstas, o sea la Cultura objetiva, habrá de fundirse y fluir al calor de la nueva hazaña: conquistar para la vida la Historia entera y darnos el lujo de estrenar un nuevo ser.

Por múltiples y decisivas que sean —que las hay— las objeciones a esta doctrina, debe acreditarse el atractivo de ser un programa donde la Metafísica no se regala ni se rinde a un asedio de sutiles razones, puesto que sólo se conquista poniendo a contribución las entrañas, los juegos de la vida y una serena mirada dominante. Ambas teorías proceden, no obstante, de formas intelectuales emparentadas entre sí.

La Idea histórica es una prolongación del pensamiento político europeo que persigue una estructuración laica de la Sociedad humana, para sustituir a la desvanecida complejidad de los impulsos religiosos. En este sentido se puede esclarecer una línea de filiación más entre el pensamiento de Kant y el de Dilthey. La interpretación del Estado, a la par que la elaboración filosófica de la Idea histórica, han sufrido un idéntico proceso de secularización primero, para avanzar en seguida desde la interpretación como poder, hacia una valoración de tipo económico y, por último, a su comprensión como una totalidad cultural. Las variantes de este totalismo político se suceden desde la fórmula objetiva-ideal, en sentido metafísico, de Hegel, a las múltiples interpretaciones críticas y continuadoras del pensamiento de Kant; hasta las doctrinas de inspiración organicista como la Spengler, que tiene antecedentes en Hobbes.

De igual manera, la Metafísica de la Razón Vital pone a su servicio un poderoso móvil de la conciencia occidental, cual es el descubrimiento y la marcha del hombre sobre sí mismo, no sólo a través de la actitud crítica de la conciencia, sino en la integridad de sus actos, por lo que se propone y hace alumbrado por la idea de su dignidad, como el ejemplar más selecto entre los seres existentes. Es el antiguo lema "conócete a tí mismo" elevado a potencia de realización; esto es, que no concluye en los artículos de una sentencia, sino en el requerimiento de lanzarse a nuevas aventuras, en plan de conquista de riberas incógnitas aunque interiores a él mismo.

Ambas concepciones se aproximan en algo más que un punto. Desde luego en éste: Dejarnos a la puerta de un mundo desconocido, en cuya frontera se despide de nosotros el discreto y sabio guía, que nos ha mostrado todas las desilusiones del mundo, o del infierno según prefiera la metáfora, sin siquiera encomendarnos a una de las potencias celestiales, o por lo menos al amable ángel que intercede por Dante. La Historia o la Vida son el infierno sin gloria de la Metafísica moderna.

Aun con la pena que estas conclusiones acarrearán consigo no nos quedaría más remedio que aceptarlas con estoica serenidad, si es que no hubiera un camino para reducir la historia, y con ella las formas objetivas de la Cultura a términos de experiencia humana. Una reducción a modos que no trasciendan al sujeto que los engendra. Porque buena parte del malestar intelectual que suscitan estas doctrinas proviene del valor sustantivo y absoluto que otorgan por anticipado a los entretejidos de la meditación —la historia o la vida que han de reencontrar otra vez en el hombre como su principio y motor único. Al aproximarse las extremidades de la curva, aun cuando no se componga un círculo vicioso donde el principio y el fin se confunden en un solo punto, por lo menos se configura una espiral en la que el tiempo mantiene a distancia y cuida que la identidad entre el sujeto (hombre) y el objeto (historia o vida) no recaigan sobre el mismo instante,

sino que se persigan el uno al otro en una fuga incesante.

El empeño de reducir la naturaleza y las formas de la Cultura a unidad immanente al hombre, a través de la interpretación de la historia o de la razón vital, propende a conceder al "todo" o total de la explicación lo que se ha negado a las partes, una realidad trascendente a toda experiencia, un absoluto incógnito más allá de cualquier filosofía, religión o poética. Concluye en un purismo: la filosofía de la filosofía, la política por la política o la vida por ella misma.

A tono con esta propensión la Idea histórica, que originalmente se presenta como una metodología de las ciencias culturales, asume posteriormente el carácter de una filosofía y particularmente de una Metafísica, al exprimir todas sus consecuencias ella misma o sus continuadores. Es la Razón vital que se anuncia como remate y consagración de aquellos avisos proféticos.

El paso y transformación de la inicial metodología en sus jugos metafísicos se realiza mediante la noción de vivencia, que se entiende como el modo original de toda realidad humana objetiva, la cual antes de ser libro, estatua, código, está inserta en una estructura psíquica de funciones múltiples y totales, desde donde sale disparado el tema-motivo dominante —intelectual, volitivo, o estético— a su realización o cumplimiento efectivo. En la obra cuajan, parte realizándose y parte frustrados los significados vitales que la engendraron, el desarrollo efectivo y los valores que presidieron el acto.

De esta vivencia se tiene un saber inmediato en los actos propios; y es además el fundamento para la inteligencia de los ajenos, mediante la comprensión o revivencia de la generatriz por donde fue llevado el prójimo. En este último caso la comprensión o revivencia recorre el camino inverso: desde la expresión, hacia la estructura de funciones de donde la vivencia se proyectó en un desarrollo o proceso culminante en la obra. Camino de ida y de regreso donde el saber se mantiene en los límites de la

propia conciencia humana, porque pasa desde la vivencia, que en cierta manera es ya un saber, al conocimiento que es una nueva vivencia; y de la expresión —lo humano objetivo— hasta la revivencia, que es su fundamento. Este método reproduce para la historia los conceptos Kantianos de “fenómeno,” “categorías del entendimiento” y el irreductible “noúmeno” o “Cosa en sí,” en la construcción paralela de las nociones de “expresión,” “significado, valores y fines” y “vivencia.”

Basta avanzar de la actitud crítica, o en otros términos, de una especie de deducción trascendental del conocimiento cultural a partir de su sujeto propio, la Historia, hacia los trasfondos de la Vivencia, en una doctrina de carácter realista, para que broten las yemas metafísicas, como la de la Razón Vital. Proceso intelectual que tiene gran semejanza con el que originó los sistemas del Idealismo alemán a continuación de la crítica Kantiana.

En igual sentido, es significativo que la construcción ideológica de Dilthey esté suspendida de este hecho: el factum de las Ciencias Culturales. En otras palabras: del hecho de que se hayan integrado estas nuevas disciplinas, las cuales difieren de las científico naturales en que estas últimas operan con los conceptos de necesidad y determinismo, mientras aquellas se enfrentan a la libertad y al ser espontáneos del hombre. Este hecho impone la necesidad de encontrar un método de interpretación que concilie las contradicciones de unas y otras salvando la realidad de cada una de ellas. La fórmula de la reconciliación se propone con la subsunción de los extremos a un tercer término todopoderoso y autosuficiente que ahí es la Historia, pero que más delante puede ser la Razón Vital.

Hay algunas razones para no aceptar el paralelismo de situaciones entre las Ciencias Físico-matemáticas, a las cuales se enfrenta Kant y las histórico-culturales, que sirven de punto de partida a la nueva sistemática filosófica. La naturaleza aparece ante aquél con una legalidad ob-

jetiva conquistada sobre la realidad y cuya máxima expresión es la obra científica de Newton. La vida histórica, por contra, surge como una realidad objetivamente válida pero infundada en cuanto a una legalidad de la cual sea su explicación. En la primera situación se hace la crítica del conocimiento a la luz de leyes objetivas, en las cuales se insertan por los extremos el sujeto (hombre) y el objeto (naturaleza). En la crítica de la Razón histórica, no obstante la semejanza nominal con la realizada a nombre de la Razón pura, se realiza otra cosa que una investigación del conocimiento histórico sujeto a leyes, pues lo que se pretende justamente es dotar de una legalidad peculiar al pasado humano. Y esta pretensión se ejecuta imponiendo a esa realidad una estructura derivada de la constitución espiritual del hombre en su estado presente.

Se puede inclusive llevar las formas filosóficas de la investigación bajo un cuidado y discreto hábito empírico, a tal punto que sea el propio pasado humano, por la investigación concreta de fases y figuras históricas, el que revele tras la calidad de los hechos puros y simples, esas estructuras psíquicas o espirituales que ya se introdujeron todas, de rondón, al aceptarse el “factum” de las Ciencias histórico-culturales. Pero, ¿no son estas disciplinas las que pretenden, sin atreverse del todo, tener la explicación de lo humano?

Por último, conviene advertir que la aceptación del “factum,” o sea el hecho de la constitución de las Ciencias histórico-culturales, nos pone ante muy complejas cuestiones que se pasan por alto con esa fórmula, entre las cuales se destacan la que se centra en el problema de la “experiencia histórica,” y la que se refiere a la “Idea de la historia.” Hasta qué punto se arrastra una a la otra cuando la meditación filosófica arranca directamente de las ciencias culturales, no así del nivel más bajo donde se sitúa la experiencia histórica inmediata que tiene cada hombre, es un punto que parece decisivo para la comprensión del equívoco que encierra la teoría del historicismo.

¿Existe una experiencia inmediata de la historia? La

respuesta podrá venir por la negativa, si se hace derivar el conocimiento a través de las ciencias particulares donde se ofrece el saber organizado del pasado humano, con el cual tomamos contacto a la manera y modos de cualquier otro conocimiento teórico, por las informaciones contenidas en los juicios que se transmiten las generaciones.

Se trataría, en suma, de esclarecer previamente el modo de producirse la historia, como experiencia personal de la cual se tiene conocimiento y posesión a la vez. Esta investigación tendría que dejar a un lado el problema del sentido o programa que cumplen los acontecimientos, que se le designa también con el nombre de Idea histórica. La confusión de uno y otro tema es el equívoco fundamental del historicismo, cuya faena consiste en darnos por un análisis del saber inmediato de la historia, una elaboración filosófica de la Idea, sólo que concebida al modo de una teleología inmanente, en la forma de un fin concreto para cada proceso y figura del tiempo con centro sobre sí mismo. Lo que salva una apariencia de doctrina sin prejuicios ni supuestos previos.

En cierto orden psicológico toda vivencia es una actualidad, así sea que sobre ella gravite el pasado y discorra premiosa al encuentro del futuro. Un análisis que se mantenga en esa zona indiferenciada de estructura o nivel psíquico homogéneo a todos nuestros actos, repetirá sólo el momento del presente y por más que ensanche el ámbito de sus representaciones con noticias a las cuales adhiera una fecha, no podrá jamás recrear el pasado: la Historia se despliega en capas distintas y yuxtapuestas. De ahí la necesidad de encontrar su conexión en un método de interpretación, es decir, en un momento ideal ajeno al tiempo y que sin embargo, reproduzca su configuración.

No hay, ciertamente, una vivencia particular a manera de un saber inmediato que nos haga patente esta posibilidad que tiene el ser humano de manifestarse o presentarse ante su conciencia como un pasado actual y un futuro que se está formando ya desde el presente. Pero sí hay una experiencia de la Historia que nunca se refiere a

los actos aislados del recuerdo, de la fantasía o de la voluntad, sino en la cual colabora toda la conciencia. Es algo semejante al desdoblamiento entre el yo y el prójimo, este mismo yo y las cosas, entretejidos indistinta y originariamente en la infancia. Sólo que ocurre a otro nivel psíquico en el cual han sido sobrepasadas aquellas etapas.

La conciencia histórica es la forma de esta experiencia, que es un momento en el desenvolvimiento del ser humano, no exclusiva de nuestro tiempo ni absoluta para explicar todo el pasado del hombre, mucho menos su vocación o destino. Por vía de simple ensayo, a reserva de una fundamentación posterior, me parece que esta experiencia se suscita donde se dan estas condiciones: una conmoción intensa de la conciencia que afecta las estructuras sociales y, a la vez, las de representación del mundo, en que venía discurriendo aquélla; un sentimiento de abandono y de desesperanza; y un anhelo por recuperar cierta entrevista y deseada unidad de destino común al hombre. Podrá revestir la forma y el fondo de una conciencia religiosa, en torno a la idea de la providencia; ser un modo de la expresión filosófica o científica de la Naturaleza; o también, sin que ello agote sus posibilidades, quedar dominada por la mentalidad política de un mundo lleno de amenazas y promesas de todo orden.

¿Cuándo se da la experiencia que condiciona el nacimiento de la Idea de la historia, esto es, la organización del mundo humano y natural en pasado, presente y futuro? La conciencia humana es solidaria en todas sus manifestaciones, de manera que no puede tenderse una línea de evolución con diversas etapas recorridas en el camino, sino que es una especie de ovillo cuya punta no aparece por ninguna parte. Así, no debe entenderse que la manifestación de la conciencia histórica, a través de una concepción religiosa del mundo, sea una especie metafórica; y otra más próxima —aunque todavía como crisálida—, la que se estructura en torno de un concepto científico-natural; hasta el arribo de esta espléndida mariposa que es

nuestra propia experiencia de la historia. Todas ellas son tan originales y propias como la nuestra misma.

Una especie de fenomenología de la experiencia histórica pondría al descubrimiento no una, sino varias formas potenciales en que se organiza y configura en diversas especies el conocimiento relativo. Una de ellas habría de referirse a la Idea de Dios como padre y Creador; otra al concepto de una legalidad natural de las cosas y otra más, sin que con ello se excluyan las anteriores ni se limite a estas el número, la idea del Estado o de la Sociedad como una vinculación superior y necesaria al hombre.

Otro tema que podría esclarecer una investigación de esta especie, es el de las relaciones y parentesco de la Idea en la conciencia histórica, bajo sus diversas formas —según el contenido de representaciones que corresponda a cada modalidad— sólo que teniendo de común entre sí ciertos conceptos con funciones paralelas. Tal, por ejemplo, el de una estructura o esencia original del hombre —Edad de Oro, Paraíso, estado de inocencia o comunidad primitiva—; la idea de una pérdida o frustración del mismo— adviene la Historia por obra de la violencia, el pecado, la civilización o la propiedad privada; y un concepto teleológico que implica una recuperación, regreso o reconquista del pasado, trátase de una fé salvadora, de una liberación espiritual por obra del arte, de la Ciencia y de la técnica o de una regeneración humana en la ejecución de una Utopía.

La teoría filosófica de la Historia en plan de Ciencia disimula idéntica organización de sus conceptos bajo el manto de la abstracción y el formalismo teórico; organiza el más remoto pasado humano en torno a la idea de la naturaleza o de la vida; introduce posteriormente el espíritu humano como una desviación; y vuelve sobre sus pasos con la Idea histórica como síntesis suprema donde los extremos originales han quedado reabsorbidos. Este proceso puede concebirse como simultáneo a un instante cualquiera del tiempo humano o desarrollarse a través de todas las épocas hasta nuestros días, pero el esquema de la con-

cepción se mantiene idéntico al de las teorías filosóficas de la Historia, con lo cual se hace posible reducir a todas a una común experiencia del hombre.

UNIVERSIDAD. No. 7.
Monterrey, N. L., agosto de 1947.

LA PROFESION DEL INTELLECTUAL

Una idea en la que asoman los rasgos más interesantes de la fisonomía intelectual de la vida contemporánea, es la que atañe a la situación del pensamiento humano dentro de los acontecimientos sociales. Se trata, particularmente, de que todo el sector de la inteligencia, nombrado genéricamente cultura, ha quedado sujeto a un examen, que al hacerlo por sí mismo debería llamarse confesión, de la conducta y de la responsabilidad de las ideas en la historia del hombre.

La disminución del pensamiento racional como elemento determinante de la conducta individual, se corresponde con igual decaimiento al juzgar de la esfera colectiva de la sociedad. Tal distensión del pensamiento se acompaña de un incremento progresivo de la vida emotiva y de una relajación de la idea de responsabilidad personal. Se transfiere al grupo social todo aquello que resulta penoso o difícil de llevar en la propia conciencia, y ésta acusa sólo las experiencias profundas de la sensibilidad orgánica.

Una nota significativa del proceso recae en el hecho de que a medida del crecimiento y progreso de la desconfianza social en las fuerzas espirituales, los profesionales de la inteligencia renuncian a sus antiguos fueros y entregan su fé, desesperadamente, en ese público, pueblo o gente que les vuelve la espalda.

En la confluencia de ambas actitudes, en ese ángulo vivo de la paradoja que es nuestra edad se han engendrado las más recientes manifestaciones o producciones culturales, las de los últimos veinticinco años por lo menos. La falta de confianza o, mejor dicho, la sospecha de la parcialidad y malicia de la cultura en cada momento histórico, invadió primero a las capas más amplias de la población y ahora no se hallan exentas de su influjo ni siquiera las más depuradas minorías de filósofos, profesionales de la ciencia y artistas.

Pero, si en los llamados intelectuales el filo de esa sospecha ha rajado la conciencia hasta poner al descubierto su entraña angustiada; en cambio, ese río de la desconfianza que arrastró al hombre común, ha venido a partirse en dos brazos de opiniones y gestos públicos, a saber: un estado de cinismo, a ejemplo de regímenes políticos recientes, o una actitud resueltamente pragmática, condensada en programas de gran impulso ejecutivo, cuyos ejemplares también pertenecen a nuestros días. Un tipo psicológico de hombre con reacciones paralelas repite estas motivaciones en los cotos de la vida privada, la moral o el gusto.

El fenómeno que afecta en masa al habitante histórico del siglo XX puede interpretarse como desorden orgánico progresivo o preámbulo de una convalecencia; pero cualquiera que sea, la onda de propagación alcanzó ya su punto más alto de desarrollo vertical anegando los picos señeros y solitarios del pensamiento humano.

En este universal diluvio de sospechas, segundas intenciones, mordeduras del instinto, sombras primigenias, que han caído sobre la patria, antes alegre y dichosa de la cultura, se ha querido salvar a las ideas dentro de la fábrica de una nueva perspectiva humana. Se pretende, primordialmente, concebir un desarrollo cuyos sucesivos instantes fuesen determinados temporal o históricamente, en sustitución de características lógicas.

Entre uno y otro de los acontecimientos humanos no existiría la secuencia que prefiere el razonamiento intelectual, o sea la identidad abstracta de dos entidades homogéneas, sino la integración y diferenciación progresivas de una fuerza, con dirección y movimiento originales. El vacío o hueco que dejan entre sí las ideas que expresan un tiempo histórico de otro que le sigue, se anula mediante la interpolación de fenómenos irracionales, preferentemente impulsivos. Como es imposible atrapar en su individualidad la causa de estos "saltos" y el pensamiento se rehusa a dejar un vacío en la retaguardia, cu-

bre esta deficiencia con leyes estructurales, series de figuras que traducen gráficamente la secuencia de la historia humana, la transformación de unas fases en otras, ya de una cultura, o bien la interrupción y paso a otra.

En el socavón de las leyes tradicionales de la lógica racional se escucha el rumor de las corrientes que fecundan los plantíos del hombre. Los procesos de inferencia y deducción racionales aparecen como cristalizaciones parciales, crestas visibles de una materia humana en remoción histórica. La dialéctica de la Razón cede el paso a la Física o a la Metafísica del hombre.

¿Lo cederá en verdad? Por un breve intervalo dejemos que marche sola a su destino esta saeta y mientras tanto puntualicemos cuál es la situación de los protagonistas de la acción y pasión de la inteligencia hasta lo que puede alcanzarse de ello, someramente, en nuestros días.

Si se trazase un cuadro completo en el cual destacaran las aspiraciones, promesas y profecías con que el hombre se ha obligado a sí mismo, eso que llama su cultura y que viene dialogando a manera de Ciencia, Arte, Moralidad y Filosofía; y por otra parte hubiese manera de representar la distancia que separa al hombre prometido de los ejemplares contemporáneos, habría lugar para dos actitudes; desear del hombre; o de sus promesas y de la palabra empeñada. ¿No sería, en suma, lo mismo, desconfiar de la palabra que perder toda esperanza de lo humano?

Pero, entremos a lo más singular de la historia intelectual. Todavía a fines del siglo XVIII tenía una significación precisa y rica de contenido vital, la denominación de cultura humana. Bien que se la imaginase a manera de República de las Letras o monarquía de filósofos reyes, de una u otra manera estaba constituida que permitía llevar una vida dentro de otra, la simplemente humana a la par con la de cualquier otro contemporáneo y, además, disfrutar, para quien pusiese su empeño en

ello, una sobrevida de más fino gusto e inteligencia que se enlazaba a una forma de comunidad internacional del saber.

El desarrollo social de la cultura europea, al llegar a este punto, dejaba abrigar a los hombres halagüeñas y nunca soñadas esperanzas en la capacidad de perfección de la naturaleza humana o de su regeneración por el progreso del conocimiento. Pero la iluminación profética de los enciclopedistas franceses, el dichoso abrazo en que vieron fundidas las luces del pensamiento y la historia humana, duró apenas el instante de un vuelo nupcial. Rousseau abrió un portillo por donde penetró la sombra de los orígenes y lentamente rechazó el pensamiento hasta su cuna.

A favor de las corrientes que empujaron el nuevo siglo, el XIX puso a la cultura en actitud de observación, de fingida libertad con respecto a lo que pasaba en el escenario histórico. A cambio de esta libertad del filósofo, del artista o el hombre de ciencia, el resto de la humanidad podía entregarse a la competencia más desenfadada y sordida por la riqueza o el poder. En el rostro del hombre se cegó la pupila avizora del camino de las necesidades, mientras que la solitaria compañera bizqueaba en persecución de una luz en continuo retroceso sobre el horizonte. A la organización social del saber que agrandaba la distancia entre los esfuerzos personales y la posesión de los bienes de la cultura, respondía una noche de densa inhumanidad que penetró por todos los poros de la cultura.

Como consecuencia de su propio desenvolvimiento, pero en mayor proporción acelerada por fenómenos sociales y políticos, se estableció una cisura entre la vida extrema y radicalmente intelectual, con otra patrimonio de la mayoría, y de ahí resultó una contradictoria situación. En efecto, el hombre que algunos escritores han llamado, con impetuoso desdén, "hombre masa", ha sido el producto de esa desintegración espiritual que por con-

tra partida engendró también la estructuración del saber en ramas profesionales, autónomas. Tal hombre, precisamente, constituye un tipo análogo de aquel profesional, reverso y anverso de una misma medalla.

Los desesperados y angustiosos esfuerzos que empuñan los intelectuales por introducir un poco de sustancia viva, así sea tomada de lo inconsciente, en las enrarecidas atmósferas de la ciencia, el arte o la filosofía, corren parejas con similares tentativas del hombre ordinario que se propone atraer algo de luz espiritual a su propia vida. Entre uno y otro de estos tipos psicológicos se cruzan corrientes de influencia recíproca y a la postre queda en suspenso si ambos han de perecer en la reabsorción que se está cumpliendo al paso de nuestras vidas.

Aquella unidad de la conciencia intelectual europea, que llegó al punto de madurez en el siglo XVIII, se quebrantó a virtud de movimientos originados en el terreno de los hechos históricos. El nacionalismo y la construcción de regímenes económicos en desaforada competencia industrial, provocaron en el terreno del pensamiento una estructuración que sustituyó la comunidad del saber, a una organización técnica del conocimiento apoyada en la división del trabajo, el uso de métodos mecánicos de información y de investigación. Se abre entonces la época de la ciencia alemana, inglesa, francesa, y los investigadores, en unión de los profesores de filosofía y de los científicos, auxiliados en sus tareas "desinteresadas" por los recursos de la Industria de cada país, se entregan a la tarea de dar al espíritu un carácter cada vez más inasible, profesional y hermético.

El profesionalismo de la inteligencia moderna encuentra su paralelo, quizá, en la ciencia de los últimos períodos de la Cultura griega y en la escolástica de las postrimerías medievales. Aún cuando la especialización del ser humano se halla anticipada en las dotes naturales de los individuos, el hecho de la división del trabajo a base de una técnica científica e industrial, ha reobrado

intensamente sobre las condiciones del ejercicio y disfrute del saber. Importan más las disposiciones sociales externas, como la previa existencia de mecanismos de información y experiencia, tales como bibliotecas y laboratorios, los cuales son a su vez antecámaras del trabajo industrial, que la propia aptitud espiritual de donde habría de obtener sus fuerzas y recreos el trabajo intelectual.

La organización económica y social se adelanta a la inclinación espontánea de cada existencia juvenil y le ministra un esquema de actividades en las cuales puede llegar más lejos que nunca antes generación alguna, pero a cambio de renunciar para siempre al juego cabal y armónico de sus facultades.

Ahora bien, si se resta a la imaginación y al entendimiento del hombre su naturaleza superflua para la economía de la vida; si cada vez más y más intensamente se le apura a dar rendimientos útiles, si se le monta en un mecanismo social —a manera de la organización profesional moderna— en donde se sustituye la unidad orgánica a un esquema de movimiento y trabajo, el resultado inevitable vendrá a ser la enervación, la pérdida de todo aliento y capacidad para proseguir su fecundación periódica de la vida humana.

La postración y fatiga de la inteligencia se ha traducido particularmente en el entusiasmo por la exploración de las regiones inferiores y subterráneas, lo mismo de la conciencia humana que de la historia general de la especie. Una esperanza desmedida en los datos y resultados de esta exploración ha hecho concebir el propósito de sustituir con nociones de orden psicológico o de pre-historia humana los principios y leyes objetivos en las cuales reposaba la evidencia del entendimiento. Tal empeño ha traído una considerable suma de noticias y de estimables hallazgos, pero, ¿se justifica con esto la afirmación de haber arribado a una nueva ciencia comprensiva de la naturaleza y de la historia; a un territorio donde habita el ser uno, móvil, y siempre verdadero? Si la

Historia se concibe como supra-metafísica y en ésta, a su vez, quedan resumidas las ciencias particulares, el ser o la existencia se resuelve en el espíritu absoluto concedido por Hegel o bien en la subconciencia colectiva o privada de cada individuo. ¿No sería una previsible consecuencia que el hombre particular que cada quien somos, haya caído en actitud de desamparo y de ilimitada angustia?

Tal situación pone de manifiesto la coincidencia de dos series independientes de hechos: la estructuración mecánica del saber humano análoga de la organización social que, entre ambas, destruyen la unidad de la conciencia, la aptitud universal del ser humano; por otra parte, la aparición del fenómeno intelectual más significativo de las tendencias contemporáneas, o sea, la apelación a una experiencia pre-intelectual a una muda sensación orgánica: angustia, intuición vital u otras semejantes, con su correspondiente serie de tipos psicológicos paralelos: el hombre "masa" y el intelectual "deshumanizado".

Sin embargo, la misma confluencia de las dos series de fenómenos sugiere que está próximo el momento en que ambos queden definitivamente superados. En cada frente de esta contradicción: la palabra y el hombre, hay una promesa, una esperanza para el futuro. El tiempo de hoy tiene lo mejor que abriga toda existencia, la semilla de la generación. No importa que no podamos arrancar el secreto a la historia venidera si preservamos la simiente que la ha de fecundar.

UNIVERSIDAD. No. 4.
Monterrey, N. L., abril de 1945.

LA IDEA DE LA GUERRA

A cuenta de la guerra se han producido innumerables teorías para el arreglo pacífico del mundo, que conceden mayor interés a la paz que a la guerra, sin pronunciar casi palabra sobre ésta, como si fuese un hecho evidente cuya significación y alcances estuvieran perfectamente definidos; y de allí resulta una patente contradicción en los extremos de los programas ideados. Proponen la paz en condiciones de una guerra sin término.

En efecto, todos más o menos suponen que una vez dado el hecho de la guerra sólo bastará que el éxito de los ejércitos despeje del campo de la contienda al otro beligerante para que, a base de una situación de dominio político unificada por el triunfo, se escoja entre los programas el más acertado y duradero, o el más conveniente al grupo de intereses predominantes.

De esta suerte la solución de la guerra en la paz no llegará a consumarse nunca, porque los ordenamientos resultantes traducirán, por un tiempo más o menos largo, la fuerza que dicta sus condiciones al enemigo; pero en cualquier momento este, u otro que resulte mal favorecido, se valdrá de igual recurso en cuanto sea capaz de hacerlo. Lo cual quiere decir que esos programas para la paz son las condiciones de rendición para los vencidos, y nadie encontrará en ellos un verdadero camino para romper el círculo que va de la guerra a la guerra, a través de una o varias paces negociadas.

Una considerable porción del error cometido en estas contradictorias proposiciones proviene de aplicar una idea caduca y totalmente superada en los hechos, de la significación y efectos de la actual guerra. Entre ésta y las que se practicaron en los siglos XVIII y XIX, media la diferencia profunda que se mide entre la finalidad política concentrada en el interés dinástico, primero, o luego nacional; y el propósito más o menos inconsciente de constituir una comunidad sobre bases legítimas de la unificación

Historia se concibe como supra-metafísica y en ésta, a su vez, quedan resumidas las ciencias particulares, el ser o la existencia se resuelve en el espíritu absoluto concedido por Hegel o bien en la subconciencia colectiva o privada de cada individuo. ¿No sería una previsible consecuencia que el hombre particular que cada quien somos, haya caído en actitud de desamparo y de ilimitada angustia?

Tal situación pone de manifiesto la coincidencia de dos series independientes de hechos: la estructuración mecánica del saber humano análoga de la organización social que, entre ambas, destruyen la unidad de la conciencia, la aptitud universal del ser humano; por otra parte, la aparición del fenómeno intelectual más significativo de las tendencias contemporáneas, o sea, la apelación a una experiencia pre-intelectual a una muda sensación orgánica: angustia, intuición vital u otras semejantes, con su correspondiente serie de tipos psicológicos paralelos: el hombre "masa" y el intelectual "deshumanizado".

Sin embargo, la misma confluencia de las dos series de fenómenos sugiere que está próximo el momento en que ambos queden definitivamente superados. En cada frente de esta contradicción: la palabra y el hombre, hay una promesa, una esperanza para el futuro. El tiempo de hoy tiene lo mejor que abriga toda existencia, la semilla de la generación. No importa que no podamos arrancar el secreto a la historia venidera si preservamos la simiente que la ha de fecundar.

UNIVERSIDAD. No. 4.
Monterrey, N. L., abril de 1945.

LA IDEA DE LA GUERRA

A cuenta de la guerra se han producido innumerables teorías para el arreglo pacífico del mundo, que conceden mayor interés a la paz que a la guerra, sin pronunciar casi palabra sobre ésta, como si fuese un hecho evidente cuya significación y alcances estuvieran perfectamente definidos; y de allí resulta una patente contradicción en los extremos de los programas ideados. Proponen la paz en condiciones de una guerra sin término.

En efecto, todos más o menos suponen que una vez dado el hecho de la guerra sólo bastará que el éxito de los ejércitos despeje del campo de la contienda al otro beligerante para que, a base de una situación de dominio político unificada por el triunfo, se escoja entre los programas el más acertado y duradero, o el más conveniente al grupo de intereses predominantes.

De esta suerte la solución de la guerra en la paz no llegará a consumarse nunca, porque los ordenamientos resultantes traducirán, por un tiempo más o menos largo, la fuerza que dicta sus condiciones al enemigo; pero en cualquier momento este, u otro que resulte mal favorecido, se valdrá de igual recurso en cuanto sea capaz de hacerlo. Lo cual quiere decir que esos programas para la paz son las condiciones de rendición para los vencidos, y nadie encontrará en ellos un verdadero camino para romper el círculo que va de la guerra a la guerra, a través de una o varias paces negociadas.

Una considerable porción del error cometido en estas contradictorias proposiciones proviene de aplicar una idea caduca y totalmente superada en los hechos, de la significación y efectos de la actual guerra. Entre ésta y las que se practicaron en los siglos XVIII y XIX, media la diferencia profunda que se mide entre la finalidad política concentrada en el interés dinástico, primero, o luego nacional; y el propósito más o menos inconsciente de constituir una comunidad sobre bases legítimas de la unificación

mundial de los pueblos. Son nada menos que contrarios los signos que presiden a estos hechos bélicos, entre siglo y siglo, que sólo guardan la comunidad de un espectáculo de muerte y destrucción.

Mientras que las guerras dinásticas o políticas miraban a la conservación y crecimiento de los intereses nacionales; ahora la disgregación de estos mismos, los choques y estallidos que han provocado dentro de cada una de las nacionalidades son precisamente las promociones inmediatas de la guerra. Los conflictos políticos entre las naciones europeas podían dirimirse "legalmente" en el campo de batalla, porque había un tácito consentimiento de la conciencia europea en que la guerra constituía un recurso jurídico, desagradable y de última opción, necesario para balancear las fuerzas de las naciones en un terreno real. Cierta política internacional, llamada del equilibrio, traducida de una manera más o menos imperfecta la nivelación del poder resultante de la guerra e indirectamente estatúa a ésta como una regla jurídica internacional. Todavía la lucha mundial de 14 se planteó originalmente sobre estos supuestos, sólo que insensiblemente fué cobrando un alcance mucho mayor que el presumido por los directores políticos.

A la sombra de los años que corren de fines de uno y principios del otro de estos grandes hechos bélicos del siglo, se ha ido destacando una situación revolucionaria de los moldes económicos y políticos dentro de las naciones que operaron como beligerantes, la cual trastornó totalmente las condiciones del pasado y más aún del actual conflicto. Puede seguirse esta transformación en la historia de Rusia y Alemania, principales protagonistas del conflicto europeo del siglo XX a través de los cuales se vieron arrastrados los demás pueblos, de manera que en estos países se concentra visiblemente la acción y el porvenir de todo Occidente.

Habría que distinguir algunas posiciones intermedias en este fenómeno. Japón y E. U. A., hacen todavía una

guerra de carácter político. Inglaterra participa, en cuanto a las bases psicológicas que provocaron su intervención, de una condición más o menos próxima a ese sentido nacional. Pero es dudoso que estas potencias consigan mantener su impulso original aislado de la masa central del fenómeno, cuyo epifoco queda localizado en Alemania y la URSS; y aún en el caso de que obtuvieran parcialmente su propósito, esto mismo sería una amenaza para otro acontecimiento de la misma especie.

Es simbólica la situación de España, en cambio. La lucha civil en que se vió envuelta fué una muestra del espíritu y modos de operación históricos que desarrollaron posteriormente los acontecimientos bélicos en un escenario mundial. Y allí está, todavía, con su forzada solución, para servir de piedra de toque, de finísimo diapasón en donde se podrá medir, en términos muy humanos, el aprovechamiento que hayan tomado las potencias aliadas de la siniestra lección que les han deparado estos años. En España vive y obra la experiencia del triunfo fascista, la de un supuesto interés nacional que persevera en su gobierno a consecuencia de sostener interminablemente la guerra contra sus mismos naturales. Este espíritu de violencia, así sea embridado y guarnecido, será la cabalgadura de la paz que ofrezcan los vencedores a los pueblos del mundo?

Si llegara a cometerse un error semejante, se estaría preparando a la retaguardia de las fórmulas jurídicas de la paz internacional una caballería de muerte y desolación para el futuro. No hay escapatoria posible. Por hábiles que sean los prestidigitadores de la paz, no podrán escamotear con una fórmula de derecho, en términos de intereses nacionales, la alternativa de una guerra futura o la necesidad de otros procedimientos para garantizar la convivencia del mundo en condiciones pacíficas y satisfactorias.

La guerra de mil novecientos catorce desbarató el nudo de los intereses nacionales, en una serie de cuestio-

nes interiores a cada pueblo: la reorganización de las bases económicas y sociales, con su cortejo de problemas educacionales, Jurídicos y de técnicas sociales, ha creado un torbellino de luchas individuales y de grupo que han puesto en duda la eficacia del antiguo orden internacional, llevándolo a su propia destrucción en los campos de batalla.

Porque es claro o debiera parecer tal, que si las guerras del siglo anterior reforzaban más estrechamente los principios internacionales del equilibrio mundial guardado por las potencias vencedoras, este efecto se conseguía prolongando en el interior de cada una de ellas los vicios de la organización mundial de los intereses nacionales. Ahora el efecto ha invertido su dirección en el sentido de la causa y la guerra actual sólo puede alcanzar una situación estabilizadora, no a consecuencia de principios internacionales, sino únicamente a base de la reordenación interior de cada pueblo. Se comprenderá más claramente el cambio de orientación que se ha operado, si figuramos los acontecimientos de esta manera: las guerras nacionales, de carácter político, encaraban situaciones colectivas entre personas morales o jurídicas, que son las Naciones; mientras la condición actual de la guerra es la del aseguramiento o la pérdida de intereses sociales comunes entre los países combatientes a ambos lados de las trincheras. En una palabra, ha quedado superado en los hechos el orden internacional de las nacionalidades por una guerra donde cada combatiente tiene un grupo de adictos y otro de adversarios en el campamento de su enemigo.

La imagen más propia para significar este carácter peculiar, es la de la guerra civil. Es ya un indicio que tal lucha en España fuera prólogo de esta contienda y que aún no se disipe el temor de que el cabo de la paz haya de doblarse antes de que otras tormentas caigan sobre algunos pueblos, Francia quizás.

Inconscientes o disimulados los aspectos de la guerra en el frente interior de las naciones combatientes, no por

ello dejan de obrar esas fuerzas que hacen de cada soldado un héroe de su patria y un enemigo de la sociedad en que vive. ¿Habrán encarado, en toda su crudeza, este hecho psicológico, los estadistas de la paz?

Hace cuatro siglos, Vives, el filósofo español, no hallaba mejor fórmula de resumir el pensamiento de la paz perpetua, que aquellas palabras fervorosas: "Todas las guerras son civiles, porque todas son entre hermanos". Este pensamiento que entonces tomaba su vigencia y sustento de la afinada sensibilidad filosófica y moral de su autor, rebosa por todos los poros la dramática realidad de nuestros días.

Es indudable que los procedimientos para concertar la paz han de ser diferentes de acuerdo con la idea que se tenga de la guerra. A un pensamiento político obedeció la paz de Versalles, que puede servir de aleccionadora advertencia para los que se empeñan, juristas y diplomáticos, en sustituir los presupuestos básicos de convivencia que necesita el mundo entero, por la satisfacción que procuran los tratados internacionales a ciertas minorías nacionales, mientras la inmensa mayoría dentro de esos países y el resto de los pueblos reciben únicamente bellas palabras y solemnes promesas.

El orden internacional probó su eficacia equilibradora con buen éxito, hasta en tanto que ciertas cosas comunes a la humanidad, como la disposición de una técnica eficiente de explotación de los recursos nacionales, el desahogo comercial en los mercados mundiales y la elevación de la prosperidad interior de los habitantes, marcaban un ascenso positivo e ininterrumpido, en donde parecía haber cabida para todas las naciones, a su turno y en la medida en que su esfuerzo e inteligencia lo permitieran.

Sólo que este orden externo de pura regulación internacional llegó a provocar dentro de los mismos países empeñados en esa libre competencia de vigor nacional, una falla interior, una grieta por donde han escapado torrentes irresistibles, en punto de ignición, de las capas sociales

más profundas sometidas a presiones y temperaturas inauditas.

De inmediato estos movimientos telúricos de los pueblos han encontrado un alivio, una válvula de escape en la misma guerra. Pero ¿y después? ¿Estará justificado y se podrá tornar la situación original, cuando ya se ha experimentado que la única salida de este callejón es la despiadada matanza de la juventud?

Tamañas dificultades han hecho que algunos pensadores se arrimen al cómodo recurso de conceder un carácter inevitable a la guerra, o bien de atribuirle un espíritu creador y, por tanto, considerarla como algo bueno en sí misma. En cuanto a los primeros, confunden éstos la persistencia de fenómenos guerreros a través de la historia humana con la creación y desarrollo de esta o de cualquiera otra guerra, determinada en su naturaleza particular por factores igualmente particulares.

Nadie creará que la tendencia belicosa, en cierto sentido natural al hombre, pueda desaparecer enteramente por este o el otro procedimiento; pero, aparte de que esta inclinación ha disminuído notablemente su crudeza en las relaciones individuales y ha cambiado su dirección a la lucha contra la Naturaleza, nadie dudará tampoco que el origen, desarrollo y término de esta o de cualquier guerra se deba inmediatamente a dicha tendencia, sino a circunstancias sociales, políticas y económicas que la despiertan, fomentan, provocan y se embarcan en su tumultuoso recorrido.

Cuando se habla de evitar la guerra se debe considerar a ésta como un fenómeno histórico particular, a cada guerra como algo distinto de las otras y enderezar la acción preventiva a las condiciones especiales que la engendran en cada caso; mientras que aquella actitud de ciego fatalismo, no hace sino consagrar y contribuir a la continua reproducción del mismo tipo de padecimiento. Las guerras de la humanidad no tienen entre sí mayor parentesco que guardan a su vez las enfermedades humanas, en

que todas quebrantan la salud y desembocan en la muerte, pero cada una de por sí puede ser prevenida y hasta se ha logrado desterrar algunas de manera positiva.

Aquellos otros que declinan la guerra en todos sus casos como sustancia espiritual y manifestación del más alto heroísmo y virtudes humanas, además de llevar en su cuenta el mismo cargo de confusión que los anteriores, cometen el yerro de tomar una de las partes por el todo. Es cierto que en la guerra hay algo creador, pero esto no es de ella sino del hombre que interviene en su curso. No es de admirarse que haga surgir nuevos conocimientos o avanzar las técnicas de las artes o hasta enriquecer el espíritu con nuevos frutos; pero, en gran parte, todos estos cambios que nacen de la guerra desembocan en otra, si no se logra organizar la convivencia pacífica de los pueblos; y si la paz se llega a imponer de una manera duradera, el valor de estos medios se estima en la medida de su contribución al bienestar humano y no del espíritu de destrucción que por accidente los hizo concebir.

Por encima de todo esto, el precio de la guerra es la destrucción de insustituibles riquezas humanas, que no se compensa con la creación de nuevas dificultades y supresión de caducos estorbos, mientras falte una rehabilitación posterior de la vida social que no conduzca al mismo callejón sin salida.

La guerra como fatalidad humana, por la guerra misma o de recurso para una distribución del poder entre los Estados, es sencillamente la concepción menos afortunada de la inteligencia, porque no consigue lo que se propone y de paso arruina el patrimonio del hombre, ensombrece y envenena su espíritu.

No queda pues otro camino para estos años decisivos que concebir y trabajar en una idea de la paz que no sea puramente externa y de carácter político entre las naciones, sino que vaya y venga de uno a otro de los hombres y que se anude en el sentimiento de fraternidad común a todos los pueblos.

Nadie podrá justificar que tiene una fórmula irresistible para curar al mundo de los males de la guerra. Pero, si entre los vencedores prevalece la idea de que sus estadistas la poseen, de seguro que no encontraremos el camino de la paz. Otra cosa sería disponer los negocios mundiales a manera de evitar el error de las reparticiones territoriales, ocupaciones permanentes, zonas de influencia y otras proposiciones semejantes.

La responsabilidad de las democracias aliadas corre pareja con el esfuerzo y los sacrificios realizados para conquistar el triunfo de las armas, ya que disponen de la más grande oportunidad de este siglo para constituir un Gobierno universal de los hombres, sin más alternativa que realizar esta idea, o seguir alimentando la guerra con miserias de donde nacen injusticias, despotismos y locuras militaristas.

No hay fórmula capaz de contener la paz si no se mide a través de la posibilidad de tratar los problemas económicos, sociales y políticos de todos los pueblos como si se tratase, como en efecto se trata, de una misma raza: humanidad entera.

UNIVERSIDAD. No. 3
Monterrey, N. L., septiembre de 1944.

NUEVA GENERACION

En las zonas más altas de la vida mexicana —economía, gobierno, educación— la iniciativa creadora está ya en las manos de los últimos hombres que alcanzaron a participar o fueron testigos de la lucha armada de la revolución mexicana. En diez años más asistiremos al completo reemplazo de esta generación que dejó hecho un programa de vida nacional: la revolución mexicana.

La serie de acontecimientos que se vienen sucediendo en México desde 1910 integran una realidad de tipo colectivo que se ha traducido en cosas y transformaciones sociales, irrevocables. Esto es lo que constituye objetivamente el programa histórico de la revolución, cualesquiera que sean los desfallecimientos personales o las inflexiones de la dirección original. En el orden subjetivo estos mismos hechos de nota distintiva en nuestra existencia histórica encuadran justamente con el principio, medio y fin de una generación. En consecuencia, se impone su tratamiento histórico como una individualidad humana de caracteres unitarios, una generación.

En otras palabras: para reconstruir la figura del hecho histórico pueden seguirse dos líneas de investigación, una que va por el contorno y se ciñe al propósito realizado, del lado en que caen las cosas y los hechos definitivos, calca el perfil del movimiento y obtiene una visión objetiva. Así, esa temporada mexicana se define por la reforma agraria, la legislación obrera, la nacionalización del subsuelo y el socialismo de Estado.

Por una vertiente interior al fenómeno, más íntima y subjetiva, que se coordina con la anterior, se va a dar con el propósito o la intención que sin cumplirse totalmente en la realidad, ha servido como piloto de la acción, algo que se condensaría vagamente en la expresión de espíritu histórico o generativo de todo el proceso.

De estos procedimientos de examen histórico nos interesa particularmente el último, por la circunstancia prime-

Nadie podrá justificar que tiene una fórmula irresistible para curar al mundo de los males de la guerra. Pero, si entre los vencedores prevalece la idea de que sus estadistas la poseen, de seguro que no encontraremos el camino de la paz. Otra cosa sería disponer los negocios mundiales a manera de evitar el error de las reparticiones territoriales, ocupaciones permanentes, zonas de influencia y otras proposiciones semejantes.

La responsabilidad de las democracias aliadas corre pareja con el esfuerzo y los sacrificios realizados para conquistar el triunfo de las armas, ya que disponen de la más grande oportunidad de este siglo para constituir un Gobierno universal de los hombres, sin más alternativa que realizar esta idea, o seguir alimentando la guerra con miserias de donde nacen injusticias, despotismos y locuras militaristas.

No hay fórmula capaz de contener la paz si no se mide a través de la posibilidad de tratar los problemas económicos, sociales y políticos de todos los pueblos como si se tratase, como en efecto se trata, de una misma raza: humanidad entera.

UNIVERSIDAD. No. 3
Monterrey, N. L., septiembre de 1944.

NUEVA GENERACION

En las zonas más altas de la vida mexicana —economía, gobierno, educación— la iniciativa creadora está ya en las manos de los últimos hombres que alcanzaron a participar o fueron testigos de la lucha armada de la revolución mexicana. En diez años más asistiremos al completo reemplazo de esta generación que dejó hecho un programa de vida nacional: la revolución mexicana.

La serie de acontecimientos que se vienen sucediendo en México desde 1910 integran una realidad de tipo colectivo que se ha traducido en cosas y transformaciones sociales, irrevocables. Esto es lo que constituye objetivamente el programa histórico de la revolución, cualesquiera que sean los desfallecimientos personales o las inflexiones de la dirección original. En el orden subjetivo estos mismos hechos de nota distintiva en nuestra existencia histórica encuadran justamente con el principio, medio y fin de una generación. En consecuencia, se impone su tratamiento histórico como una individualidad humana de caracteres unitarios, una generación.

En otras palabras: para reconstruir la figura del hecho histórico pueden seguirse dos líneas de investigación, una que va por el contorno y se ciñe al propósito realizado, del lado en que caen las cosas y los hechos definitivos, calca el perfil del movimiento y obtiene una visión objetiva. Así, esa temporada mexicana se define por la reforma agraria, la legislación obrera, la nacionalización del subsuelo y el socialismo de Estado.

Por una vertiente interior al fenómeno, más íntima y subjetiva, que se coordina con la anterior, se va a dar con el propósito o la intención que sin cumplirse totalmente en la realidad, ha servido como piloto de la acción, algo que se condensaría vagamente en la expresión de espíritu histórico o generativo de todo el proceso.

De estos procedimientos de examen histórico nos interesa particularmente el último, por la circunstancia prime-

ramente señalada, o sea, que estamos a punto de asistir en México a un tránsito, a un paso de generaciones; y aun cuando los que vengan en seguida de los actuales responsables de la vida mexicana heredarán cosas ya hechas, es problemático cuáles serán los caracteres espirituales de la nueva época y de la nueva generación.

¿Hasta qué punto puede ocurrir un fenómeno de simple prolongación histórica, como la representada por la juventud que se incorporó al Porfirismo, aun cuando ahora los términos en aproximación sean otros; o ¿podrá darse una variación que siendo fiel a la especie paterna, introduzca una modalidad que lleve al individuo histórico, a la Nación, a una capacidad superior?

No sería fácil dar una respuesta directa a esta inquietante interrogación, así contásemos con métodos modernos de exploración de la conciencia juvenil a la manera norteamericana, y la razón es obvia: para la inmensa mayoría, los motivos de la conducta individual no afloran a la conciencia, pero ni siquiera existe una estructura de motivaciones personales, sino que la inspiración se toma de vertederos sociales: de los hábitos de trabajo o de los derivados de la agrupación social en que el joven queda situado por y a través de la familia, la escuela y el círculo de sus amistades.

No podemos anticipar de una manera precisa qué fruto se estará preparando de la germinación histórica ya iniciada en esa nueva generación, pero sí, en cambio, formular un esquema de los problemas que tiene por delante esa juventud.

En primer lugar está la herencia material del pasado, que no puede quedar vacante: habrá que proseguir, en este orden de cosas, la ampliación de la base agrícola de México para dotar al hombre de un bienestar compatible con los recursos civilizados de la vida; la extensión de beneficios colectivos a los que sólo cuentan con su trabajo; el incremento de la capacidad productiva del país mediante el uso del mejor equipo industrial, adiestramiento téc-

nico y provisión financiera; la capitalización nacional de las materias primas y energías fundamentales, para desarrollar un programa económico que abrigue a nuevas generaciones con una actividad sana, más generosa y fecunda que la de hoy.

La magnitud de estos problemas, dada la distancia a que nos hallamos de su cumplimiento es para consumir el esfuerzo de varias generaciones. Sin embargo, nos quedaríamos a la mitad de nuestro intento si ahí radicásemos todo el destino de un grupo humano que pretenda representar una nueva modalidad de la historia mexicana. Muchos ciertamente harán bien al país y a sí mismos entregándose a la prosecución de esa obra: la edificación de la vivienda de México. Pero, ¿y no habrá nada más que sumar cosas a las cosas y esperar el fruto de la planta humana?

Para entregar nuestra voluntad a la fábrica de la comodidad nacional, por espléndida que parezca, hace falta una intención que se deje ganar por un mensaje humano que sirva de enlace entre las generaciones mexicanas, una palabra que sea fruto y a la vez simiente. Cualquier habitación que se construya sin ese significado hará las veces de campamento, provisional hasta la nueva orden de marcha, como viene sucediendo desde siglos.

En punto a ello, no tenemos algo así como una estructura espiritual homogénea ya organizada por nuestro pasado y que sirva de apoyo para prolongar en una simple variación el tema de la vida mexicana. Esta condición nos impone una extrema dureza y dificultad a la tarea, pero es motivo de mayor libertad y permite un juego más amplio a la imaginación y a otros recursos más espontáneos o primitivos. Mientras en nosotros siguen librando una intensa contienda todos los elementos de nuestro pasado, a otros pueblos les basta dejar correr el río de su lenguaje para estar de acuerdo consigo mismos y con su porvenir. Quizá el aislamiento mundial de México ha ido reservando los jugos más fértiles para una hora que va de-

jando de ser incierta, a cuya altura de oportunidad quedará medida nuestra inteligencia y capacidad como ejecutores de una promesa histórica.

Esta circunstancia hace imposible que se reproduzca un tipo de sucesión como la habida entre los jóvenes que sucedieron a la Reforma y se incorporaron a la paz del Porfiriato. Y más aún si se toma en cuenta que la Revolución Mexicana puso en libertad una inmensa energía al aniquilar aquel ensayo de cultura cosmopolita, de franca represión a lo indígena. La espontaneidad de movimientos y la intensidad imaginativa que provocó quedará como adquisición en la nueva juventud, a la cual resulta impracticable proponer como fórmulas de trabajo nacional escuetamente la técnica, la ciencia o un código moral de buenas familias. Vendrán estas cosas por añadidura, cuando primeramente hayamos puesto al hombre mexicano en su propio tema de vida y de cultura.

Otro resultado que ya se puede apreciar para este momento es la caducidad de ciertos dilemas de la conciencia mexicana: militarismo y civilismo; partido liberal y clericalismo, más otros ismos derivados de la contienda revolucionaria; pero especialmente, esa polémica atrasada entre los motivos indígenas e hispanistas. A este propósito vale la pena decir que el indígena, con su mera presencia, ha protegido a México más de lo que lo hubieran hecho gobiernos de inspiración colonial, del tipo que fracasó a raíz de la Independencia. Conste, así mismo, que España está más cerca de nosotros que nunca, y eso en la medida en que somos más espontáneos y menos conscientes de una imitación formal.

A manera de compromiso entre ambos extremos se ha insinuado una fórmula de inspiración de la cultura mexicana en el mestizaje. Pero esta expresión vaga y que se refiere a una realidad movediza, no es capaz de sintetizar la riqueza y variedad de matices que se ocultan en el fenómeno que superficialmente indica. Más que de un tipo racial único, se trata de una novedad social y espiritual

que se está produciendo en gran escala en todo el país, sólo que los más notorios ejemplares de esa tendencia son los individuos de condición mestiza; pero no están excluidos del fenómeno los de ascendencia blanca o indígena.

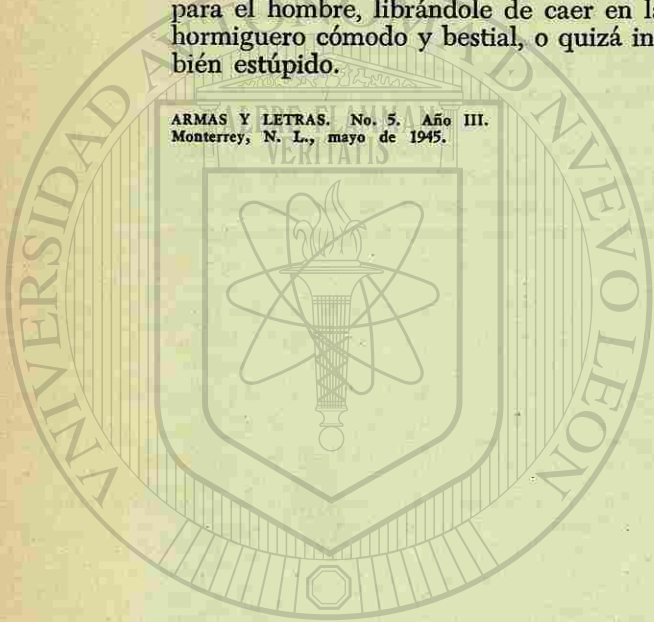
Lo más interesante de este proceso de precipitación y desplazamientos sociales está, a mi ver, en el hecho de que su influencia se advierte como una mayor proximidad de México consigo mismo. Por todos lados se observa una nueva conciencia nacional más alerta, viva y audaz. Aquella deprimente sensación de inferioridad va cediendo a un estado de ánimo más seguro de sí mismo, combativo y sereno. Y entre las cosas que puede traer este cambio espiritual no será la de menor importancia, la estructuración de una nueva manera de ver las cosas y el hombre mexicanos.

Y es allá a donde vamos con la misión que le toca desempeñar a una nueva generación. Es necesario comprender que está a punto de derrumbarse todo un estilo de la conciencia nacional por el empuje ascendente de hábitos, gestos y actitudes que se vienen abriendo paso cada vez con mayor aplomo y confianza de sí mismos. Entre otras señales indicativas de lo que ocurre, está la transformación de la provincia mexicana. No una, sino diez o quince ciudades de la República han asumido la responsabilidad de su propia vida espiritual y material, como llegadas a la mayoría de edad; y todo el país está cruzado por cordilleras de organizaciones nacionales que han elevado el tono de comunidades anteriormente aisladas y remisas a participar en la vida colectiva. La ciudad de México que antes se sentía provincia del mundo, preside ahora con recursos mentales de Capital una vida más rápida, intensa y enérgica de todo el país. Se percibe un sentimiento nacional que se confía a su propio instinto y crea obra mexicana sin pedir inspiración a los materiales acumulados por la tradición cultural y política.

Hará falta imaginación, intenso trabajo inventivo y no sólo reproductor de cosas muertas, obras humanas de re-

creación de la herencia cultural: lenguaje, documentos históricos, artes y ciencias. En la más modesta porción de la realidad mexicana hay una tarea por cumplir. Está señalada de antemano por el avance de la vida instintiva y consiste en salir al encuentro de cada paso de aquella, con una provisión de energía espiritual que trace y edifique para el hombre, librándole de caer en la condición de un hormiguero cómodo y bestial, o quizá incómodo pero también estúpido.

ARMAS Y LETRAS. No. 5. Año III.
Monterrey, N. L., mayo de 1945.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

UNA FILOSOFIA ADANICA

El historicismo ha venido a formar un solo cuerpo con el pensamiento del hombre occidental, al grado de ser inevitable recurrir a su ayuda para explicar teorías y fenómenos humanos por muy lejanos que sean aparentemente a la zona de su influencia. El pensar histórico se ha movido de instrumento a uso de la interpretación, a la condición de ley y necesidad interna de la realidad y con esto al de expresión de la desesperanza de nuestro tiempo.

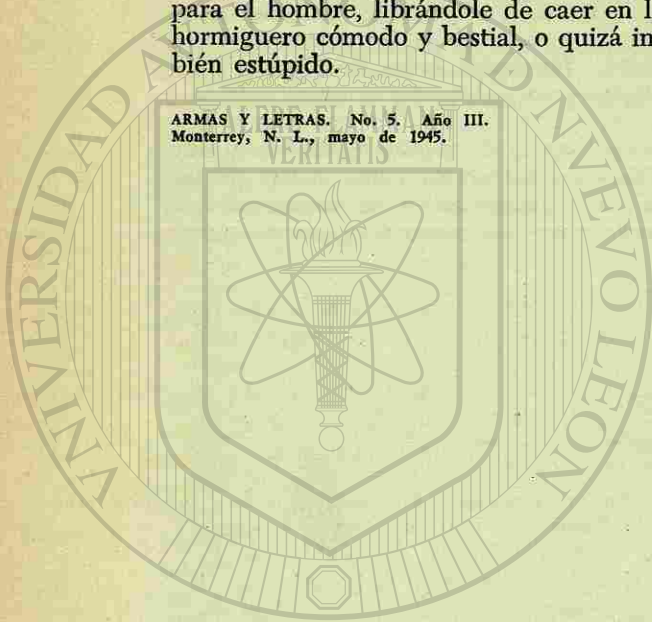
Primero como una forma del pensamiento inadvertida para el mismo historiador; sometida luego, como tal forma, a las exigencias del pensamiento físico matemático; y, finalmente, reobrando sobre sus productos para extraer un principio libre, espontáneo y suficiente, más allá de las causas y los efectos parciales, inaccesible al movimiento y moviendo sin embargo a todos los seres; tal es el recorrido de la Historia: arte narrativa, Física y Metafísica de hoy día.

No sería posible en el espacio de este ensayo seguir las variaciones individuales y los pormenores del desarrollo que han conducido a la conciencia europea por un itinerario, feliz hasta hace poco y que ahora se revela como peligro intelectual y estímulo de reflexión. Bastará mostrar las incidencias decisivas, las grandes flexiones de la sensibilidad y su ilustración filosófica, para tener a la vista las piezas de convicción que nos permitirán ensayar un juicio sumario de los hechos y de las ideas que intervienen en el historicismo. ¿Algo más que un pensamiento, acaso un estado de desesperación y de aniquilamiento?

En la antigüedad se practicó la Historia como arte narrativa sin admitir otra variación que la misma del relato, el tiempo exterior necesario para situar el pasado en una perspectiva visible desde el presente. La sensibilidad de la época y la del propio historiador verificaban el pretérito con el candor de quien toma sus ideas como cifras viables para siempre, con las cuales se hace la cuenta definitiva del hombre y del mundo. Un sentimiento de

creación de la herencia cultural: lenguaje, documentos históricos, artes y ciencias. En la más modesta porción de la realidad mexicana hay una tarea por cumplir. Está señalada de antemano por el avance de la vida instintiva y consiste en salir al encuentro de cada paso de aquella, con una provisión de energía espiritual que trace y edifique para el hombre, librándole de caer en la condición de un hormiguero cómodo y bestial, o quizá incómodo pero también estúpido.

ARMAS Y LETRAS. No. 5. Año III.
Monterrey, N. L., mayo de 1945.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

UNA FILOSOFÍA ADÁNICA

El historicismo ha venido a formar un solo cuerpo con el pensamiento del hombre occidental, al grado de ser inevitable recurrir a su ayuda para explicar teorías y fenómenos humanos por muy lejanos que sean aparentemente a la zona de su influencia. El pensar histórico se ha movido de instrumento a uso de la interpretación, a la condición de ley y necesidad interna de la realidad y con esto al de expresión de la desesperanza de nuestro tiempo.

Primero como una forma del pensamiento inadvertida para el mismo historiador; sometida luego, como tal forma, a las exigencias del pensamiento físico matemático; y, finalmente, reobrando sobre sus productos para extraer un principio libre, espontáneo y suficiente, más allá de las causas y los efectos parciales, inaccesible al movimiento y moviendo sin embargo a todos los seres; tal es el recorrido de la Historia: arte narrativa, Física y Metafísica de hoy día.

No sería posible en el espacio de este ensayo seguir las variaciones individuales y los pormenores del desarrollo que han conducido a la conciencia europea por un itinerario, feliz hasta hace poco y que ahora se revela como peligro intelectual y estímulo de reflexión. Bastará mostrar las incidencias decisivas, las grandes flexiones de la sensibilidad y su ilustración filosófica, para tener a la vista las piezas de convicción que nos permitirán ensayar un juicio sumario de los hechos y de las ideas que intervienen en el historicismo. ¿Algo más que un pensamiento, acaso un estado de desesperación y de aniquilamiento?

En la antigüedad se practicó la Historia como arte narrativa sin admitir otra variación que la misma del relato, el tiempo exterior necesario para situar el pasado en una perspectiva visible desde el presente. La sensibilidad de la época y la del propio historiador verificaban el pretérito con el candor de quien toma sus ideas como cifras viables para siempre, con las cuales se hace la cuenta definitiva del hombre y del mundo. Un sentimiento de

plenitud y eternidad guió la narración que labró sobrios y austeros bajorrelieves. Grecia y Roma trazaron la historia sin percatarse de que el movimiento circular en torno del espectador es la vuelta de éste sobre sí mismo, proyectada en la traslación exterior de las estrellas.

Es que las ideas tienen una función primaria y original de seguir la variación del tiempo en los imperceptibles cambios de la sensibilidad del espectador, a pasos mansos y silenciosos. Es un proceso de acomodación que no un verdadero movimiento, en cuya virtud se mantiene el equilibrio y la marcha continua del relato con tácito gobierno.

Inocente y paradisiaco destino que, sin embargo, se frustra de varias maneras. No es raro hallar variaciones humanas de la sensibilidad exterior y del sentido íntimo de la vida que sobrevienen sin aviso, de manera que el ajuste ideológico se hace ruidosamente, con violencia y en forma patente. Ciertos hechos, despojados de toda invención se instalan súbitamente en el horizonte humano provocando alrededor una atmósfera de zozobra y hasta de espanto.

Concedemos que algunas veces las ideas, en desquite, se anticiparon a los acontecimientos posteriores y éstos encajan cómodamente en sus resortes; tanto, que el conjunto de unos y otras producen la impresión de un mecanismo de relojería que vacía en moldes precisos el fluido metal del tiempo. Se toma el pulso a la época en la feliz y rítmica ondulación intelectual. Minuto de plenitud que se entiende como una previa compulsión del resorte histórico, seguida de cerca, con el oído atento, por la conciencia intelectual, hasta el punto en que ambas se distienden a marchas paralelas.

Ajustadas a la medida del presente y agotando su impulso con el curso de la corriente histórica; en su función de acumular dispositivos para caer sobre el futuro, en una curva parabólica; en uno y otro caso, la experiencia o la sensibilidad humana que presta a las ideas la dicha o el

infortunio de existir no ejercen una acción visible, perturbadora y por ende inquietante que atraiga una investigación especial sobre sí misma y de aquéllas.

Sólo cuando las creencias establecidas son sorprendidas por una variación interior que conmueve las raíces de la sensibilidad, se llega a advertir su condición de insólita mudanza, de apariencia, mera espuma de la realidad. En esos momentos sobreviene la conciencia de haber caído la tela inocente de los antiguos errores, y cuando aún no se inventan nuevos que cubran la vergüenza del hombre, se manifiesta el comportamiento de las ideas, la celada en la cual recaen cediendo a las tiernas pero implacables insinuaciones de la naturaleza sensible.

La sensibilidad desempeña el trabajo de la variación, pero la continuidad y el progreso de la historia se recobra en la unidad de la conciencia intelectual. En la experiencia íntima de la vida engranan los ensueños místicos, los actos del juicio, la percepción estética y las costumbres. En mérito a ese centro de cambios motores el entendimiento reconoce una filiación, una genealogía al acervo de obras históricas de un tiempo dado, reconstruyendo el perfil concéntrico que deja la onda al repasar el estanque vital. Pero la invención o creación histórica fluye en cada vez a un término más lejano y recóndito. El pensamiento repasa la vereda de la presa fugitiva, mientras la sensibilidad persigue ondulando la misteriosa orla del viento.

El trabajo primordial de la experiencia consiste en iniciar y sostener el movimiento de incorporación, de conquista de un nuevo territorio de invenciones, pero las empresas ideológicas quedan indeterminadas y lo mismo su destino final de éxito o adversidad. Mide la conciencia el campo de su historia al recorrerla, pero no inventa ni decide el futuro.

Así ocurre aunque se trate de las ideas filosóficas sobre la misma Historia. Después de Grecia hubo un momento en que pudo surgir la visión histórica: en la frontera temporal entre el mundo romano-cristiano y la invasión

germánica se produjo un doblez de la sensibilidad, a través de la conciencia de culpa que infundió el sentido cristiano de la vida. La unidad y conexión de los hechos humanos se distribuyeron en impulsos antagónicos: la gracia de un mundo perdido de inocencia al cual se aspiraba profundamente; y los impulsos de señorío y fuerza libre que impulsaron a la selva germánica sobre el área del Imperio. El tacto íntimo de la vida que brotó de esta situación azorante dió la posibilidad de una visión interior, psicológica, de la historia que sólo alcanzó por el momento a San Agustín. En la Ciudad de Dios aplica la idea de la autoconciencia personal al mundo político de los hombres, en una transitiva confesión religiosa.

Hasta el Renacimiento esta nueva luz sobre los acontecimientos mantuvo en secreto su mágica virtud de iluminación. La conciencia intelectual de Occidente, entre tanto, se adhirió a las localidades europeas, sin circulación con el pasado; y donde la Cultura latina llegó a manifestarse de nuevo, en la más alta época de este periodo, fue por proceso de naturalización; en una especie de paisaje provinciano se vieron frutos de la savia antigua, como si fuesen hijos naturales y silvestres del terruño.

La libertad y fuerza de los pueblos germánicos establecieron, al tiempo de su consolidación en comunidades nacionales, un puente de tránsito con la vida histórica cuando, roturados los estratos del feudalismo, se acudió a las fuentes originales de la experiencia personal. Aunque las playas más cercanas del nuevo continente fueron las inmediatas a las cordilleras de la Física, en cuanto la avidez de los exploradores alcanzó la cimera altitud de la nueva Ciencia, el panorama de la historia se descorrió hacia todos los puntos del horizonte en un círculo ilimitado de problemas.

El sentido inmediato de la percepción del pensamiento en que funda Descartes la filosofía moderna es otra especie del tacto, anticipo del interés histórico, que sustituye a la palpación religiosa de San Agustín. Este sentido in-

timo de la realidad desembocó, por una bifurcación de su tendencia, en el empirismo psicológico y en el racionalismo del siglo XVIII. Es común en ambos movimientos el propósito de hallar por un camino interior al individuo la clave cifrada de todo el universo.

Un solo intento de construcción paralela a la nueva filosofía —por esta época— lo intentó Vico, quien pretende hallar a la historia una matemática universal dentro de los estados interiores de la conciencia, con su fluidez y fuerza. La "Ciencia Nueva" aspira a constituir una lengua universal de las Naciones en donde se declinen los sustantivos y los verbos históricos. Es algo como lógica de corte estético y religioso.

La primera aplicación feliz del procedimiento mecánico intuitivo, inaugurado por Descartes, a las sociedades humanas, le hizo la Ilustración. Montesquieu y Voltaire inventan la materia histórica: costumbres, espíritu de los pueblos, que permite el tratamiento físico y la construcción de un sujeto propio del juicio en esta materia de conocimiento. "Leyes, dice Montesquieu, son las relaciones naturales y necesarias que se desprenden de la naturaleza de las cosas," donde el equívoco del vocablo leyes, facilita correr la teoría física al mundo de los acontecimientos humanos. Al pasar la mano niveladora de la perfecta razón por las riberas del pasado se adivinan senos y eminencias, una realidad elástica que manda su latido sordo por las arterias de la historia. La conciencia de perfección intelectual, como siente esta época de sí misma, lleva a los bordes y honduras de la realidad humana.

Sin embargo, el cambio que desveló en toda su amplitud la conciencia histórica, fue el Romanticismo. Más que una corriente literaria es una forma general de la sensibilidad, o mejor dicho, la adquisición consciente de la sensibilidad como forma y ley de la vida. Se destaca visiblemente en los géneros literarios, pero es general a las costumbres y al tiempo, sólo que sumó nueva velocidad la exageración propia de la literatura con lo que ésta dió

la nota de fingimiento y simulación que la gente reconoce en la familia romántica.

Como en el orden literario Rousseau y Goethe, en las ideas filosóficas es Kant el precursor del romanticismo; y aquellos con éste los más eficaces impulsores del frenesí idealista del siglo XIX.

Se dice que el romanticismo se caracteriza por la evasión de la realidad y su residencia en mundos irreales. Mas, para hallar la nota común a Literatura y Filosofía se necesita avanzar la distinción un poco más allá. Lo propio de la manera romántica de sentir está en la percepción consciente de la sensibilidad como frontera que administra el contacto con el exterior y resguarda el profundo ámbito interior de la libertad y el poder.

La disminución de las cosas, venerables entes filosóficos, en un haz de fenómenos que se atan en la unidad de las formas sensibles del espacio y el tiempo, confina a aquéllas a una existencia marginal. Elegante posición de la conciencia intelectual, que no la obliga a decidir la realidad en un sentido necesario y determinado y le permite escoger, por un sistema de símbolos, las reglas convencionales de tratamiento del mundo. Las formas generales de la sensibilidad y las categorías del entendimiento tienen maneras corteses y exquisitas, máscara de un verdadero desdén del pensamiento por la naturaleza.

Lo interesante de estos modales desdeñosos de la existencia son sus repercusiones indirectas en la visión histórica, con la soberanía de la conciencia humana cuyo crecimiento interior aparejaron. Sucede a los esquemas de la sensibilidad de Kant lo que pasa a las iguales y libres voluntades de los hombres en el Contrato Social, que truecan su naturaleza original, sin perderla no obstante, por una voluntad esencialmente buena, general y omnimoda. El imperativo categórico y la "volonté générale" de Rousseau son de idéntica raíz intelectual.

Del significado original de las funciones sensibles, destinadas a impedir la usurpación de la naturaleza al mundo

moral, se pasa a un sentido absolutista de las inspiraciones interiores de la conciencia, hermanas de aquellas que lanzan su impulso revolucionario contra las últimas Bastillas racionalistas.

Ninguna centuria como la del XIX hizo mayor acopio de razón, no obstante que se lleva el epíteto de romántica. A la inversa, sin llegar a paradoja, el racionalismo del siglo anterior fue un tiempo de fina sensibilidad. Se resuelve la aparente contradicción con advertir que los filósofos románticos hicieron este uso, hasta el exceso, al servicio de las inspiraciones sentimentales, con la intención de rescatar a la Naturaleza y a la Ciencia Física la libertad y la voluntad de creación que entre ambas negaban al hombre.

Lo mismo es que se trate de Hegel o Comte. Uno y otro trabajan por un futuro de espiritualidad absoluta y pura; mas, para esto, vuelven al pasado, sojuzgan la necesidad natural con las técnicas positiva o dialéctica y ofrecen un imperio al hombre que, para nuestro desconsuelo, no es sino un presente de repetición monótona e interminable. En busca del tiempo perdido de la humanidad —estado eterno de inocencia y alegría— vienen a dar por sus pasos a un jardín adánico: la Filosofía de la Historia o la Sociología.

El resorte sentimental de estas empresas ideológicas y la conciencia de un extravío —caída del hombre fuera de su libertad original— que ha de ser recuperado con técnicas intelectuales, constituyen la experiencia humana fundamental que sirve de apoyo a la teoría que aspira a ser Naturaleza, Historia y Filosofía en unidad insuperable.

Ciencia, Filosofía, Metafísica de la Historia o de la vida, de fines del siglo XIX en adelante, se esfuerzan por conquistar un nivel de experiencia común a la Naturaleza y al espíritu que quede por debajo del mismo hombre para situar a éste fuera de la escena, en posición de espectador. Se trata de recuperar en la conciencia intelectual toda la curva del movimiento histórico en un plano más bajo y profundo que la misma razón, por sentir a ésta com-

prometida y parcial a cada momento del proceso.

Este propósito es común a los diversos senderos filosóficos recorridos hasta el presente: desde una teoría del conocimiento por la Historia, que traspasa a ésta el sentido de la legalidad de la Naturaleza; al de un pensamiento que organiza los momentos históricos como obras de arte, sobre la base de la intuición estética; hasta las doctrinas, por una serie de matices intermedios, que escogen su punto de partida en la experiencia de la conducta humana, donde entran, con signos humanos y contrarios, al pragmatismo y la filosofía de la angustia vital.

Con presencia de estos datos sumarisimos hemos llegado en este ensayo, por último, al punto de esclarecer la alta y lisa escarpa de una azorante pregunta: ¿Hay alguna esperanza para el hombre en esta Filosofía?

A esta interrogación viene de inmediato una duda al espíritu, que nos llena de inquietud y temor al considerar el programa del historicismo. Sentimos que la tierra prometida de libertad y de inocencia humanas, que ha inspirado mesiánicamente esta persecución del hombre por el hombre a través de la historia, se desvanece en lo más remoto del pasado.

Resulta paradójico pero parece ser inevitable que mientras más se recoge el hombre a los aposentos interiores y más ocultos de la conciencia, el inmediato presente, que ya no el futuro, pierden toda eficacia inspiradora y la ola histórica que viene del pretérito palpita a nuestros pies con una levisima ondulación impalpable.

Cuando se trata de la reducción fenomenológica, de la contracción existencial o de la conciencia viviente, como operaciones que sostienen y recuperan el sentido de las cosas y de la vida humana, se practica un acto de desdoblamiento del presente y del futuro de la experiencia a un estado inmóvil de la conciencia, que cubre la totalidad de su desenvolvimiento y se cierra sobre sí mismo, suficiente y absoluto. Aunque se pretenda evadir el reproche de so-

lipsismo, insertando en el principio de la serie un momento de naturaleza (estado de conciencia) que es, a la vez, un concepto; este principio queda fuera de la serie y resulta ciego, angustiado e incapaz para poner en marcha el proceso.

Un instante que queda por fuera de la experiencia efectiva absorbe el desarrollo de toda la conciencia, de donde resulta que todo significado de la realidad y la misma vida humana reciben una propulsión retrógrada hacia el pasado, a un paraíso perdido y sin camino de redención.

Como si el ideal de esta conciencia filosófica fuera despojar al hombre de voz, visiones, actos, retraerle a la desnuda existencia original; desvelar la luz misma en la negrura de un latido del ser; regresar a la entraña materna y desnacer la vida y el mundo. Sólo un sentimiento de angustia, de caos y de horror es capaz de engendrar esta dolorosa e impotente nostalgia. Porque, en verdad, parece mejor que una filosofía, nostalgia de la naturaleza, más utópica que las ilusiones de la Razón y recuerda el sueño romántico de Rousseau.

La nostalgia de un mundo perdido de inocencia es una veta melancólica que acompaña a la historia del pensamiento desde muy antiguo. Aun antes de que Platón cerrara el círculo eterno entre la preexistencia y la inmortalidad, la melancolía de la existencia y la profunda atracción de la nada inspiraban los ritos órficos y el pensamiento pitagórico. Se trata, quizá, de ese atavismo de orden superior que llamó Nietzsche a la Filosofía.

No sería del todo inadecuado hacer derivar todas las contradicciones en que incurre esta conciencia filosófica —desvanecimiento de la realidad en un juego del pensamiento, sin criterio de necesidad, y por tanto, de verdad y libertad efectivas —de la identificación entre el acto y el ser, de donde surge la noción de la vida como un haz luminoso que vuelve todos sus rayos al centro de su origen: la luz desaparece y cede el lugar a la negrura impenetra-

ble, el pensamiento se desvanece en angustia, preocupación o nada.

Este tratado retrospectivo del hombre pone la existencia en el principio de los tiempos y la hace culminar en ese mismo instante de eternidad, en tanto que nosotros los hombres ejecutamos números de entretenimiento y diversión para cubrir la pausa del espectáculo.

La desesperanza y la voluntad de aniquilamiento que animan este pensamiento nos pone en la alternativa de escoger entre la necesidad del error y aun la maldad que encierra el futuro, la historia por hacer, pero que guarda una promesa de redención; y esta reconquista del pasado sobre nosotros.

Vivir es término, pero también principio, caída y ascenso, un desequilibrio en tránsito sobre una esperanza. El hombre no está consigo mismo en soledad. Cada quien arriesga su suerte en la de todos comprometiendo su propio destino en los azares de una lucha, en que la victoria estará hecha de la misma luz que la fe y el corazón de los combatientes.

CUADERNOS AMERICANOS. No. 6. Año III.
México, D. F., noviembre-diciembre de 1944.

APUNTES SOBRE RAMON LOPEZ VELARDE

Ramón López Velarde no es un poeta que se haya ganado fáciles y numerosos admiradores. Cuesta trabajo alcanzar el nivel emotivo a cuya altura se dejan ver y se escuchan, visiones y palabras de su dramática poesía. Pero una vez que se ha llegado al interior de su mundo poético, mayores fuerzas se necesitan para despedirse y abandonarlo que el trabajo gastado en entrar por el complicado laberinto.

Otro hecho evidente es que su poesía no deja acceso sino por las secretas e íntimas reacciones de la sensibilidad mexicana. Así se explica que fuera de México nuestro poeta alcance muy limitada adhesión. Aún dentro de nuestro país, se impone sólo a quienes han sometido el tacto y la percepción visual, largamente, a nuestro clima físico e histórico.

La correspondencia entre la sensibilidad vital de un temperamento tan mexicano, como el de López Velarde y los extremos de su poesía, sigue estando, a pesar de reiterados intentos para esclarecerla, por lo menos en la penumbra de un vago misterio, si no es que en las profundas oscuridades de la incompreensión.

Se han ensayado varias fórmulas de interpretación de López Velarde. A casi todas ellas les pertenece en común buscar la nota más significativa del poeta en una oposición de caracteres vitales, en un conflicto entre intenciones opuestas: provinciano y nacionalista, religioso y erótico, católico y pagano, más otras por el estilo.

Esta insistencia en señalar una lucha, un duelo de virtudes como raíz vital de su esencia poética, contiene una leve sospecha del drama y de la pasión en que coinciden la poesía de aquél y la verdad de México.

Otros poetas podrán tener una obra más cabal, amplia y diversa pero en ninguno de los nuestros se halla mayor acento dramático. No seguramente en el conteni-

ble, el pensamiento se desvanece en angustia, preocupación o nada.

Este tratado retrospectivo del hombre pone la existencia en el principio de los tiempos y la hace culminar en ese mismo instante de eternidad, en tanto que nosotros los hombres ejecutamos números de entretenimiento y diversión para cubrir la pausa del espectáculo.

La desesperanza y la voluntad de aniquilamiento que animan este pensamiento nos pone en la alternativa de escoger entre la necesidad del error y aun la maldad que encierra el futuro, la historia por hacer, pero que guarda una promesa de redención; y esta reconquista del pasado sobre nosotros.

Vivir es término, pero también principio, caída y ascenso, un desequilibrio en tránsito sobre una esperanza. El hombre no está consigo mismo en soledad. Cada quien arriesga su suerte en la de todos comprometiendo su propio destino en los azares de una lucha, en que la victoria estará hecha de la misma luz que la fe y el corazón de los combatientes.

CUADERNOS AMERICANOS. No. 6. Año III.
México, D. F., noviembre-diciembre de 1944.

APUNTES SOBRE RAMON LOPEZ VELARDE

Ramón López Velarde no es un poeta que se haya ganado fáciles y numerosos admiradores. Cuesta trabajo alcanzar el nivel emotivo a cuya altura se dejan ver y se escuchan, visiones y palabras de su dramática poesía. Pero una vez que se ha llegado al interior de su mundo poético, mayores fuerzas se necesitan para despedirse y abandonarlo que el trabajo gastado en entrar por el complicado laberinto.

Otro hecho evidente es que su poesía no deja acceso sino por las secretas e íntimas reacciones de la sensibilidad mexicana. Así se explica que fuera de México nuestro poeta alcance muy limitada adhesión. Aún dentro de nuestro país, se impone sólo a quienes han sometido el tacto y la percepción visual, largamente, a nuestro clima físico e histórico.

La correspondencia entre la sensibilidad vital de un temperamento tan mexicano, como el de López Velarde y los extremos de su poesía, sigue estando, a pesar de reiterados intentos para esclarecerla, por lo menos en la penumbra de un vago misterio, si no es que en las profundas oscuridades de la incompreensión.

Se han ensayado varias fórmulas de interpretación de López Velarde. A casi todas ellas les pertenece en común buscar la nota más significativa del poeta en una oposición de caracteres vitales, en un conflicto entre intenciones opuestas: provinciano y nacionalista, religioso y erótico, católico y pagano, más otras por el estilo.

Esta insistencia en señalar una lucha, un duelo de virtudes como raíz vital de su esencia poética, contiene una leve sospecha del drama y de la pasión en que coinciden la poesía de aquél y la verdad de México.

Otros poetas podrán tener una obra más cabal, amplia y diversa pero en ninguno de los nuestros se halla mayor acento dramático. No seguramente en el conteni-

do del poema o en la selección de los temas, sino exclusivamente en el desarrollo interior de la sensibilidad y de la pasión que les presta su vida. Seguir a López Velarde es emprender un camino estrechamente ceñido, con desviaciones bruscas e imprevistas y, casi siempre, acompañados por el riesgo de despeñarnos en secretos abismos.

Así como hay itinerarios poéticos en que las cualidades del mundo, la disposición de las cosas y los matices emotivos responden a una acción deliberada, a una creación atenta y consciente, otros caminos de la poesía nos ponen en presencia de una pasión que se inmola al mundo, se encarna y resucita en las cosas, sin añadirles el color o la medida de los estados sentimentales.

Se puede explicar lo anterior con la existencia de dos estilos poéticos, que son maneras de acción y de pasión humanas. Existe una poesía decorativa que llena el mundo con obras ornamentales, con palabras acomodadas plásticamente a los moldes de una melodía interior, de una música íntima del alma.

El otro modo es aquel en que se sacrifica y suprime la acción poética como obra, artesanía musical o plástica, para sentirla como pasión del hombre en el pulso vital de cada cosa, anhelo del mundo que quiere dejar de ser para transformarse en voz, palabra, ala o espíritu.

Crear o inventar nuevos entes que aún por ser hijos de la imaginación repiten la condición de las cosas; o asistir y dar testimonio de los anhelos del alma que está dormida en el mundo y soñar con ella sus sueños.

A este último género pertenece la poesía de López Velarde.

“En mi vida feliz no hubo cosa de cristal, terracota o madera, que abrazada por mí no tuviera movimientos humanos de esposa”.

No es la acción del verbo que imita o simula de nuevo la creación del mundo. Es la pasión del cuerpo y de la carne que quieren transformarse en verbo, en espíritu.

“Todo me pide sangre: la mujer y la estrella”.

Si le damos un nombre le llamamos drama poético. En López Velarde este drama tiene su motor de impulsión en la roja y ciega entraña cordial. Es la mitra y la válvula por donde circula la sangre devota del poeta. Trémulo oleaje que tiene un movimiento alterno de éxtasis y comunicación con las cosas, más luego un regreso de soledad, de zozobra y de muerte.

“Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.
Yo lo sacara al día, como lengua de fuego
que se saca de un ínfimo purgatorio a la luz;
y al oírlo batir su cárcel, yo me anego,
y me hundo en la ternura remordida de un padre
que siente, entre sus brazos, latir un hijo ciego”.

Para decir en otro verso:

“Me parece que por amar tanto
voy bebiendo una copa de espanto”.

Es un estruendo y un sordo rumor de sangre que circula por las venas del mundo; llega al ciego corazón, donde es empujada por el instinto y rebota de nuevo con un eco de la angustia, de la infinita zozobra de estar solo, solo con la muerte.

En el momento de la marea alta el instinto, la sangre devota, saca de las profundidades los restos del naufragio, a la orilla de la piel, la ribera del tacto. Son cosas maltrechas, fragmentos de realidad, pedazos de ser que apenas se descubren en unos cuantos perfiles intactos.

No hay un paisaje completo, una realidad acabada, sino siempre un mundo despedazado, dentro de un mar muerto donde “lloviznan gotas de silencio”. Una poesía

así, de esta calidad apasionada y sangrante es una dolorosa agonía en la cruz.

Es fácil reconocer físicamente el paisaje poético de López Velarde: la provincia mexicana. Sino que a pesar de la insistencia del tema y de la reiterada señal que la crítica ha puesto en esta nota, es una circunstancia accidental y superflua de su obra. En cambio está más profundamente metida en las honduras de su esencia poética, la condición del tiempo y de la hora mexicana que le tocó vivir.

López Velarde se encuentra justamente en ese tránsito de nuestra sensibilidad nacional que todavía no acaba de apurarse enteramente. Está a la mitad y perdido en el camino entre el pasado que fué y el futuro aún impreciso y temible, que por poco le hace quedarse sin mensaje poético, zozobante y trémulo.

El estrépito y el sordo rumor de choques, de catástrofes y de oleajes subterráneos que nos vienen de nuestra historia, tienen su equivalente poético en este mundo destruído, medio deshecho o hecho a medias de sus cosas poéticas perfiladas con adjetivos, a relámpagos breves o intensos de pasión.

“¿Oyes el diapasón del corazón?
Oyes en su nota múltiple el
estrépito de los que fueron y de los que son”

El desorden y la confusión del minuto revolucionario impone a sus contemporáneos una lógica y un imperio de mudos apetitos. Pero, es López Velarde el más lúcido de los intuitivos de su época, el más fiel amante de lo que ha de consumarse en el tiempo, las bodas del espíritu y la vida.

El, entre tantos, tiene conciencia de su extravío y de la irreparable esterilidad de un afán que se filtra por los poros de los sentidos. Si su palabra no se hace profecía, rechaza sin embargo toda complicidad con los

atractivos del pasado simbólicamente representados en el paisaje de la provincia.

Siente la tentación de refugiarse en su infancia, entre las cosas de su pueblo, al calor de rincones poéticos y el recuerdo de los amores furtivos de su juventud. Pero este pequeño mundo de la provincia es un montón de ruinas sentimentales incapaz de retener el amor del hijo que regresa. Prefiere volver a su camino de redención, a su afán de romper las cárceles de la sangre:

“Mejor será no regresar al pueblo”

Dice, en “Retorno Maléfico” y ahí mismo define su fe de agonizante, con aquello:

“Mi sed de amar será como una argolla
empotrada en la loza de una tumba.”

La provincia, en la poesía de López Velarde, acaba de morir. Mejor, ha muerto mientras él mismo agoniza. Y con este presentimiento, su mensaje poético le vuelve la espalda. No es la patria perdida o el hogar del hijo pródigo. Mejor que desandar el camino en un retorno maléfico, decide mantenerse fiel a sí mismo, como lo aconseja a la “Suave Patria”: apurar su destino para redimir definitivamente el pasado de la sangre y sacar el corazón al día.

Con estos elementos puede resolverse en parte la cuestión relativa a la correspondencia entre la sensibilidad mexicana y la poesía de López Velarde. En parte, únicamente, sólo que la mejor de ella, porque habría que citar además el sentido de discreción, la timidez orgullosa y el temor a incurrir en el ridículo que define por igual a una y otra. Pero, sobre éstas notas de contorno se alza dominante, presidiendo a todas ellas con un íntimo imperio, la voluntad de entregarse a la tarea redentora de dar voz y espíritu a las cosas mexicanas.

Tenía valor y le sobró ánimo a López Velarde para tomar la poesía por éste camino de expiación, donde fué

marcando su paso —“el camino rubí”— con un rastro de definiciones poéticas. Y no es por azar que la porción más viva de su obra pueda resumirse en una colección de esencias, de conceptos, donde intentó recoger el paisaje de México que llevaba muy dentro de sí mismo. Ni que estas definiciones, en que resumió su historia y nuestra vida, hayan de sobrevivir a los acordes que se suman a las notas fundamentales de su obra.

Cuando la experiencia poética sobreviene al hombre como una pasión o padecimiento, la voz se traduce en la acción de inventar nombres, definir por medio de adjetivos o sustantivar los verbos. Lo que ocurre en la poesía de López Velarde donde la acción humana y la calidad de las cosas se utilizan por verter el más recóndito sentido de los seres en el vaso translúcido de los sustantivos poéticos.

Obra a medias nos puede parecer una poesía que se queda estática en las cosas y deja sin voz al hombre. A medias, que no es imperfección sino tránsito, paso a otro movimiento. López Velarde es un signo, una señal que habrá de servir de punto de partida para la voz poética que ponga en acción las reservas espirituales más hondas del hombre americano. Y ésta condición que tiene su mensaje poético, de anunciamiento y tránsito, a la cual sirvió con extremada lealtad, es la secreta y más íntima virtud que le hace estar vivo y presente para siempre

ARMAS Y LETRAS. No. 4. Año I.
Monterrey, N. L., abril de 1944.

MODERNIDAD DEL CINE

La fecha del nacimiento del cinematógrafo y su propia naturaleza de máquina, han oscurecido una multitud de problemas estéticos y sociales que irradian de su presencia en la vida contemporánea. Uno de ellos es el relativo a su modernidad.

Es moderno y pertenece a la época el aparato de proyección y la técnica de elaboración del “film”: composición material de la película y rodaje en los “estudios”; la organización del espectáculo y los procesos económicos más o menos complejos por donde se desliza. Pero no vale lo mismo para todas y cada una de sus producciones; hay ahí un muestrario de estética de todos los matices: desde ciertos niveles arqueológicos hasta líneas ultramodernas en las cuales se insertan modelos de máquinas, estampas románticas, gestos de compostura clásica; una espesa vegetación de todos los climas y de todos los tiempos en torno a la imagen idéntica del hombre, antes cazador de renos y ahora jugador de foot ball.

Si nos atenemos a esa cantidad de novedad que pudiera encontrarse en la figuración o serie de formas por las cuales se expresa el “film”, o recurrimos a las tramas y argumentos de las obras, la pretendida modernidad del cine desaparece y hasta podríamos hablar, por el contrario, de anacronismos y particularmente de la gran inmutabilidad de la naturaleza humana que todavía se recrea con iguales motivos, contemplados desde el mismo nivel estético del que trazó las escenas de la Cueva de Altamira o los rizos de piedra de la Diosa Coatlicue.

Recordemos ahora a Valéry: “Un hombre moderno” vive familiarmente con una cantidad de contrarios establecidos en la penumbra de su pensamiento”. ¿Dónde radica, por tanto, la modernidad del cine? No ha de ser, por cierto, en esa mescolanza de problemas viejísimos ilustrados con atardeceres románticos y motores de aviación. Esto es el resultado, o el síntoma de su moderni-

marcando su paso —“el camino rubí”— con un rastro de definiciones poéticas. Y no es por azar que la porción más viva de su obra pueda resumirse en una colección de esencias, de conceptos, donde intentó recoger el paisaje de México que llevaba muy dentro de sí mismo. Ni que estas definiciones, en que resumió su historia y nuestra vida, hayan de sobrevivir a los acordes que se suman a las notas fundamentales de su obra.

Cuando la experiencia poética sobreviene al hombre como una pasión o padecimiento, la voz se traduce en la acción de inventar nombres, definir por medio de adjetivos o sustantivar los verbos. Lo que ocurre en la poesía de López Velarde donde la acción humana y la calidad de las cosas se utilizan por verter el más recóndito sentido de los seres en el vaso translúcido de los sustantivos poéticos.

Obra a medias nos puede parecer una poesía que se queda estática en las cosas y deja sin voz al hombre. A medias, que no es imperfección sino tránsito, paso a otro movimiento. López Velarde es un signo, una señal que habrá de servir de punto de partida para la voz poética que ponga en acción las reservas espirituales más hondas del hombre americano. Y ésta condición que tiene su mensaje poético, de anunciamiento y tránsito, a la cual sirvió con extremada lealtad, es la secreta y más íntima virtud que le hace estar vivo y presente para siempre

ARMAS Y LETRAS. No. 4. Año I.
Monterrey, N. L., abril de 1944.

MODERNIDAD DEL CINE

La fecha del nacimiento del cinematógrafo y su propia naturaleza de máquina, han oscurecido una multitud de problemas estéticos y sociales que irradian de su presencia en la vida contemporánea. Uno de ellos es el relativo a su modernidad.

Es moderno y pertenece a la época el aparato de proyección y la técnica de elaboración del “film”: composición material de la película y rodaje en los “estudios”; la organización del espectáculo y los procesos económicos más o menos complejos por donde se desliza. Pero no vale lo mismo para todas y cada una de sus producciones; hay ahí un muestrario de estética de todos los matices: desde ciertos niveles arqueológicos hasta líneas ultramodernas en las cuales se insertan modelos de máquinas, estampas románticas, gestos de compostura clásica; una espesa vegetación de todos los climas y de todos los tiempos en torno a la imagen idéntica del hombre, antes cazador de renos y ahora jugador de foot ball.

Si nos atenemos a esa cantidad de novedad que pudiera encontrarse en la figuración o serie de formas por las cuales se expresa el “film”, o recurrimos a las tramas y argumentos de las obras, la pretendida modernidad del cine desaparece y hasta podríamos hablar, por el contrario, de anacronismos y particularmente de la gran inmutabilidad de la naturaleza humana que todavía se recrea con iguales motivos, contemplados desde el mismo nivel estético del que trazó las escenas de la Cueva de Altamira o los rizos de piedra de la Diosa Coatlicue.

Recordemos ahora a Valéry: “Un hombre moderno” vive familiarmente con una cantidad de contrarios establecidos en la penumbra de su pensamiento”. ¿Dónde radica, por tanto, la modernidad del cine? No ha de ser, por cierto, en esa mescolanza de problemas viejísimos ilustrados con atardeceres románticos y motores de aviación. Esto es el resultado, o el síntoma de su moderni-

dad pero no el dato esencial al fenómeno. Ni siquiera encierra verdaderamente un contradicción inconsciente: es un simple juego o entretenimiento que consiste en variar y recomponer incesantemente el decorado de un antiguo y el mismo problema humano.

La auténtica modernidad del cine cae un poco fuera de sí mismo y está en más estrecha relación con el espectador que con la trama, los artistas o el decorado de las obras. Ninguna otra expresión estética si se exceptúa la música, es capaz de engendrar igual cantidad de ilusión permanente sobre la vida humana como el cinematógrafo. No me refiero a la intensidad de una impresión estética que puede perdurar toda una vida, sino al volumen y permanencia física de la ilusión, espejismo habitual en que se halla sumido el hombre moderno al grado de parecerle el cine una nueva dimensión de la realidad. Pero ¿este hombre no se ufana de su realismo?

No bastarían a explicar tal efecto la duración del espectáculo, ni la renovación incesante de los programas; pero tampoco el recurso de la música y demás medios técnicos que emplea la escena.

El secreto de esa masa física de ilusión que le ha permitido avasallar al público con éxito inmediato y creciente radica en dos notas, una de ellas que se realiza en la escena: la acción de la vida; y otra más subjetiva, que procede del espectador, la que consiste en un sentimiento de posesión de la realidad que llega a veces hasta los extremos de la embriaguez imaginativa.

Entre las diversas especies de movimiento el que particulariza lo viviente, o sea el propio de la vida, aquel que es llamado por Bergson la "duración real", es algo así como un proceso de maduración, un enriquecimiento por precipitación y concentrado de cualidades: verde que se va tiñendo hasta tomar el matiz anaranjado que nos da la sospecha de la sazón frutal o un gris de donde fluyen superficies luminosas y manchas penetrantes de sombra.

El "film" se apodera de nosotros por un influjo de imágenes en ondulación concéntrica, como un río que se engruesa y corre impetuoso; vamos arrastrados en su movimiento o, mejor aún, nos hace flotar en la manera de sus acontecimientos. Se dirá —y es cierto— que esta experiencia está en la base de toda expresión estética, principalmente en la danza, la música y la novela. Pero, a más de utilizar estos recursos el cine obra sobre la sensibilidad motriz más general, carente de especialización y no requiere otro esfuerzo que el de la marcha. Nos penetra e inunda como una emoción y nos arrastra con la suavidad de un paseo a pie.

Esto es lo que llamo acción de la vida. Que es el mismo secreto de la hipnosis: primero, una restricción del proceso vital en el sujeto pasivo; acto continuo, una serie de pasos y repasos concéntricos que terminan arrastrando a la vida por el sendero que traza la onda del movimiento.

Agréguese ahora la nota subjetiva de posesión que provoca el cine en el espectador. La más arriesgada proeza de los héroes de la pantalla tiene la suavidad de un compás rítmico. El espectador no percibe las resistencias ni el esfuerzo que las acompaña en los hechos de la existencia. Se entristece o se alegra, eso sí, pero la totalidad emotiva crece o disminuye y se transforma fluyendo de un estado sentimental a otro. Hay una intensa dulzura en este abandono y de ahí procede la sensación de descanso físico que se goza en las salas de cine. Es una experiencia de posesión flúida y orgánica como sólo se tiene en las imágenes del sueño. Esta posesión recae sobre un mundo de representaciones que no tienen carácter simbólico como en otras artes, sino que es el mismo de la realidad.

La consideración final nos ahorra llamar paradoja a decir que el cine es el arte del más extremado realismo y el de mayor cantidad de ilusión. En esta contradicción se cifra precisamente la modernidad del cinematógrafo. Veámosla ahora en sus vertientes sociales.

Nacido a la sombra de las grandes ciudades como un delicioso fruto de la técnica maquinista, imita el proceso vital u orgánico de creación; y su espíritu de movimiento cubre con un tupido velo de ilusiones el mundo de apretados esfuerzos físicos y acumulaciones humanas en que vive el hombre moderno. Todo acción, proporciona reposo. Procedente de un intenso trabajo colectivo lo disuelve en masa de ilusiones para las salas repletas de espectadores. Invita a la vida y adopta la forma del sueño. Crea personajes de la escena, "estrellas", ¿acaso para compensar la abundancia de socialidad en que estamos sumergidos?

Esto corresponde a la mentalidad moderna en que el Arte no es un intento de solución a problemas vitales, como lo es en la conciencia primitiva; sino arte, pura y exclusivamente; es decir una ilusión que hay que agrandar y espesar, para conseguir con ello el olvido, el reposo en una especie de adormecimiento. De cierta manera, una droga.

A pesar de contrarios deseos, se ve uno obligado a pensar que, hasta hoy, el cine es un disolvente de las potencias más finas del hombre: un ensueño fácil, alegre, ligero; pero el hombre no lo domina, sino que sucumbe al poder extraño y lejano; sus facultades de creación, que nutre la vigilia atenta, se entorpecen en una suave embriaguez y sigue el camino insinuado con un andar de sonámbulo.

El cine podría ser una contraseña para nuevas y más esforzadas hazañas del hombre. Lo es en alguna parte?

ARMAS Y LETRAS. No. 7. Año III.
Monterrey, N. L., julio de 1946.

HIDALGO Y LA PATRIA MEXICANA *

La vida de un mexicano de nuestros días está de tal suerte entretejida con su vivencia patriótica, que experimenta los más remotos acontecimientos de su estirpe dentro de un tono afectivo, por el cual reconoce la solidaridad espiritual de su pueblo y el concilio permanente de estimaciones y propósitos que hacen de verdad el perfil de una Patria. Esto nos ocurre a nosotros los mexicanos y a otros muchos seres en las vastas latitudes del mundo: sólo que tal conciencia social es relativamente contemporánea y no se extiende dos siglos atrás del momento presente. Nadie osaría hablar de una patria griega o romana, y la misma Europa sólo conoce el Reino de Francia o de España mucho tiempo después del Renacimiento. Ni siquiera es tal conciencia, hoy, un privilegio de todos los hombres, como lo atestiguan esos cúmulos de nacionalidades que integran algunos Estados modernos.

Nacer a la vida una entidad espiritual como la Patria, es una suerte de renacer diverso de la pura expulsión de las entrañas maternas; y de manera contraria a ésta, es una especie de ahondamiento, de incorporación y de regreso sobre los orígenes. Es por ello una forma espiritual, antes bien que una recaída en la inercia biológica de nacimientos y muertes. Tal práctica de desprendimiento físico y de inserción del destino individual en un destino más alto, es un viejo anhelo humano que en otrora pareció signo exclusivo de las aspiraciones religiosas, pero que hoy se encuentra participado a otras inquietudes humanas. Su presencia y su fuerza centrípeta en la integración social de la Patria constituye un síntoma de la edad moderna, dentro de la problemática significación de este vocablo.

Los hombres de la llamada modernidad —sobre to-

* Discurso pronunciado por el licenciado Raúl Rangel Frías, el día 30 de julio de 1953, a nombre de la Universidad de Nuevo León

Nacido a la sombra de las grandes ciudades como un delicioso fruto de la técnica maquinista, imita el proceso vital u orgánico de creación; y su espíritu de movimiento cubre con un tupido velo de ilusiones el mundo de apretados esfuerzos físicos y acumulaciones humanas en que vive el hombre moderno. Todo acción, proporciona reposo. Procedente de un intenso trabajo colectivo lo disuelve en masa de ilusiones para las salas repletas de espectadores. Invita a la vida y adopta la forma del sueño. Crea personajes de la escena, "estrellas", ¿acaso para compensar la abundancia de socialidad en que estamos sumergidos?

Esto corresponde a la mentalidad moderna en que el Arte no es un intento de solución a problemas vitales, como lo es en la conciencia primitiva; sino arte, pura y exclusivamente; es decir una ilusión que hay que agrandar y espesar, para conseguir con ello el olvido, el reposo en una especie de adormecimiento. De cierta manera, una droga.

A pesar de contrarios deseos, se ve uno obligado a pensar que, hasta hoy, el cine es un disolvente de las potencias más finas del hombre: un ensueño fácil, alegre, ligero; pero el hombre no lo domina, sino que sucumbe al poder extraño y lejano; sus facultades de creación, que nutre la vigilia atenta, se entorpecen en una suave embriaguez y sigue el camino insinuado con un andar de sonámbulo.

El cine podría ser una contraseña para nuevas y más esforzadas hazañas del hombre. Lo es en alguna parte?

ARMAS Y LETRAS. No. 7. Año III.
Monterrey, N. L., julio de 1946.

HIDALGO Y LA PATRIA MEXICANA *

La vida de un mexicano de nuestros días está de tal suerte entretejida con su vivencia patriótica, que experimenta los más remotos acontecimientos de su estirpe dentro de un tono afectivo, por el cual reconoce la solidaridad espiritual de su pueblo y el concilio permanente de estimaciones y propósitos que hacen de verdad el perfil de una Patria. Esto nos ocurre a nosotros los mexicanos y a otros muchos seres en las vastas latitudes del mundo: sólo que tal conciencia social es relativamente contemporánea y no se extiende dos siglos atrás del momento presente. Nadie osaría hablar de una patria griega o romana, y la misma Europa sólo conoce el Reino de Francia o de España mucho tiempo después del Renacimiento. Ni siquiera es tal conciencia, hoy, un privilegio de todos los hombres, como lo atestiguan esos cúmulos de nacionalidades que integran algunos Estados modernos.

Nacer a la vida una entidad espiritual como la Patria, es una suerte de renacer diverso de la pura expulsión de las entrañas maternas; y de manera contraria a ésta, es una especie de ahondamiento, de incorporación y de regreso sobre los orígenes. Es por ello una forma espiritual, antes bien que una recaída en la inercia biológica de nacimientos y muertes. Tal práctica de desprendimiento físico y de inserción del destino individual en un destino más alto, es un viejo anhelo humano que en otrora pareció signo exclusivo de las aspiraciones religiosas, pero que hoy se encuentra participado a otras inquietudes humanas. Su presencia y su fuerza centrípeta en la integración social de la Patria constituye un síntoma de la edad moderna, dentro de la problemática significación de este vocablo.

Los hombres de la llamada modernidad —sobre to-

* Discurso pronunciado por el licenciado Raúl Rangel Frías, el día 30 de julio de 1953, a nombre de la Universidad de Nuevo León

do, los individuos del Siglo XIX— hicieron de la comunidad histórica un proyecto terreno de aquella vocación a la transfiguración celestial prometida por el medievo. Nos dieron por herencia este modo del conocimiento—como hoy aparece a nuestros ojos la imagen de la Patria—, que es una conciencia de la intimidad del grupo, de sus avatares y exultaciones, como hitos de nuestro propio tránsito. Todo mexicano, por poco sentimental que pretenda ser, ha hecho posada de vez en vez, en las estaciones de gloria o de terror que señalan con rastro de sangre, o luz del alba, el itinerario de la Patria.

El conocimiento de nuestra intimidad histórica surge en la conciencia, menos que por una serie de hechos objetivos, en función de nuestra riqueza interior de valores universales. Mientras más ancha y profunda nuestra comprensión de la unidad humana, la presencia de la Patria resulta la más actual e inmediata de sus experiencias, la forma sustantiva de la comunidad universal de los hombres. Raíz afectiva por donde estamos prendidos a la tierra de los antepasados, es impulso a la elevación que procede de un afán universal; y ejercicio que practica cada generación, de procesos creadores y pérdidas irreparables sobre el fondo común de bienes heredados. Tal es el tono y la conciencia de la Patria que nosotros los mexicanos principiamos a datar desde Hidalgo.

Los antecedentes inexcusables de todo hecho histórico pertenecen aquí, donde se trata de un fenómeno de iluminación repentina y cabal como lo fue el grito de la independencia mexicana, a una serie paralela al acto; pero este último, más bien, es el que produce por efecto retroactivo de su puro significado la unidad de los elementos históricos preparatorios. El relato de las peregrinaciones nahoas y de la conquista española adquieren continuidad y relieve, tan sólo, bajo la acción unificadora de aquella conciencia nacional que promueve Hidalgo, en términos de la cual debemos reconocer únicamente a su virtud la calidad de progenitor de México.

Algunos contemporáneos de la independencia mexicana cometieron el yerro de confundir al acto generador de una conciencia nacional, con los efectos útiles y lucrativos de las operaciones militares, que en el caso de Hidalgo fracasaron. La inmediatez del éxito o la eficacia de los medios son buenos criterios para juzgar la bondad de una empresa mercantil. Los conocimientos del arte militar produjeron héroes imprudentes que precipitaron la catástrofe, como Allende o Aldama. El influjo social, la pericia guerrera, la combinación ingeniosa del poder y el ardid, dieron por resultado final a Iturbide, hábil en el golpe de Estado. Otra es la misión de Miguel Hidalgo, de la cual debemos percatarnos la generación actual, a fin de juzgar por cuenta propia al tenor de la sensibilidad que nos brinda nuestra experiencia.

El siglo diecinueve nos legó una imagen del héroe proporcionada a la medida de la época, en sus valoraciones positiva y negativa de la vida. Tras las fulminaciones civiles y eclesiásticas producidas al fragor de la lucha, llegó a la postre la consagración de su figura epónima. Algo del rencor inicial destila aún la ágil pluma de don Lucas Alamán, pero los contemporáneos de la consumación de la Independencia, en general, coinciden en un universal sentimiento de veneración.

La figura de Hidalgo no obstante y a causa de las perspectivas de su tiempo, se esfumó en sus contornos por efecto del colorido paisaje de los héroes del siglo. A pesar de la aversión oficial profesada a Bonaparte, es la figura de éste la representación plástica de los ideales heroicos que celebra aquella edad. Mucho más próximos estarán a este modelo, en América, los nombres de Bolívar o de Morelos que el del propio Hidalgo. El Perfil de los patricios se identifica con la casaca militar y sus méritos se miden por la victoria de los ejércitos que conducen. Por un espejismo de esta índole se llegará con Santa Ana hasta el extravío ciudadano, que prolongará sus efectos en la aventura del Imperio.

Si no fuese por la recordación anual del grito de Dolores, en que el desborde de los sentimientos populares manifiesta el más hondo significado de Hidalgo, habríamos visto palidecer su imagen hasta confundirse con la de un anciano bondadoso, el cual promueve una revolución que se frustra y en la que rinde el tributo de su propia vida. Frente a esta concepción angélica, que fascina a algunos por su vaga dulzura sentimental, otra más cruda se ha propuesto en tiempos recientes. El mural de Orozco que ostenta el Palacio de Guadalajara nos muestra otro Hidalgo más auténtico: una especie de ángel. No es aquel de la anunciación, ni el portador de un mensaje de paz a los hombres de buena voluntad; es el ángel de la cólera del Señor que blande una antorcha de fuego para exterminar a los réprobos.

A igual distancia de las dos imágenes extremas, el material histórico-biográfico del cura de Dolores mantiene su neutra calidad objetiva. Es un mexicano como ya hay muchos en las postrimerías de la Nueva España; participa de los beneficios concedidos al meztizo del siglo XIX y su posición corresponde estrictamente al medio, ni muy arriba ni sumamente baja en las gradas de la escala social.

Su condición de provinciano, acentuada por el nacimiento y los años de infancia rural en la hacienda de San Vicente de Pénjamo, le proporcionan una imagen de la vida mexicana que habrá de ser decisiva para sus determinaciones posteriores, de mucho mayor valor incluso que la literatura social de la Revolución Francesa. Cuando Hidalgo decreta la abolición de la esclavitud o promueve la devolución de las tierras a los pueblos indígenas, no lo hace con fundamento en abstractos principios de igualdad y libertad humanas, sino como consecuencia de su experiencia personal de hombre de campo mexicano. Sabe del amor a la heredad que cultivan las manos y está convencido de la bondad que reside en la expansión de la naturaleza.

Un maestro de filosofía, a quien descontentaba el

método escolástico y en substitución del cual promovía la enseñanza histórico-positiva, no debió ser nunca propicio al mensaje racionalista. Una buena experiencia de la historia y de la organización del trabajo en las haciendas mexicanas, guían su pluma al consagrar las más inmediatas urgencias de emancipación.

Origen y vicisitudes hacen de Hidalgo un hombre resuelto y experimentado. Entretanto Allende o Aldama vacilan a la hora misma en que ha sido denunciada la conspiración y es inminente la aprehensión de todos ellos, asume de propia iniciativa la dirección de los acontecimientos, se lanza a la acción de las armas unida a la inspiración religiosa. Liberta a los reos encarcelados, aprehende a las autoridades, oficia la primera misa de la Independencia y a su paso por Atotonilco iza como bandera el estandarte de la Virgen de Guadalupe.

Hidalgo confía la acción al comportamiento humano, antes bien que a la disciplina o al arte de la guerra. Es más que probable que el final encuentro con las tropas realistas, en el puente de Calderón, hubiese tenido igual desenlace funesto para las armas insurgentes, lo mismo si dirige las operaciones Allende que el propio Generalísimo. No tanto importan los triunfos de las armas para la calificación decisiva de los hechos, sino la dirección general de la revolución, a la cual imprime Hidalgo, desde luego, un impulso popular que hará irresistible tarde o temprano la consumación del propósito. Según su propia expresión, "los autores de semejantes empresas no gozan nunca el fruto de ellas". Ganar en el campo de batalla no debió ser tan importante a su parecer, cuanto llevar a la conciencia de todos la necesidad de la emancipación. Su extraordinaria serenidad en el cadalso y la misma resignación con que aceptó los hechos al ser depuesto del mando, es la actitud del hombre que ha llegado al límite y consumación de su destino.

En esto como en todo lo demás contrasta la actitud de Hidalgo con la de sus compañeros de empresa, los ofi-

ciales de carrera. Mientras éstos aspiran a ganar batallas cuando van de triunfo, sin lograrlo por lo demás, como le ocurrió a Allende en Guanajuato, o tratan de excusar su conducta a la hora de la represión, Hidalgo finca su misión en difundir los símbolos y los lemas de la lucha. Obra como un revolucionario social antes bien que un sublevado de cuartel; y a la hora de la muerte, la afronta con heroica sencillez.

Reprocha Alamán al movimiento iniciado en Dolores la impreparación de ideas, el desorden de los procedimientos y la efusión inútil de sangre. Con virtudes contrarias a estos defectos, sin embargo, el movimiento de consumación de la independencia abrió el cauce al exceso de los pronunciamientos cuartelarios y a la inestabilidad de los gobiernos carentes de arraigo en los más hondos intereses de la vida social.

No pudo verse entonces lo que hoy parece obvio; la formación de una nacionalidad, el nacimiento de una Patria precisa un hondo movimiento de remodelación del pueblo, sobre la misma línea de los orígenes; en tanto que es sumamente precaria cualquier acción que tan sólo corrija la estructura formal de la vida política y deje intactos antagonismos ancestrales.

¿Por qué funda Hidalgo la nacionalidad mexicana sobre el repudio a la conquista española, cuando él y nosotros mismos, somos parte de la sangre hispana? Repulsión y atracción son efectos de la misma fuerza que transporta en ocasiones y en otras mantiene unidas a las cosas. El repudio de Hidalgo procede de la formidable atracción, no patente en rigor, que ejercen nuestros orígenes, los cuales van a parar a Tenochtitlán de un extremo, en tanto que por el otro nos unen a Vasco de Quiroga, Motolinía, Las Casas, Garcés y demás. La repulsión acaba por ser idéntica y costó menos sangre que el contrario impulso de fusión de las razas indígenas y española afirmado por la conquista de Hernán Cortes. Iguales motivos históricos juntan a los hombres en honda solidaridad de des-

tino, aunque por momentos parezca contradicción que unos intenten deshacer lo que otros realizaron.

El motivo fundamental de la vida mexicana aparece desde sus más remotas manifestaciones, en los precarios orígenes tenochcas sobre el lecho lacustre del valle. Es el preludio de una gesta que principia por ser una voluntad heroicamente desesperanzada, la cual rubrica bellamente el final de Cuauhtémoc héroe de obsidiana. Queda de ella la afirmación en piedra del dominio del hombre sobre el flujo de las aguas y la corrupción del pantano.

La conquista española difiere muy apenas, por su violencia y efusión de sangre, del mundo mágico y tenebroso en que se debate el pueblo azteca; y tanto es semejante la una al otro, que costará trabajo a conquistadores y conquistados distinguir la realidad de la fantasía. Acople contradictorio del sueño y la verdad, de donde procederá nuestra tenaz persistencia por lo inesperado y maravilloso.

La acción verdaderamente nueva se ejerce con el poblamiento y la evangelización. Por uno se ensancha la geografía y se mezclan las estirpes, mientras que la otra convoca a la obra común de amor y salvación humanas. Entre ambas se disputan la preeminencia y más que correr paralelas, se cortan en cruz sobre la vida y el mapa de la Nueva España. Lo que aleja y aísla es la distancia de la metrópoli y la diversidad del territorio, propicias al provecho del conquistador y a la ruina de los valores indígenas.

Sobre el alma de conquistadores y conquistados obran de consuno, en cambio, doblando sus recíprocos influjos, el mito indígena y la religiosidad castellana, para producir la unidad de espíritu, que por el momento se contradice en la diversidad de las castas y la subyugación de todas a la europea. Como anticipación del mestizaje anímico que define nuestra realidad nacional, van quedando labradas en la madera de los retablos y en las piedras de los templos, las manifestaciones de una fina sensibilidad que si

bien confunde los motivos, une lo indígena y lo español en igual afán de expresar la belleza.

Para fines del siglo XVIII había llegado este proceso, sin embargo, a su término. El mundo de Vasco de Quiroga, el humilde mundo de barro de los misioneros franciscanos, es ya otro en la compleja estructuración social de la Colonia. Conquistadores y conquistados han desaparecido de la escena política y social y sus verdaderos descendientes son los criollos, los mestizos y los míseros restos de las comunidades de indios. El peninsular ignora y se aparta de la faena creadora, más atento al beneficio personal que a los requerimientos de una transformación inminente.

El genio indígena ha cesado de influir en la obra de arte, llevada a los últimos límites de su expresión formal. El esfuerzo que levantó los muros de la arquitectura, inútil ya el afán creador, se retuerce en volutas y se sobrecarga de adornos ficticios. El churriguera-mexicano es maravilla de artífices hábiles, pero reviste la tristeza de la obra estéril y del acto impotente. La renovación de los estilos producida a fin de siglo, bien en el orden intelectual como en el artístico, engendra un academismo de imitación, correcto y frío, pero incapaz de acoger y representar un original impulso creador.

A todo esto sucede Hidalgo y el movimiento de emancipación iniciado en Dolores. Es un despertar de las fuerzas yacentes bajo la superficie de la conciencia y un sacudimiento entero de la fábrica social. Algo indefinible está por ocurrir y sólo el curso de los acontecimientos posteriores irá precisando su contenido y significación. Al grito inicial que parece dictado por la premura de la decisión, sucederá una conciencia cada vez más lúcida de finalidades y propósitos. Es la independencia mexicana, que se apodera de la vida de Hidalgo para fulminar el letargo colonial con un rayo de luz cegadora.

El héroe mismo habrá de sucumbir bajo la fuerza que impulsa su acción liberadora. Es el hombre que duran-

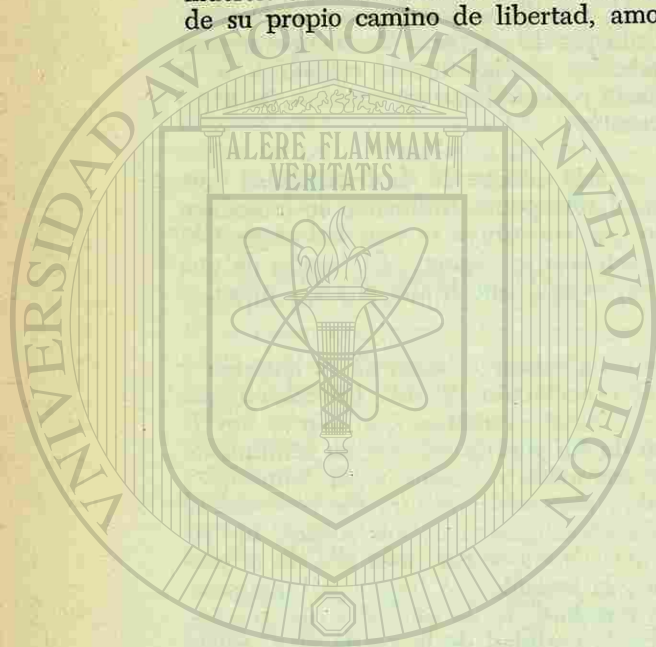
te años ejerció la cura de almas, en alterna dedicación a las letras y a las artes agrícolas e industriales. Amigo de novedades literarias, gusta de la grata compañía y de la música; piensa, trabaja y reza. Es el mismo que en un instante entrega a la destrucción todo lo que ha edificado con su vida: su oficio, sus libros, sus humanidades teóricas y prácticas. Todo por la urgencia de recuperar para su gente, los engendrados por las fuerzas originales de la historia —pueblo, tierra y sufrimiento en común—, la libertad de la propia creación.

Urgencia que es más efecto de la sensibilidad que pensamiento, y la cual sólo podrá traducirse en inmediato impulso por aquello que constituye su más fiel expresión: el grito de la independencia mexicana. El desafío de una Patria que nace, a un mundo que le dió el ser y niega su destino.

Muere Hidalgo sin alcanzar el éxito de su empresa y antes bien frente al espectáculo de una frustración que parecía irremediable. Final dramático que mueve hoy la memoria y el ánimo de los mexicanos con un sentimiento de dolor, pero que nos avisa y enseña a ser humildes y generosos. El hombre mezquino que un día reprochó al navegante Colón la extravagancia de sus sueños, fue refutado por la existencia de un mundo más allá de lo concedido por la fábula y la leyenda. A todo aquél que piensa a Hidalgo en los términos de un iniciador que fracasa, se puede replicar con la realidad de la patria viva, adicta a su memoria como verdadero padre de la gente mexicana.

Por tanto, la significación de esta fecha de aniversario de su muerte no la podemos conjurar con lamentaciones, protestas o injurias. Sólo la forma más alta de conciencia, por la comprensión y la continuación de su obra histórica en el proceso creador de nuestra vida, hace cobrar al hecho que la memoria reproduce toda la plenitud de su sentido. Nada más cerca de la muerte que el nacimiento.

Si por limitaciones de nuestro ser nada podemos adelantar sobre la bienaventuranza eterna de los hombres; afirmamos, en cambio, con los hechos de este México nuevo que Hidalgo vive una transfiguración postrera a su muerte: en el destino de una Patria cada vez más segura de su propio camino de libertad, amor y trabajo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

SALVADOR TOSCANO EN LA HISTORIA Y EL RECUERDO

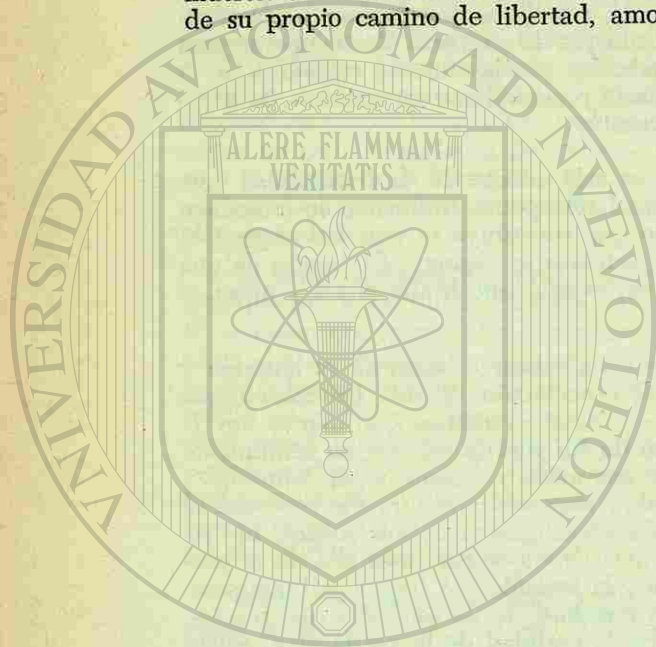
Hace dos años murió Salvador Toscano y a tal distancia de su muerte es difícil todavía hablar con perfecta serenidad y cara a cara del hecho incommovible. Creemos hacerlo así no obstante, recurriendo a la memoria de la fecha, de las circunstancias del acontecimiento, pronunciando el nombre y tratando de evocar la imagen del desaparecido. Esfuerzo vano, porque de todos modos y por mucho que apretemos los datos con multiplicada abundancia de referencias, se nos escapa el pensamiento de su vida con su propia muerte. Con estas alusiones afectuosas conseguimos, cuando más, dar asilo familiar a su ausencia, remitiendo ésta a sensaciones, imágenes y recuerdos, para que nos conforte la masa viva de ilusiones que acompañan a nuestra existencia.

Somos familiares de la muerte. Nuestra sensibilidad mexicana está en buena parte asociada a las más variadas escenas en que interviene aquélla; nos gusta, además, recrearnos con la figura que le hemos hecho para descargar en algo corporal un sentimiento que sería de otra manera obsesionante.

Un rasgo sensual y por ende de índole estética, nos inclina a ello más que una actitud reflexiva: las fiestas de difuntos, por una parte; las confituras con motivos macabros, los espectáculos, canciones y hechos de la vida cotidiana, por otra, abundan en referencias pintorescas a la muerte, dramáticas, grotescas, cómicas.

Hay una gran variedad de matices sentimentales de nuestro trato con la muerte, pero lo más notorio entre todo es la multiplicidad de contactos y convivencias con ese sumo hecho de la vida. Más que sentimiento, o pensamiento sobre la muerte, es familiaridad con los muertos, esto es, con los residuos o despojos del ser vivo. Es, pues representación de esqueletos, calaveras, velorios, procesiones funerarias y, cuando menos material, "aparecidos", almas en pena y otras sombras.

Si por limitaciones de nuestro ser nada podemos adelantar sobre la bienaventuranza eterna de los hombres; afirmamos, en cambio, con los hechos de este México nuevo que Hidalgo vive una transfiguración postrera a su muerte: en el destino de una Patria cada vez más segura de su propio camino de libertad, amor y trabajo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SALVADOR TOSCANO EN LA HISTORIA Y EL RECUERDO

Hace dos años murió Salvador Toscano y a tal distancia de su muerte es difícil todavía hablar con perfecta serenidad y cara a cara del hecho incommovible. Creemos hacerlo así no obstante, recurriendo a la memoria de la fecha, de las circunstancias del acontecimiento, pronunciando el nombre y tratando de evocar la imagen del desaparecido. Esfuerzo vano, porque de todos modos y por mucho que apretemos los datos con multiplicada abundancia de referencias, se nos escapa el pensamiento de su vida con su propia muerte. Con estas alusiones afectuosas conseguimos, cuando más, dar asilo familiar a su ausencia, remitiendo ésta a sensaciones, imágenes y recuerdos, para que nos conforte la masa viva de ilusiones que acompañan a nuestra existencia.

Somos familiares de la muerte. Nuestra sensibilidad mexicana está en buena parte asociada a las más variadas escenas en que interviene aquélla; nos gusta, además, recrearnos con la figura que le hemos hecho para descargar en algo corporal un sentimiento que sería de otra manera obsesionante.

Un rasgo sensual y por ende de índole estética, nos inclina a ello más que una actitud reflexiva: las fiestas de difuntos, por una parte; las confituras con motivos macabros, los espectáculos, canciones y hechos de la vida cotidiana, por otra, abundan en referencias pintorescas a la muerte, dramáticas, grotescas, cómicas.

Hay una gran variedad de matices sentimentales de nuestro trato con la muerte, pero lo más notorio entre todo es la multiplicidad de contactos y convivencias con ese sumo hecho de la vida. Más que sentimiento, o pensamiento sobre la muerte, es familiaridad con los muertos, esto es, con los residuos o despojos del ser vivo. Es, pues representación de esqueletos, calaveras, velorios, procesiones funerarias y, cuando menos material, "aparecidos", almas en pena y otras sombras.

Así, nuestro amor a los restos, a las reliquias y, en fin, a la historia, hecha de unos y de otros, es en buena parte amor de nosotros, exaltación, frenesí de la existencia propia.

¿Será para nosotros Salvador Toscano, así, tan sólo, reliquia y recuerdo familiar? ¿Quizá, algo más que tan amables bagatelas, un rostro vuelto hacia el misterio?

La historia es panteón de los antepasados, colección de reliquias; o bien sentimiento estético de la vida que promueve sueños y recuerdos que sirven de apoyo a la embriaguez de vista y tacto por las cosas presentes, a la amorosa posesión de nuestra vida y la cual transforma en familiaridad con los muertos el terror al acontecer mismo de la muerte. Historia anticuaria o archivista, según Nietzsche, o historia monumental, nostalgia de la vida que compensa nuestra extenuación. Habrá, acaso, otra historia, aquélla en que la voluntad y el pensamiento participen conscientemente del esfuerzo por mantener la muerte en sus límites? Más aún, la suprahistoria en que se capta el momento, poro de la eternidad?

Salvador estaba entregado a la historia y es en ella, particularmente bajo el último modo, que debemos representarnos su muerte. Comencemos, pues, por referirnos a la más elemental estructura de ese matiz de la sensibilidad que se llama sentido histórico.

Dejando de lado toda referencia que no sea estrictamente adecuada a la inteligencia de dicha facultad, surge lo esencial de la misma como pasión, una especie sensible receptiva de gozo y dolor en que se producen las imágenes del recuerdo. Antes de llegar a memoria objetiva, mecanizada de los hechos y de las cosas, adviene primariamente en forma de sueños que tienen carácter premonitorio, como ocurre en los profetas con auténticas adivinaciones a quienes aparece la acción que se prepara, bajo la forma de historia revelada en sueños, que son los de su pueblo, pero que una vez hechos palabra comprimen los acontecimientos a su efectuación ostensible.

Y si ello es así recordemos para principiar un sueño de Salvador Toscano que pone de manifiesto cómo le estaba dado el sentido histórico bajo la forma de una premonición de su propio destino. Al efecto, vamos a transcribir con cierta libertad algunas líneas procedentes de "En el Hilo de Anabela", producción juvenil de su pluma:

"... había soñado encontrarse en un campo abierto de un club de deportes. Era una vasta planicie sembrada de un ralo pasto inglés y entre el cual crecía el supersticioso trébol;... vio acercarse un hombre desconocido que llevaba una daga en las manos enguantadas... había querido gritar pero su lengua había enmudecido y las palabras se ahogaron en la garganta y sintió los miembros fríos y pesados, y sintió crisparse sus manos hasta hacerse sangre".

¿Se referirá acaso, al 26 de septiembre de 1949, dieciséis años después de escritas las anteriores palabras y el ralo pasto inglés sembrado de supersticioso trébol será, quizá, la ladera nevada del Popocatepetl donde perdió la vida al estrellarse el avión que lo conducía a la ciudad de México?

Enigmático juego de la poesía, los sueños y la realidad, donde no sabemos cuál de estos poderes lleva la delantera. Como quiera que sea, aquellas palabras nos proporcionan un testimonio de la fina sensibilidad y la profundidad de vista que poseía Salvador Toscano para penetrar el sentido recóndito de los acontecimientos.

El camino hacia la visión histórica pasa por las disciplinas estéticas, pero consume al viajero un afán que no es sólo la dicha o el placer de los sentidos, sino una secreta aspiración a rectificar la realidad inmediata del presente. Un impulso al vuelo refrenado por el interés de la vida que nos circunda y la cual se quisiera llevar a más anchos horizontes. El auténtico historiador se reconoce por esa preocupación, que unas veces toma el cariz de la utopía revolucionaria y otras de la conservadora. En todo caso, no es política inmediata en trance de operación sobre los acontecimientos; más bien se afana por impri-

mir a los hechos una directriz moral. Es preocupación formadora, plástica del destino humano. Política si se quiere, pero en aquel clásico sentido griego de educación humana, "paideia".

A tal respecto recuerdo aquella resuelta afirmación de Toscano, escrita en las mismas mocedades que "En el Hilo de Anabela"; y que, como las líneas de esta última, habrían de llegar a tener para nosotros, hoy, aptitud y resonancia entonces inadvertidas:

"Una Universidad política, pues, cuando el momento lo exija; porque la Universidad vive al compás del pueblo, el único a quien debe su subsidio, y con él tiene una misión social que cumplir. Por ello, lo único que hoy podemos pedir para la Universidad es un dogma moral frente a la vida".

Conste que la afirmación anterior se proyectaba sobre la candente realidad de la hora. Torturaba la vida social e intelectual de México un sentimiento deprimente, que no hallaba el camino a elegir entre designios tortuosos, envueltos en engañosa retórica; o una lucha sin grandeza ni heroísmo. El recurso a la violencia había quedado desprestigiado desde el vano intento de la generación del 29. Algunos jóvenes acudieron, entonces, a la enervación de la sensibilidad por el ocio infecundo, a un deliberado embrutecimiento, al cinismo o a la frivolidad: máscaras protectoras de un íntimo amor frustrado. Salvador Toscano lo derivó, empero, hacia el conocimiento. Más tarde dirá en su hora de madurez: *"Sí, nuestro amor al arte antiguo ha necesitado del conocimiento: conocimiento de la Historia, de las ideas religiosas, del paisaje, de la raza... Hemos, previamente, encendido nuestra mirada amorosamente para el pasado con ánimo de redescubrir así el arte anterior a los españoles. Sólo por desamor al indígena —obra de un mal entendido hispanismo— habíamos señalado nuestro desagrado sin dejar amplia vía a nuestra atención íntima.*

Antes de llegar anticipaba esta serena actitud del conocimiento, su postura juvenil en aquella crisis de toda una generación. En medio de los que se protegieron de

los rigores, él mantuvo su rostro expuesto a la intemperie de la hora, prodigando una fina cordialidad iluminada de vez en vez por breves relámpagos de ironía, que le daban un aire entre cándido y malicioso.

Rojas Garcidueñas recuerda a este respecto un ensayo de Salvador Toscano, *Fuga de Valores*, escrito en marzo de 1932 y que publicó Barandal, donde aparece nítidamente la novedad de su pensamiento en la zozobra de la hora. Dice: *"la generación literaria que nos precedió, edificó su valer sobre las ruinas de los novecentistas, disolviendo y atacando esa generación; negando toda posible tradición; construyendo su edificio artístico sobre el sarcasmo y la burla. Nosotros jamás construiremos sobre ruinas, respetamos la tradición, aún la más cercana... anhelamos una obra afirmativa, con un sentido constructivo, en medio del escepticismo inteligente que nos precede".*

Del abandono de algunos y de la enervación de otros, compañeros de su generación, fue rescatando su propia vida, a través de cinco años de estudiante en la Facultad de Derecho, para enderezarla a lo esencial de su vocación por encima de la rutina de los estudios jurídicos. Prueba de ello fue "Derecho y Organización Social de los Aztecas", tesis para optar el grado de licenciado en Derecho el cual obtuvo en el año de 1937. En este opúsculo se encara con los temas que han de absorber los años futuros y los mejores afanes de su juventud. Más que una tesis jurídica, es un ensayo que pone en juego los datos humanos en íntegro, para una interpretación comprensiva del fenómeno histórico.

Allí está ya, en esbozo, el pensamiento que Salvador Toscano hará madurar en "Arte precolombino de México y de la América Central." En éste último dirá: "El estilo es el lenguaje, la forma expresiva de una cultura, pero sólo como un resultado de la raza y del ambiente geográfico y cultural que lo rodeó". Le interesa el Derecho como expresión de una realidad histórica y en especial aquella porción de nuestro pasado, la organización jurídica del

“calpulli” azteca que permanece viva y ejerce influjo en la vida mexicana del presente.

No quiso ser un técnico ni un erudito. Menos todavía buscaba en la historia puros efectos estéticos. Recurría a los documentos; iba en busca del paisaje y las piedras; se detenía conmovido ante la belleza y el dramatismo de las creaciones indígenas; pero una inquietud lo empujaba más lejos en su camino, tras del mensaje humano velado en la expresión de una máscara, una estatua o un monumento.

Podríamos hablar de las influencias que recibió de sus lecturas, amén de su formación literaria de adolescente. En Filosofía de la Historia, Spengler en todo lo que no fuera pensamiento político; de Worringer aprovechó la teoría de la voluntad estética, que lo llevó por su exclusiva cuenta a la afirmación de la dinámica de los estilos indígenas, en oposición al concepto propuesto por Samuel Ramos. En las disciplinas de la Antropología y la Arqueología siguió los pasos de Gamio y de Caso. Repasó las mejores crónicas e Historias de México; y en materia de apreciación artística y arquitectónica le valió, además de su buen gusto innato, la cercanía a Manuel Toussaint e Ignacio Marquina, con quienes trabajó en el Instituto de Investigaciones Estéticas e Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Hizo un largo y apasionado estudio personal de monumentos, códices y reliquias del pasado. No menos de diez años se pasó recorriendo una y otra vez, Oaxaca, Chiapas, Guatemala, Yucatán, el Occidente de México, las Huastecas; y ni qué decir de lo que siempre tuvo a la mano en el espléndido Valle de México que él amaba tanto. Un afán caminero heredado de su padre lo llevó, y nos llevaba a sus amigos, cómplices maliciosos de su inicial afición a las ruinas, por bellos sitios del territorio mexicano. Le encantaba el paisaje y lo describía con caracteres dramáticos, como aparece en este párrafo de una carta que me escribió en el mes de enero de 1944.

“Acabo de regresar de un viaje maravilloso. Me hizo recordar que fui en un tiempo literato y tuve el deseo de escribir una bella página—ya comprenderás que es tarde. Fui al Parícutín hasta acercarme al punto más próximo, en el que el Dr. Atl pintó y vivió cercado y huraño hasta que regresó casi moribundo de una intoxicación por los gases del volcán. Me tocó verlo, por supuesto, en la noche: aquello era una locura de truenos y estallidos igniscentes que arrojaban lava ardiente y piedras encendidas cubriendo las faldas del lugar; pero lo que me dejó una impresión inolvidable, fué el amanecer en aquella región: la fumarola tomó tintes sombríos y el paisaje se me reveló en toda su angustia y crueldad, a la que contribuía no poco la tonalidad de los colores del alba; era un paisaje lunar como aquellos que imaginamos en nuestra infancia leyendo a Julio Verne, el que se me ofrecía: dunas, arena, ceniza y, sobre todo, cordilleras de basalto formadas por la lava, cordilleras en las que todavía el fuego brota manifestándose por el humo y los gases. Y, alrededor, donde antes fué una verde serranía olorosa a resina, campos pedregosos y cubiertos por la arena enmedio de los cuales los pinos ya secos elocuentemente me hablaban de aquella desolación. Más aún, en el cercano pueblo me tocó hablar con algunos indios del lugar; pocos se han ido, esperan fieles y confiados que aquella pesadilla ha de terminar y que sus campos volverán a producir como antes. “Mientras el Cristo de San Juan esté en la Iglesia, nosotros no saldremos de aquí”, me decía un campesino mientras una tormenta de arena caía sobre el pueblo cubriéndolo todo”.

Por dictar conferencias o asistir a reuniones universitarias fué a los Estados Unidos de Norteamérica, a Cuba, Guatemala y Honduras. No sólo el paisaje, sino preferentemente el dato humano y una delicada sensibilidad para todo aquello que pudiese importar a México, le obsesionaba en estos recorridos por el extranjero. Desde la Habana me escribió en los siguientes términos:

“Por la prensa te habrás enterado de que al fin llegó el transporte de guerra “Durango” y pudimos inaugurar la Exposición Arqueológica. El encallamiento ha puesto en predicamento nuestra marina y aunque aquí los periódicos han sido discre-

ios, la cosa no puede ser más penosa. Hemos perdido miserablemente el tiempo teniendo México la extensión de litorales que tiene y las bahías y puertos más codiciados. El capitán casi lloró aquí en la embajada; antes de que llegara el buque cubano a rescatar las cajas de la Exposición, ya no había agua ni comida y ¡asómbtrate! había aparecido el mercado negro. Siento no haber venido en el barco, porque a pesar de lo amargo de la prueba habría sido una experiencia vital muy importante. El capitán es un hombre bien intencionado y bajo sus órdenes está un cascarón viejo e inservible que se llama el Durango, que cuando entró en la bahía de la Habana empezó a disparar cañonazos, pero casi sin combustible y habiendo perdido las anclas, venía al garete y estuvo a punto de averiar un barco recalado allí. La marcha de México a los mares es ya un deber inaplazable".

Regresemos ahora a la obra fundamental de Salvador Toscano, "Arte Precolombino de México y de la América Central". Es, desde luego, una producción que se cierne sobre la prima materia arqueológica y que trasciende, asimismo, una pura valoración estética. El fenómeno histórico está captado por la confrontación y el contraste de una y otra de las mencionadas dimensiones de los hechos, pero su estructura procede de firmes conceptos trazados con desenvoltura y elegancia.

Logra en primer término devolver su independencia, su autonomía y originalidad a las culturas indígenas precolombinas recurriendo a la teoría de Worringer sobre la voluntad estética, aunque corrige de paso a éste en lo que concierne al origen de la nueva valoración de los complejos espirituales no europeos. Para Toscano, la conquista de la objetividad en la estimación de dichas culturas, se debió precisamente al redescubrimiento del arte europeo primitivo. La negación de un criterio absoluto de belleza de inspiración clásica, y la afirmación de que a cada voluntad corresponde un estilo, preparan el concepto de una dinámica estética que es a la vez histórica.

Vienen luego las categorías y los módulos del proceso en que se realizan las culturas precolombinas. Lo

primitivo se caracteriza por la nota tremenda, en tanto que las finales expresiones de refinamiento presentan lo bello; y de una a otra de esas categorías y en medio de ellas, se da lo sublime. Cultura arcaica y estilo barroco como extremos, en cuyo término medio se alza lo clásico. De este último dirá: "Una visita a Teotihuacán, Tikal o Monte Albán es impresionante y melancólica, como si un sentimiento de eternidad trascendiera a nuestro espíritu".

El estilo barroco es, finalmente, el mayor logro del refinamiento de las culturas indígenas y el anuncio de su próxima muerte. Frente a la rigidez de lo arcaico y el simbolismo de lo clásico, avanza y se impone un sentimiento de la naturaleza gracioso y delicado, pero también con cierto abigarramiento monstruoso y desarticulado. "Fué precisamente en esta hora dramática de madurez y de muerte cuando se consumó la conquista española en las áreas tribales indígenas de México".

Detengámonos un momento en la anterior afirmación de Toscano, para prepararnos a la siguiente reflexión que nos ha de dar, así lo considero yo, la suprema condensación de su propósito al escribir este bello libro. Parece como si toda la obra hubiese sido preparada para llamar a juicio a nuestro pasado, como quería Nietzsche de la historia crítica, y pronunciar sobre él una sentencia irrevocable que dejase nuestro ánimo libre de la angustia del recuerdo, fuerte para emprender el vuelo de la nueva creación. Héla aquí:

"En esta época asoman por primera vez las carabelas de los conquistadores. El resto lo consumó no precisamente la traición indígena ni la superioridad técnica europea, sino la íntima disolución del único Imperio en vigilia, el azteca, que como el maya atravesaba por una decadencia imperialista y de alianzas señoriales... Estas culturas no fueron, pues, cortadas en flor, como pretendió el romanticismo indianista del siglo pasado, como tampoco podríamos admitir que se trataba de culturas bárbaras y sin contenido, que pretendían los hispanistas. Se venció a culturas sin voluntad: Cortés luchaba contra enemigos cuya supe-

rioridad numérica nivelaba un espíritu al rás de la muerte”.

Volvemos, pues, a reiterar lo dicho anteriormente: la obra de Toscano no es, en lo esencial, arqueología ni teoría estética sino pensamiento histórico fraguado en torno de aquellos conceptos. Ocurre, sin embargo, que sin tales canteras no se hubiera realizado la arquitectura conceptual. Es notable, particularmente, el papel que juega el concepto estético en el desarrollo total de su pensamiento, y ello le da una gran originalidad como historiador mexicano. En vez de recurrir a la explicación económica o política de nuestro pasado, introduce lo estético como método de conocimiento y como categoría histórica, a través del cual han de discernirse las imágenes del pasado y se ha de descifrar el mensaje de las generaciones. Se enlaza así, por este último sentido, a la preocupación política que nunca le abandonó, sólo que derivada al conocimiento de nuestra historia para obtener de ella no resignación ni deleite, sino nuevo poder para nueva creación.

Me parece inconsecuente por ello, la afirmación de Don Manuel Toussaint cuando dice a propósito de la obra de Salvador Toscano: "... después estudia la estética indígena; acaso la parte más débil del libro, porque los indígenas no tenían estética. No tenemos un solo testimonio en que ellos hablen del arte, como arte; de lo bello; como bello. Es aplicar una idea griega a un mundo indígena de América, de manera que no es la estética de los indígenas, sino nuestras teorías estéticas que nosotros aplicamos a las obras de arte indígena”.

La objeción fuera válida si Toscano se hubiese aferrado a la idea estética como clave del hecho artístico indígena; pero, justamente, con la incorporación del concepto de Worringer, menos importa en dicho fenómeno la idea de lo bello que la voluntad o, por mejor decirlo, la totalidad de la vivencia objetivada en las piezas de aquel mundo desaparecido. Vivencia y voluntad que se deben llamar estéticas, porque están vinculadas a la sen-

sibilidad antes que al concepto, aunque éste pueda también desprenderse del complejo en que está inserto mediante amor y conocimiento de la realidad íntegra.

Véanse éstos, entre otros ejemplos:

“La sobrecogedora idea de la muerte, el temor profundo a que quede el alma en el eterno destierro o sea destruída en un mundo de sombras, se superó mediante el empleo de máscaras de piedra. Con aquellos rostros abstractos, petrificados y eternos vence el hombre la debilidad de lo material y puede así aventurarse en el difícil camino al cielo de los muertos y dominar las pruebas mágicas que, según las creencias de México y de América Central, tiene que cruzar el espíritu antes de alcanzar su morada definitiva en el mundo de las sombras”.

Y en otra parte:

“Donde ha habido una gran arquitectura, se ha dicho, ha habido un gran sistema filosófico es decir, se ha producido una gran cultura. No debe olvidarse, por lo mismo, que los mayas erigieron la más importante de todas las arquitecturas de América.”

Estas nociones trascienden la pura dimensión artística, para engarzarse a una explicación más vasta donde lo estético se funde en una concepción del mundo y de la vida.

En trance último debemos evocar al desaparecido en lucha con los poderes de la muerte, que para ello hizo historia, en esa lucha vivió y encontró su fin. Fácil sería representarnos su figura: de baja estatura, modales pausados y elegantes, con cierta lasitud en el andar y en todos los movimientos de su cuerpo; tez blanca y cabello castaño; sus facciones tenían un dibujo fuerte y agradable, en las cuales llamaba la atención el contraste de boca y nariz. esta última prominente y carnosa y ambas con acusada expresión sensual, en comparación con la frente ancha y despejada y sobre todo con los ojos de mirada brillante e intensa. Nació el 16 de diciembre de 1912 y murió el 26 de septiembre de 1949.

Más tal evocación no basta cuando quiero retener su vida en el umbral del postrer minuto; y es que lo que se extinguió en un instante adscrito a una fecha del pasado, no ha logrado consumarse del todo en el flujo psíquico del alma. Apenas si logro concebirlo ausente mientras muchas cosas siguen reclamando su presencia; y yo no sé si aún estas palabras van hacia el desaparecido o hacia mí mismo, al fondo vivo de su persona que quedó depositado en mi memoria.

Tendré que recurrir a los poderes de la muerte, a los cuales conjura la historia para multiplicarla, o bien para acrecentar la vida. Así, la historia se externa en lo que concierne a nuestro pasado colectivo, como afán de perpetuar lo transitorio y efímero de nuestra actualidad; por ello incorporamos a los muertos, a través de sus representaciones sensibles, de sus restos y recuerdos, a una existencia que no quiere despertar de su sueño.

Los poderes maléficos que suscita esa externación de la historia, tienen la fuerza del mito asociado al amor por nosotros mismos. Más que hacer así historia, nos hacemos de ella y toda la exaltación del vivir actual, la volcamos sobre los acontecimientos del pasado. De ahí, que no nos entendamos sin la pelea que revive, más que discierne los antagonismos ancestrales. Porque esa pelea por el pasado, parece hacernos lo único que hoy podemos ser y para daño nuestro nos construye por dentro, como seres irreales, de puras sustancias históricas. El perfil de nuestra realidad presente se fuga, así, por los campos históricos, en busca de un cuerpo que le sirva de encaje material: almas que penan al borde de sepulturas semi-cerradas.

Donde está el daño se guarda sin embargo el secreto de la salud y de la vida. Los poderes benéficos de la historia se manifiestan cuando ella se hace para vencer al mito y a los sueños; por los fueros de nuestra actualidad ante una instancia eterna; y guiados por una consciente voluntad de realismo. Se nos revela entonces la

representación estética, como el más poderoso y benéfico de los conjuros históricos; vence los poderes del mito, que objetivado nos libra de la angustia y nos proporciona una imagen aproximada de la eternidad, ante la cual podemos jugar y reír todavía; y con ello nos da, por su veraz realismo, el disfrute y la plenitud del ser a cada hora.

Me parece que así lo entendió Salvador Toscano y que de tal modo anticipaba su desquite a la fatalidad acechante. Cuanto le prestó de su propia vida a la representación del pasado, iba rescatando la suya y la nuestra del aniquilamiento final. Quizá, por ello, de haber prodigado los poderes vitales, por haber hecho tan suya historia en que se realiza la eternidad y huye el instante precario, desapareció de un golpe, de un sólo y único golpe. Rúbrica? Sí, y rubro también. Tema y fin exigidos el uno por el otro, haciendo nueva imagen de aquella representación indígena de la tierra: escultura sin pies ni cabeza, en puro movimiento de nacimiento y agonía expresados por manos que rotan alrededor de un entretejido tronco de serpientes.

Hemos enderezado nuestros pasos por el sendero de la memoria, entre inquietudes y angustias con la esperanza de encontrar al ausente en ese valle luminoso donde esperamos una resurrección de los seres y las cosas. Entretanto ha corrido el tiempo, tras del cual viene a nosotros una imagen de Salvador Toscano, más pura y esencial, como para acompañarnos en una cita postrera entre vivos y muertos, en más duradera amistad. Purgado ya el terror y el azoro que infundió su muerte a nuestros sentidos, guardemos de él este sencillo y puro recuerdo de su infancia evocada por él mismo:

"Aquel niño muy triste que iba por las calles como con una espada al corazón".

UNIVERSIDAD, No. 10.
Monterrey, N. L., diciembre de 1951.

EN TORNO A UNA IDEA

Bien poco podría decirse de la muerte de un ser vivo, particularmente la de un hombre si la consideramos sólo como una idea; y si, además, tomamos por idea aquel residuo mental simultáneo o consecuente de una percepción. En tal supuesto la idea de la muerte es sólo el hecho del fallecimiento de otro ser vivo, de un hombre y la de sí mismo, un pensamiento construido por analogía sobre la base de aquella experiencia.

Esto es lo que aproximadamente se figura el epicúreo y de donde toma pie aquella su vitalmente insincera razón del absurdo de temer a la muerte. Si es una idea y nada más por propia definición carece de objeto adecuado, pues no se puede idear lo que no es. En la idea de la muerte sólo es real la vida, a la cual se le sustraen atributos hasta dejar el hueco de su ausencia, un vacío o vano de la realidad que es una ficción, el espectro impensable del no ser. La muerte, sombra que sigue nuestros pasos y que nadie puede vencer de su adherencia a la vida para contemplarla cara a cara.

Razón insincera, porque qué más quisiera sino ganar la adhesión de la vida a esa suerte de inmortalidad que ofrecen las ideas, escamoteando la otra para la cual no hay remisión en el pensamiento? Racionalismo puro, del que no fue dicho que filosofar es prepararse para la muerte. Por qué?

Cuando Platón pone en labios de Sócrates parecida sentencia ataca una nota poco frecuente en el registro de las voces griegas. Es un baluceo que surge quizá del Oriente, de los misterios órficos y del pitagorismo.

Está bien establecido que un ateniense, llámese Alcibiades o Aristóteles, sólo se siente a gusto en el cuerpo de la "ciudad", metido en su propia carne. Una y otra son indivisibles del pensamiento y consueñan con el logos, la razón, al unísono. Por esto la virtud y entre ellas la suprema, es uno y el mismo temple de la "polis", del cuerpo

y de la sabiduría. De donde morir es quedar segregado de esta comunidad de nacimiento, de naturaleza y de lenguaje o de razones.

No había dicho Heráclito que el hombre en la vigilia vive en un mundo común y cuando sueña vuelve al suyo propio? Soñar es aquí sinónimo de morir, mientras que la vida significa las murallas en que se hace fuerte la ciudad o la sabiduría, logos o razón.

Pues bien, es de creerse que no es en este sentido —y sí lo es para el epicúreo— en que Sócrates afirma que filosofar es prepararse a morir. Muerte de esa manera es la segregación del cuerpo político, el ostracismo, al cual se rehusa el reo no obstante las solicitudes de sus amigos. No la filosofía, sino sus discípulos lo intentan persuadir de esa manera de muerte que rechaza. Por tanto, aquella a que alude es otra, como lo es la experiencia de donde nace su sabiduría.

A la base de la filosofía platónica está un sentimiento de sí mismo, del individuo, que no encontrará su maduración sino con el cristianismo, pero que preludian ya aquellas palabras y esa última representación de la vida de Sócrates. Una manera de sentirse dividido, partido en dos y en que sin embargo subsiste un potente y renovado anhelo de fundirse de nuevo en la unidad. Por una parte las solicitudes de los sentidos y de las pasiones, mientras que por la otra una comunicación con las ideas, con el ser luminiscente y siempre bello. Las sombras caen hacia adentro, en la carne propia o en el cuerpo político, mientras que la filosofía es un hilo de luz exterior a la verdadera vida.

Quien se haya sumergido, aunque sea por un instante en ese torrente luminoso en que se bañan las ideas, no dejará ya de mirar con dolor y de sentir piedad por aquellos hombres que aun permanecen en el fondo de la caverna privados del más alto bien.

Aparece aquí un segundo punto muy importante de

la teoría platónica, que complementa la idea del amor y de la filosofía —o sea la preparación para la muerte— que se quedó incompleta en el Banquete. Amar es engendrar en belleza se dice en este diálogo, y también filosofar. Por lo cual tendremos que compaginar el momento de la generación, esto es, del nacimiento y de la muerte —lo perecedero— con la idea de la belleza y del bien. Es el filósofo, como amante, el que tiende entre ambos mundos un puente de comunicación. No se olvide que Platón impuso al que se manumitió de sus cadenas, la obligación de descender de nuevo a la caverna a enseñar el camino de la luz a sus hermanos de cautiverio. Por último, conste que no entrevió otro remedio para los males de la sociedad política, sino el que los "Filósofos fuesen reyes o que los reyes fuesen filósofos."

Mediante estas alusiones al cuerpo de la doctrina platónica aparecerá menos sombrío el desenlace de la filosofía en la muerte —como fue pensado por Sócrates— y mucho menos puritano el acto de ejecutar la sentencia por su mano en beneficio de las leyes atenienses. Esto es, que a nuestro ver con ello dramatiza lo que es el carácter de la filosofía: un acto de amor hacia los hombres, a sí mismo también, no por ellos mismos, sino para la fecundación o generación en la belleza, es decir para un "orden del amor", que no nace del puro sentimiento, (de las razones del corazón) sino de la entrega misma, de esa manera crea su propia ley. Lo que el cristianismo entenderá posteriormente por caridad.

En lo que Sócrates se mantiene aún dentro de lo puramente helénico, es en el acto de vincular la entrega personal de su vida al amor por la ciudad mejor que por el hombre mismo. Pero esta es una última imitación que proviene de aquella tendencia, no superada del todo, a sentirse plenamente individuo sólo en el cuerpo o en comunidad ciudadana.

Queda todavía por aclarar, después de considerar la razón de Epicuro y el drama Socrático, en qué sentido

podemos hablar de una experiencia de la muerte y de una idea que no haga las veces de un mero resumen sensible de aquella, sino que permita establecer una comprensión de la vida humana que tenga significación real.

Ciertas experiencias no muy frecuentes pero particularmente intensas en la edad juvenil, nos deparan un acontecimiento insólito: el hecho de la soledad, de una radical pobreza y miseria de nuestro ser. Es un instante, como un relámpago, en el cual se nos muestra una hondura que nos hace retroceder. Viene además esta experiencia condicionada a un movimiento de reflujo: primero, secretos oleajes empujan nuestra percepción más allá de las propias fronteras, se presiente la cercanía de una especie de madurez en que se tocan los bordes de la vida, el espíritu es alzado en vilo a un círculo de atracción donde una simpatía universal desborda el regazo de nuestros afanes íntimos; la carne se vence a un dolor que no es el suyo propio.

Cuando vuelve la corriente a su primitiva estancia y refluye de nuevo hacia nosotros a contenerse en la gravedad de nuestra sensibilidad, nos depara una especie de caída o de descenso con una impresión de vértigo, en el cual nada queda a nuestro alrededor si no es nuestra soledad y completo desamparo. Se experimenta la vida, en este hueco del reflujo, como una frustración, es decir, como una visión relampagueante de la muerte. Y sólo a esta experiencia, más o menos acentuada según la individualidad humana de que se trate, corresponde una idea adecuada del ser o vida mortal.

Otra cosa es la transportación de esta experiencia en una esperanza de inmortalidad. Esta última no sale por sí y necesariamente de aquella, sino que apenas le ofrece ese acontecimiento una oportunidad para afirmarse y crecer, pero también puede suceder que no prospere jamás esta nueva luz. Es el caso de Epicuro o de Séneca que traducen dicha experiencia a un sentimiento de resignación a la cual superponen el heroísmo de una muerte libre como virtud humana.

Que esto es así, o sea, que hay un saber particular de la muerte como elemento integrante de la vida y simultáneo con la comprensión de ésta, lo revelan ciertos fenómenos, además de la experiencia antes relatada, como el que se suscita entre hombres que viven una amenaza inminente de muerte, como es el caso de una población sitiada por la peste o por la guerra.

En estas ocasiones se produce un espejismo que confirma el aserto: consiste en que la idea de la muerte se sustituye por la de la vida que, aun en sus quehaceres cotidianos, toma un aire de cinismo y sensualidad con el cual pretende escapar a la idea obsesionante. En el fondo, la vida se hace heroica tratando de apurarse a sí misma, con toda la intensidad y gozo que puedan dar los sentidos, en desaforada carrera de competencia con la muerte: el goce profundo de la vida que quiere agotar sus límites extremos con el oscuro presentimiento de que sus propios caminos giran, se encorvan sobre el punto del acabamiento. Un arco restirado, tenso, por donde brinca silbante y veloz la vida misma a su fin.

Pero no solamente en estos fenómenos psicológicos se dá una idea de la muerte. Es que sin recurrir a ella, así mismo, no pueden entenderse ciertos hechos objetivos, como la escultura griega o de cualquier otro tiempo, digamos, o el arte gótico. En la base de aquella está el sentimiento pagano de la muerte como límite corporal, como frontera plástica del cuerpo humano, común origen también de la tragedia. Así como en la arquitectura medioeval se representa el sentimiento cristiano: reunión y cita de una comunidad de almas que se alzan por encima del círculo de la vida.

En cualesquiera de sus formas, sin embargo, la experiencia de la muerte va acompañada del sentimiento de la soledad. Y mientras más alto se eleva el hombre por sus méritos, más solitario y duro es su destino final. En vano querrá eludir nadie con razones este dolor agobiante, que en lo común del mundo sólo se apacigua,

pero no se vence con una existencia viva, alegre y enérgica que haya tocado en lo humano sus propios límites.

No hay más superación de la muerte que este acto de entrega, bien como esencial amor a los hombres, a la manera de Sócrates, de confianza en su bondad y perfección, humanismo filosófico en su más puro sentido; o aquel otro acto de amor que traspasa los muros de la ciudad y rinde su vida por el hombre mismo, en una pasión que es absoluta caridad.

ARMAS Y LETRAS. No. 4. Año IV.
Monterrey, N. L., abril de 1947.

DON QUIJOTE, CONCIENCIA DE ESPAÑA

Nace Cervantes cuatrocientos años há en un mundo superpoblado de soldados, frailes, monjas, poetas, faranduleros, pícaros, arrieros y demás gente del pueblo. Y no es que otro país o edad no los haya tenido, pero ahora anda suelta como nunca esa tropa; y, lo que importa más para nuestro designio, retoza a sus anchas en el prado español. Quizá no volverá a repetirse semejante espectáculo en que se ven súbitamente arrojados a la vía pública entes humanos de otra edad histórica, hombres cuya dieta espiritual les viene de la Edad Media, transportados de improviso a un horizonte más dilatado en el orden físico, de mayor densidad en intereses humanos y mucho más sueltos los cabos de las relaciones rígidas y precisas del medioevo.

España es la primera que acomete las grandes empresas renacentistas: descubrimiento del Nuevo Mundo y conquista de América; la consolidación del Occidente europeo frente al mundo oriental y el ordenamiento de un Imperio y un Estado nacionales. Sólo que estas vastas tareas las realiza sin haber salido del todo de la Edad Media: el mismo espíritu de las cruzadas que alienta el triunfo español sobre los moros, se prolonga a través de los nuevos acontecimientos donde se perfila el mundo moderno.

El español es en esta edad el primer pueblo europeo sin saberlo, de súbito y sin haber dejado de ser ante todo castellano o leonés, catalán o vizcaíno. No obstante la amplitud de los extremos geográficos que se abren ante sus ojos, su sentimiento interior le acusa una mayor densidad del medio: es como si Europa entera y las Indias se hubiesen vaciado en la península. Las cuestiones europeas o americanas son como modalidades del ser español y, por tanto, se ventilan con un criterio doméstico elevado a categoría universal. En ellas y con ellas juega su destino, con el mismo ardor que en la guerra contra los moros.

Por otra parte, acude España a los innumerables quehaceres que le impone la hora histórica, echando mano de todos los recursos humanos a su disposición, en cuyo movimiento se descuajan los cuadros sociales, imperturbables hasta entonces, que contenían la vida española. Saltan de sus marcos y cobran una nueva vida independiente las piezas de estructura social.

Es el renacimiento. Un chaparrón violento sobre una tierra reseca y ávida de agua. No obstante, tan rápidamente como llegó habrá de evaporarse la humedad sin haber calado en las honduras del alma española. Antes y después predominan la nota grave, árida, tremenda, del paisaje castellano que, junto con las prolongadas vigiliias y la mucha lectura de caballerías, secó los sesos de Don Alonso Quijano.

En el intermedio la vida fluye alborotada y veloz en los caminos, en las posadas, bajo la sombra de cualquier bosquecillo, cabe los arroyos o entre las peñas; siempre al aire libre, en plena campiña y de tránsito. A dónde vá España?

Parecen saberlo los que sientan plaza en las compañías de Italia, sirven a las galeras del rey ó se embarcan a las Indias. Pero, España misma, qué se propone al echarse de esa manera por los caminos del mundo? Unos dicen que cristianizar las tierras de infieles; otros, sumar nuevos reinos a la corona de los Reyes católicos. Quién lo podía saber entonces, no obstante que ahora digamos nosotros: América y con este nombre evoquemos el origen común de diecinueve pueblos de habla española. Acaso lo sabía aquél caballero que se hizo llamar a sí mismo, Don Quijote de la Mancha?

Es una edad de grande trasiego, mudanza y cosas imprevistas. Se vive a la intemperie, a como dé lugar la ocasión, improvisando remedios a la necesidad. Un chorro de cosas maravillosas brota a cada vuelta del camino: lo mismo es una conversión súbita que vuelve santo al otrora soldado o cortesano; que la fortuna, engar-

zando la vida de un porquerizo o de un estudiante destripado en la figura de un gran conquistador. Nadie sabe qué le habrá de deparar el azar, que hace y deshace la vida de los hombres como personajes de una farsa.

Más no sólo en las alturas, también sobre los humildes cumple su sortilegio esta varita mágica. Qué cosa más maravillosa le ocurre, en efecto, a Sancho el más vulgar de los siervos españoles. Verse arrastrado con todo y pollino a una serie de aventuras fantásticas que a él mismo lo transforman un día en discreto Gobernador de Barataria y otro en Rey de burlas. Acabará por creer las fantasías de su señor y desesperadamente intentar persuadirlo a que no se muera, cuando éste confiesa de locuras todas las invenciones de su imaginación. Y hé aquí, cómo el esforzado y sin par caballero Don Quijote de la Mancha vence, a la postre, no a Sancho, que es suyo por entero sino a la endeble carne del hidalgo moribundo!

Hay alegría y confianza de la vida, aún cuando esta sea ruda y se vea apurada por mil necesidades de las cuales no es la menor el hambre. Pero el ingenio acude al remedio y brotan mil invenciones: pícaros que acuden a malas artes para vivir regaladamente; enamorados decididos de coplas que se valen de mañosos artificios para lograr el objeto de sus deseos; cortesanos y estudiantes que lo son apenas de la sopa de pobres; ladrones con todo género de hábitos y señores que corren aventuras bajo el disfraz de pastores o arrieros.

En este mundo encantado, realmente lleno de maravillas y asombros, no es obra de violencia sino cosa muy natural que a Alonso Quijano le vayan exprimiendo sus jugos la soledad del yermo, la pobreza y el vacío de su vida. Entre la caza y los libros se defiende de las uñas negras de la miseria y del tedio; pero, a poco tiempo el fuego conservado en los rescoldos del alma, secretamente alimentado por las hazañas caballerescas que repasa en sus lecturas levanta la llama de la demencia y,

al fin, el incendio en que se consume la última brizna de su cordura.

Sin embargo y hasta cierto punto la locura que sobreviene a este ejemplar de una nobleza aldeana en positivo naufragio, es un puro incidente doméstico que no interesa al prójimo. No sería discreto, además, penetrar en la intimidad de la conciencia de otro hombre para arrancarle los secretos resortes de su dicha o de su desventura. Qué fué el amor retraído y oculto por Aldonza Lorenzo, o la lasitud de una vida sin afanes, más la carga espiritual del pasado que se pudre en el pozo de la conciencia? El amor que no acierta con su objeto, el desamor, la soledad del yermo y el desquite de las cosas muertas, que más dá, ni pone ni quita verdad a la historia de este famoso caballero Don Quijote la revelación de aquellas tribulaciones que pertenecen al anónimo hidalgo de la Mancha.

Ni siquiera son suficientes las lecturas de los libros de caballería por si sólo, para dar cuenta cabal de las famosas aventuras del caballero manchego. Es cierto que este hecho, arraigado en el pasado vulgar y anodino de su existencia, aporta ese primer plano de ilusión de la novela que en continuas y sucesivas refracciones de sus imágenes, al pasar a través de la densidad real del mundo, provoca el efecto mágico de un juego, donde se despliega la danza de las pasiones humanas bajo una atmósfera risueña y en ocasiones francamente cómica. Pero no es todo.

La novela no es sólo un espejo de la condición humana. Más parece un proyector cinematográfico, cuyo oculto mecanismo trabaja desde la cabeza de Don Quijote y por obra de su demencia. Sin embargo, el lector abriga la sospecha de que no es un puro cuento y de que todo el relato haya tenido su domicilio en el reino de la fantasía. A la hora del balance final nos queda un saldo, irreductible al juego de las imágenes y a los artificios de la composición más un dejo de amargura.

La acción real de un hombre sobre el haz de la tierra, como es el caso de Don Quijote, no puede explicarse por un puro efecto de la fantasía; ni como un medio retórico de que se vale el novelista. Quizá no haya ninguna razón con la cual el hombre pueda dar cuenta de su nacimiento, de su pasión y de su muerte; y en tal caso que cosa más próxima a la inocencia del alma que no sea la demencia? Cervantes hace surgir a Don Quijote del escualido cuerpo de un hidalgo manchego, y entre uno y otro deja caer el velo de la locura que hace más próxima la semejanza a un efectivo nacimiento.

Va naciendo Don Quijote a la vida de la caballería andante, que es su verdadero mundo y al cual nunca arribará, por tanto, mientras avanza por el campo de Montiel; y a medida que su locura se torna más real con la suma de sus disparatadas aventuras. Cuando ya no le queda un grano de demencia se acaba por sí sólo, su vida que mientras más avanza se haya menos próxima de la meta, para despertar en el lecho de muerte vuelto a su antigua naturaleza de vulgar habitante de un lugar de la Mancha.

Imagen de la grandeza y decadencia de España? Si, pero del hombre también, en cuanto aquella coincide y transparenta la de éste, en esa hora que la coge de improviso realizando hazañas que habrán de dar con sus huesos en tierra, como las aspas de los molinos con los de Don Quijote. La vida no le da tiempo, no lo tiene ningún hombre, de averiguar de antemano la calidad fértil o vana de su simiente. En cambio, insta a que la mano arroje al viento el grano de la especie. Hay que contemplar a Cervantes y con él a España en el instante de aventar al espacio un puñado de semillas humanas. Don Quijote, más que una de ellas es la representación de esa fecundidad disparatada, de la cual nace y renace el hombre de continuo.

Esta criatura grotesca, en cuyas carnes se graban ya los nudos y cuarteaduras de la vejez se siente henchido

de una savia de juventud vigorosa y cándida, que lo arrastra en pos de inigualables hazañas. Es la vida de un mundo, cuyo advenimiento pone en estado convulso a su pueblo. Cuál no será el poder de esa oscura corriente del destino histórico que saca de sus casillas a una nación entera, qué le contagió el hervor de la primavera a esta humilde raíz perdida en un lugar de la Mancha?

Sin ese empujón de la historia, que a la vez padecen España entera y Cervantes, este último en dirección contraria del movimiento que aquella trae, no se explicaría la integridad del drama contenido en la historia de Don Quijote. En el rebote que da la vida de Cervantes —jamás obtiene suerte donde tantos soldados conquistaron fama— sobre el alud español, brota la imagen del fachoso caballero, a cuyo fulgor demente se vislumbran las profundidades de un pueblo en marcha, el cual a su vez cobra conciencia de sí mismo a través de la extraña pasión de Don Quijote.

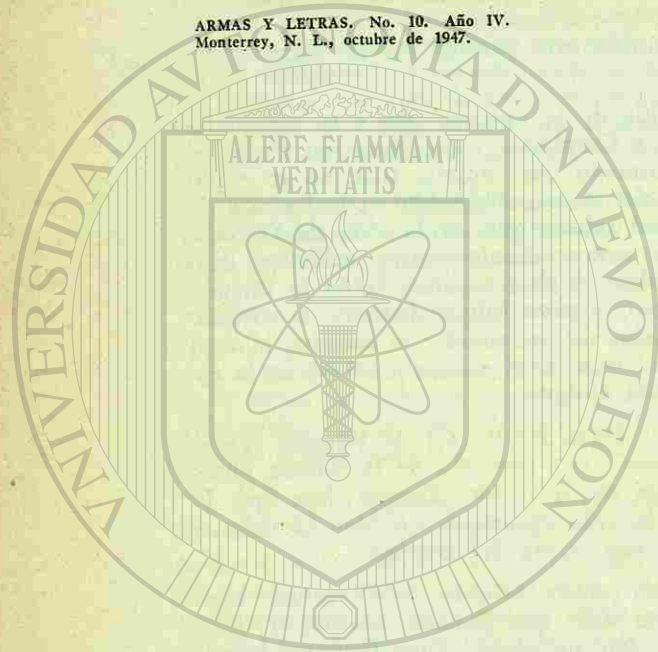
Mientras la conciencia intelectual de Europa, representada por Descartes, toma posesión de la certeza absoluta como preliminar de la acción, España deja fluir la vena irracional de la vida encarnada en Don Quijote, a fin de medir la estatura exacta del hombre.

A la hora de ser escrita la obra de Cervantes hará ya algo menos de un siglo que Erasmo escribió el "Elogio de la Locura". No es acaso, Don Quijote, la advertencia de que el hombre no es capaz de ser verdaderamente loco? Cae siempre de nuevo en la razón, porque carece del vigor suficiente para seguir a aquel, con que secretamente simpatiza en sus afanes. Es demasiado cuerdo aún el hombre para llegar al sacrificio. Ríe, goza, manteniendo sin desenlace el drama de la locura, en pura suspensión tragi-cómica.

España no sabe a donde vá. Cervantes, que cree saber lo que quiere marcha sin darse cuenta contra la corriente que empuja a su pueblo; a cambio de ello, le

brinda al final de tantos esfuerzos inútiles, Don Quijote, una conciencia donde España y el hombre moderno pueden tomar las medidas al propio tamaño de su razón, de su belleza y de su ímpetu heroico.

ARMAS Y LETRAS, No. 10. Año IV.
Monterrey, N. L., octubre de 1947.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES

SIGNIFICACION DE LA TECNICA

Ciertos hechos recientes, que por ser excesivamente notorios nos ahorran la necesidad de nombrarlos, han atrapado la atención pública sobre la significación de la técnica como factor histórico y cultural.

Preocupa a muchos que en la guerra recién liquidada haya intervenido de manera decisiva la aplicación y la eficacia técnica de los instrumentos de combate. Y de esta preocupación se origina un sentimiento de temor y de admiración, que anda muy próximo a transformar en mito el conocimiento y la posesión de tales recursos. Al calor de este arrebató sentimental se encienden protestas más o menos vehementes por la amoralidad del pensamiento técnico.

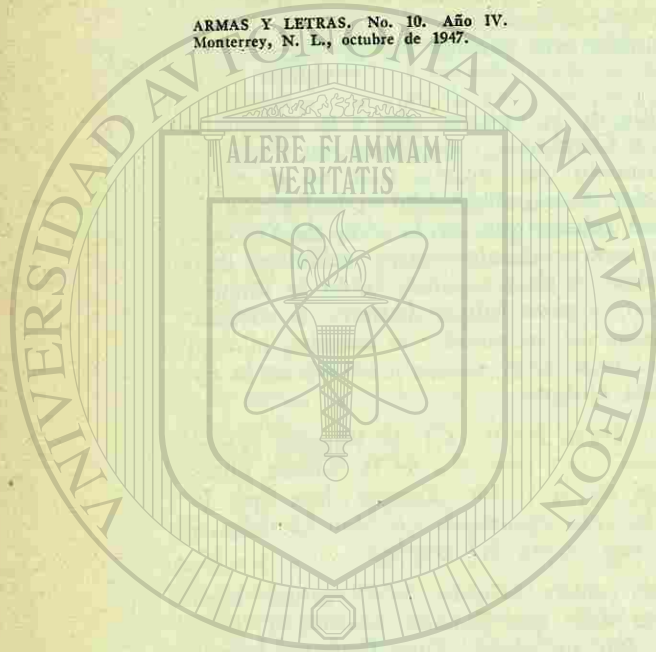
Es curioso observar que la conciencia se defiende contra su secreta y ciega admiración por la técnica, acusándola de fomentar fines que sólo ella concibe, con perjuicio de otros que recela no saber guardar. Adivina un riesgo en que las posibilidades de causar la muerte sean tan accesibles y fáciles de ejecutar, como el sencillo ademán de empujar un resorte.

En esta contradictoria reacción a la influencia de la técnica en la vida moderna se encuentra un testimonio actual del "tabú" primitivo que preserva de manera inconsciente la integridad de la tribu. Siembra riesgos ocultos y misteriosos para que la conducta se deslice por los pasajes familiares a los iniciados en la vida común. Levanta barreras imaginarias erizadas de dificultades, para los actos cuya sencillez de ejecución corre parejas con la repugnancia que inspiran.

Puede observarse también como pervive y mantiene su eficacia hasta nuestros días la ley generativa del mito, en franca competencia y hasta tratando de sojuzgar a los procesos técnicos. En lo cual se cumple un movimiento de compensación muy propio del ser huma-

brinda al final de tantos esfuerzos inútiles, Don Quijote, una conciencia donde España y el hombre moderno pueden tomar las medidas al propio tamaño de su razón, de su belleza y de su ímpetu heroico.

ARMAS Y LETRAS, No. 10. Año IV.
Monterrey, N. L., octubre de 1947.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES

SIGNIFICACION DE LA TECNICA

Ciertos hechos recientes, que por ser excesivamente notorios nos ahorran la necesidad de nombrarlos, han atrapado la atención pública sobre la significación de la técnica como factor histórico y cultural.

Preocupa a muchos que en la guerra recién liquidada haya intervenido de manera decisiva la aplicación y la eficacia técnica de los instrumentos de combate. Y de esta preocupación se origina un sentimiento de temor y de admiración, que anda muy próximo a transformar en mito el conocimiento y la posesión de tales recursos. Al calor de este arrebató sentimental se encienden protestas más o menos vehementes por la amoralidad del pensamiento técnico.

Es curioso observar que la conciencia se defiende contra su secreta y ciega admiración por la técnica, acusándola de fomentar fines que sólo ella concibe, con perjuicio de otros que recela no saber guardar. Adivina un riesgo en que las posibilidades de causar la muerte sean tan accesibles y fáciles de ejecutar, como el sencillo ademán de empujar un resorte.

En esta contradictoria reacción a la influencia de la técnica en la vida moderna se encuentra un testimonio actual del "tabú" primitivo que preserva de manera inconsciente la integridad de la tribu. Siembra riesgos ocultos y misteriosos para que la conducta se deslice por los pasajes familiares a los iniciados en la vida común. Levanta barreras imaginarias erizadas de dificultades, para los actos cuya sencillez de ejecución corre parejas con la repugnancia que inspiran.

Puede observarse también como pervive y mantiene su eficacia hasta nuestros días la ley generativa del mito, en franca competencia y hasta tratando de sojuzgar a los procesos técnicos. En lo cual se cumple un movimiento de compensación muy propio del ser huma-

no: no poder vivir sólo de la técnica y a solas con ella. Por eso resulta incompleta esa teoría de la fabulación mítica, como ignorancia y elemental anticipo de lo que habrá de ser la Ciencia posterior. Hablar de una técnica, no del mito, sino de la naturaleza pero con contenido mitológico, como en la magnífica, por lo demás, obra de Frazer, parece una violencia a la mentalidad primitiva que además vuelve la espalda a la participación de la magia en la técnica moderna.

Habrá una separación o un íntimo contacto que impida la nítida diferenciación entre técnica y magia, según se trate de los pueblos cultos o de los primitivos, pero esto no implica la sucesión de un idéntico proceso mental que vaya de la magia a la técnica por perfeccionamiento y progreso. Entre una y otra se intercalan complejos fenómenos sociales, a cuya intervención aludiremos más adelante.

No siempre habrán de ser amigas ni sólo adversarias. Si en muchas partes van de la mano o parecen un mismo cuerpo, lo que ocurre siempre en las poblaciones humanas de la prehistoria, en otras épocas sobran ejemplos de sostenidos e intensos duelos, y también de colaboración de la magia en las invenciones, con fecundas consecuencias. Y más aún, donde vuelve a tener razón Frazer, todo mito prefigura una técnica que podrá o no ser desarrollada en hechos naturales. Así es quizá la relación original entre ambas, a modo de un primer movimiento, un ensueño avasallador que conduce a la hazaña de Prometeo y de ahí a la domesticación del fuego. Y si no, qué interés de hacer mito la historia? Nos lo dicen también las artes mayores y menores, todas soldadas a la fábula, símbolos de esta como chispas desprendidas de la hoguera mitológica. De donde resulta siempre verdadera aquella observación de venerable origen, que la poesía es sabiduría más profunda que la Historia. Conviene no obstante considerar con precisión y rigor, sus mutuas relaciones.

Hay alguien que ha tratado de obtener leyes de

desenlaces históricos por catástrofe, apoyando tal razón en las últimas consecuencias del pensamiento técnico, superabundancia de artificios que postran el alma creadora de una Cultura ahíta de perfección.

Por contra, no falta quien atribuya la ruina de un pueblo a la ausencia de ciertos recursos técnicos. Caso concreto: la destrucción de la confederación mexicana al embate de los conquistadores españoles, culpa de no haber poseído la rueda, el ganado mayor y la metalurgia del hierro.

Sobre este mismo ejemplo se ha intentado invertir la posición explicativa: el mito indígena del cataclismo final y del regreso de Quetzalcoatl subyugan por anticipado el alma aterrorizada del emperador azteca. En lo que hay de notable que los exaltados de admiración Cortesiana siguen la idea del mito pre-elaborada por los indígenas; y quienes deprimen la gloria del conquistador se atienen a la explicación técnica, que es el supremo argumento europeo.

En uno y otro caso la explicación choca por su simplicidad: se sustituyen los efectos en el lugar de las causas y se monta un mecanismo que opera sin sobresaltos ni interrupciones, lo cual equivale a una especie de ley inercial propia de la historia. Sólo que el más feo vicio de la teoría de Spengler no está ahí, sino en la descarada incitación a la guerra con el mito de la raza elegida.

Fallaría de intento una teoría de la técnica que prescindiese del proceso imaginativo de la conciencia humana, patente en la fabulación original y más tarde aunque matizada su influencia, en las instituciones jurídicas, la idea política y las creaciones estéticas. Este mundo de ficciones que es un traslado de la inmensa complejidad natural está implícito en la técnica, la cual estrecha o ensancha sus finalidades en proporción a ese campo de creación común donde predomina en diverso grado la imaginación despreocupada y libre.

Ni siquiera la técnica de la guerra constituye una excepción a la elaboración de una idea con una significación mucho más general, política, social o religiosa, que preside y orienta los acontecimientos bélicos. Toda guerra tiene cierto sentido de cruzada, cuya temible pasión y eficacia destructiva procede directamente de signos, imágenes y fórmulas nada técnicas. Es difícil pensar de otra manera en vista de los testimonios históricos. Las guerras primitivas se inician con actos religiosos, antes de llegar al choque efectivo; Zeus, Huichilobos, Jheová, La Idea Imperial, el Nacionalismo y la Raza han sido mitos de pavorosa fecundidad guerrera.

Y la técnica de la paz, la organización del aprovechamiento natural, está igualmente entretrejida con ese mundo mágico y misterioso, engendrado de continuo en la vida social, que estimula, reprime o endereza el proceso técnico con palabras y visiones. Habla directamente al corazón un lenguaje a veces tierno, otras imperioso: riqueza, sufrimiento, deberes, belleza o dicha mueven la mano humana, la retienen perezosa o congelan el ademán.

Cierto —se concederá— que estas afirmaciones valen aproximadamente para las primeras agrupaciones humanas y su técnica insuficiente, pero en cuanto ha surgido el conocimiento experimental de la Naturaleza es otro el aire de las mismas cosas. Los recursos técnicos fundados en los descubrimientos científicos y más particularmente en el progreso mecánico, desde la invención de la máquina a vapor, han adquirido existencia propia y de mera adjetivación de la vida humana se transformaron en un proceso sustantivo que arrastra la conciencia del hombre y sus productos más íntimos, los hijos predilectos de su imaginación.

Al hilo de este razonamiento se va a parar en la definición del hombre como ser industrial. Desde la domesticación animal y vegetal a la humana de la esclavitud; de los artefactos mecánicos a los talleres en que se

fabrican máquinas, se sigue el mismo propósito de tomar posesión de una creatura que engendre y rinda sus frutos al hombre. El colmo de este desarrollo sobreviene cuando el ser domesticado es una máquina capaz de producir otras.

Pero, esta reflexión no repara más que en el hecho externo de la dominación sobre la naturaleza, mientras que deja escapar el dato interior al hombre que tiene dos vertientes: la organización de las fuerzas conscientes que se dejan ociosas en el fenómeno técnico; y la estructura social en que se apoya y revierte el impacto de aquellos avances. En aquella puede seguir actuando una mentalidad mágica, aun en medio de la selva maquinista. Y por la recuesta de una civilización técnica se desciende a los desfiladeros de la vida social, donde la marcha histórica puede desembocar en una catástrofe.

La lucha o la alianza entre la magia y la técnica, aun en los grados más avanzados del desarrollo de esta última, se deduce de que ambas dominan en el hombre y se reparten ámbitos de la personalidad humana no fundidos totalmente. La técnica procede de un desarrollo independiente cada vez más preciso de operaciones manuales. Aun la Ciencia de nuestros días tan orgullosa de su ascendencia intelectual, reconoce su origen en modestas manipulaciones de orden experimental; y nada se diga del desarrollo actual, en que su estabilidad y progreso están ligados a la suerte de la gran industria. La Ciencia de naturaleza filosófica llegó hasta los griegos y se quedó en la Edad Media; lo que ahora denominamos con esa palabra es una técnica científica preparada en laboratorios industriales, reforzada por la producción en gran escala y adherida más que nunca al experimento a base de máquinas.

El fenómeno mágico —dentro del cual tienen cabida la fábula mítica y las creaciones estéticas— exige una conmoción del todo el ser humano: un movimiento ligero, un atisbo imprevisto de belleza o del misterio grande y solemne de la naturaleza, desencadena a la conciencia

de sus engranes corporales; libre de su rendida sumisión irrumpe en un mundo de cualidades luminosas y sonoras en cuyo seno flota, se hunde, crece y se percibe a sí misma como un latido inmenso, un pulso universal.

El artista primitivo que modela un trasto vuelca su corazón en la arcilla; el operario técnico que hace el mismo objeto descarga la faena sobre las manos, con lo cual descubre en sí mismo el esquema de toda máquina: una cosa hecha o trabajo, un esfuerzo o fuerza y el instrumento de la operación. En idéntico fondo orgánico se inspiran el análisis lógico o matemático y la mecánica.

Si la técnica fuese la nota permanente y universal del ser humano, fenómenos como la sociabilidad, el Estado, el Arte y la misma guerra serían incomprensibles. Por otra parte, el desarrollo técnico, por lo menos este proceso moderno que ha culminado en invenciones de efectos destructivos incalculables, tiene su apoyo en aquellos caracteres de más franca universalidad que guardan una estrecha relación con la magia, la fábula o la fantasía. Y en algo que es el más precioso de sus resultados: la vida social.

De tal o cual arma o instrumento de combate contemporáneo se dice que es el resultado del progreso científico y nada más. Lo que no se echa de ver es que esos avances y descubrimientos científicos no se habrían realizado o no se proseguirán en lo futuro, sin el concurso de circunstancias sociales y políticas muy determinadas. Tanto como cualquiera idea física precursora habrá que catalogar en igual rango, el crecimiento de la población, su organización para el trabajo, los ideales comunes de sociabilidad en los cuales entran los fines individuales de bienestar, dicha y dignidad que cada hombre pretende. Una cosa debe ser asegurada, que con una masa de esclavos no se producirá jamás el precioso y delicado instrumental moderno. Y de ello tenemos ejemplos a la mano en la contienda reciente. No es ajeno el triunfo técnico, político y militar de los E.U.A. su pasado histó-

rico: la Declaración de Independencia, la victoria de Lincoln y su activa democracia.

Subrayemos también este otro hecho que corrobora la tesis que hemos venido sosteniendo: los descubrimientos técnicos han podido iniciarse como curiosidades científicas en no importa que pueblo y época. Inclusive, muchos se han quedado inactivos en calidad de simples muestras del ingenio humano, sin mayores repercusiones, como en el caso de Leonardo. Es decisivo, en cambio, que el imperio de la técnica científica moderna coincida con el desarrollo social del pueblo inglés y posteriormente con la historia de Norteamérica.

No obstante todo lo anterior es indiscutible que los recursos técnicos aun viniendo de las fuentes más limpias de la vida social, pueden tomar un sesgo que vuelve su fuerza destructiva en contra del hombre mismo. Pero, hasta qué punto es la técnica responsable de semejante poder? Yo creo que después de lo dicho estamos en condiciones de asegurar que no previene de ella misma el perverso designio que sólo puede atribuírsele haber creado un margen amplísimo de fuerzas libres y ociosas de la conciencia, que no han podido articularse a las finalidades de una cultura superior que reduzca la técnica a su condición de apoyo y sostén del hombre. Y así mismo, haber dejado a retaguardia una organización social que procede con desprecio y hasta ejerce violencia sobre la capacidad creadora de la conciencia.

De no ser que hubiera una gran reserva espiritual de imaginación, tendríamos por delante el sombrío cuadro de quienes piensan que nuestra civilización técnica es el más seguro proceso de suicidio de la humanidad. Y esto se cumpliría, pese a las protestas morales y a los designios humanitarios con que se quiere dominar a los instrumentos bélicos. De aquella pesimista opinión es también Spengler y es fácil advertir que no le cuesta esfuerzo prescindir del corolario sentimental.

Uno de los más eficaces procedimientos de modera-

ción de ciertas armas reside en su propia naturaleza de instrumento bélico y social a la vez. Bastaría considerar que su potencia está en relación con su capacidad previa para asociar y multiplicar la vida humana. Un arco y una flecha representan tanto riesgo para la vida primitiva, como la bomba atómica para nuestra apretada humanidad. En cuanto los efectos de ésta última sobrepasen ciertos diezmos de la población y antes de la destrucción total, cesaría la posibilidad de continuar el proceso de su producción.

Más no debemos entregarnos al azar de este libre juego, entre la inmensidad del riesgo y la posibilidad de que el hombre se contenga en el límite permitido. Es hora de vencer con todas las fuerzas creadoras, esta incitación de la muerte de la vida contemporánea. Habrá que librar a Prometeo del conjuro mágico que lo tiene clavado a la roca en desagravio a su audacia. Vencer sea dicho y no resignar o someter la capacidad creadora del hombre al terror que le inspiran sus propias creaturas.

Es notorio que antes de ésta y de otras guerras del siglo, la vida humana se ha manifestado con una decidida vocación por la unidad de una Cultura y una organización sociales, donde las Naciones sólo signifiquen variaciones del carácter individual de los hombres; y donde, también, se articule la misión de cada hombre con las disponibilidades de poder y de creación que encierra la técnica. Una vida en que el hombre no tenga necesidad de la guerra, por estar comprometido a diario en la tarea de habérselas consigo mismo en toda su miseria y grandeza, con la fuente de su poder creador. Algo que podría resumirse en la fórmula de rescatar la conciencia de cada hombre a su verdadera libertad y al espectáculo, intensamente sentido, de su propia obra.

UNIVERSIDAD. No. 5.
Monterrey, N. L., diciembre de 1945.

EL PENSAMIENTO FILOSOFICO CONTEMPORANEO

La clasificación por doctrinas de acuerdo con los cánones tradicionales oculta, más que transparenta, el rasgo dominante que caracteriza nuestra edad filosófica. Tal catálogo a través de las posiciones al uso en las historias de la Filosofía —descartado el valor muy relativo de semejantes distinciones— va resultando cada vez más impracticable. Idealismo, Realismo, Espiritualismo, Materialismo y otras etiquetas igualmente convencionales, se manifiestan como clasificaciones caducas ante el número de trabados influjos que concurren en cada pensador actual.

Valdría la pena, quizá, revisar la historia para mostrar que estas nociones proceden de una concepción filosófica, cuya vigencia se ha ido esfumando hasta casi desaparecer en nuestros días. Las especies filosóficas no tienen esa inmovilidad y rigidez que impuso a las ideas, la calca de una teoría de la naturaleza que desconoció el flujo de lo viviente. Formas más o menos transitorias, las especies ideales y las orgánicas, no agotan el contenido de realidad a que se refieren. De otra manera resultaría incomprensible el nacimiento y la desaparición de las organizaciones biológicas y los sistemas de pensamiento a los que sirven de formas para su representación objetiva.

Por lo que respecta a las ideas, se sabe hoy que son perecederas en cuanto significados inherentes a una determinada cultura. De la muerte de éstas habla la historia. Cabe también el caso de herencia cultural, o sea, descendientes de formas de saber y conducta cuyos portadores originales han desaparecido. La cultura greco-latina sobrevive en la prole de los pueblos occidentales, en los cuales ejerce el efecto de una fuerza viva y no sólo la gravitación material de la noticia erudita que manejan los filólogos.

ción de ciertas armas reside en su propia naturaleza de instrumento bélico y social a la vez. Bastaría considerar que su potencia está en relación con su capacidad previa para asociar y multiplicar la vida humana. Un arco y una flecha representan tanto riesgo para la vida primitiva, como la bomba atómica para nuestra apretada humanidad. En cuanto los efectos de ésta última sobrepasen ciertos diezmos de la población y antes de la destrucción total, cesaría la posibilidad de continuar el proceso de su producción.

Más no debemos entregarnos al azar de este libre juego, entre la inmensidad del riesgo y la posibilidad de que el hombre se contenga en el límite permitido. Es hora de vencer con todas las fuerzas creadoras, esta incitación de la muerte de la vida contemporánea. Habrá que librar a Prometeo del conjuro mágico que lo tiene clavado a la roca en desagravio a su audacia. Vencer sea dicho y no resignar o someter la capacidad creadora del hombre al terror que le inspiran sus propias creaturas.

Es notorio que antes de ésta y de otras guerras del siglo, la vida humana se ha manifestado con una decidida vocación por la unidad de una Cultura y una organización sociales, donde las Naciones sólo signifiquen variaciones del carácter individual de los hombres; y donde, también, se articule la misión de cada hombre con las disponibilidades de poder y de creación que encierra la técnica. Una vida en que el hombre no tenga necesidad de la guerra, por estar comprometido a diario en la tarea de habérselas consigo mismo en toda su miseria y grandeza, con la fuente de su poder creador. Algo que podría resumirse en la fórmula de rescatar la conciencia de cada hombre a su verdadera libertad y al espectáculo, intensamente sentido, de su propia obra.

UNIVERSIDAD. No. 5.
Monterrey, N. L., diciembre de 1945.

EL PENSAMIENTO FILOSOFICO CONTEMPORANEO

La clasificación por doctrinas de acuerdo con los cánones tradicionales oculta, más que transparenta, el rasgo dominante que caracteriza nuestra edad filosófica. Tal catálogo a través de las posiciones al uso en las historias de la Filosofía —descartado el valor muy relativo de semejantes distinciones— va resultando cada vez más impracticable. Idealismo, Realismo, Espiritualismo, Materialismo y otras etiquetas igualmente convencionales, se manifiestan como clasificaciones caducas ante el número de trabados influjos que concurren en cada pensador actual.

Valdría la pena, quizá, revisar la historia para mostrar que estas nociones proceden de una concepción filosófica, cuya vigencia se ha ido esfumando hasta casi desaparecer en nuestros días. Las especies filosóficas no tienen esa inmovilidad y rigidez que impuso a las ideas, la calca de una teoría de la naturaleza que desconoció el flujo de lo viviente. Formas más o menos transitorias, las especies ideales y las orgánicas, no agotan el contenido de realidad a que se refieren. De otra manera resultaría incomprensible el nacimiento y la desaparición de las organizaciones biológicas y los sistemas de pensamiento a los que sirven de formas para su representación objetiva.

Por lo que respecta a las ideas, se sabe hoy que son perecederas en cuanto significados inherentes a una determinada cultura. De la muerte de éstas habla la historia. Cabe también el caso de herencia cultural, o sea, descendientes de formas de saber y conducta cuyos portadores originales han desaparecido. La cultura greco-latina sobrevive en la prole de los pueblos occidentales, en los cuales ejerce el efecto de una fuerza viva y no sólo la gravitación material de la noticia erudita que manejan los filólogos.

España previve, a su vez, en nosotros los hispano-americanos, como una raíz de nuestros actos; y lo que es notable, en forma de influjo independiente de lo que ella puede ser hoy. Tal modo particular revela auténtica herencia cultural y no simple comunicación o comunidad de existencia en el tiempo presente.

Somos más antiguos en orden a dicha cultura que los españoles contemporáneos. La intimidad en que vive cada quien su pasado es la verdadera medida de su edad; y de ahí que mientras la España actual toma su hispanidad del pasado inmediato, los pueblos americanos ascienden o descienden del espíritu español de los siglos XVI y XVII. Más acá de ese punto se inicia para nosotros lo propio, lo mexicano, que es ya disolución o contradicción de los factores hereditarios pero en todo caso construcción de obra nueva, donde puede haber coincidencias y cruces con la historia de la península, pero no pura prolongación biológica de aquélla.

Ocurren también nacimientos o renacimientos históricos. En los estratos situados a mayor hondura que no han encontrado expresión en la madurez de una cultura, se generan fuerzas que provocan esos vuelcos lentos o intempestivos en que las formas y los estilos inician un nuevo periplo.

Aceptando tales hechos elementales nos vemos obligados a rechazar aquellas clasificaciones lineales y estáticas de las ideas filosóficas, admitiendo en cambio su temporalidad y mudanza histórica. Acaso querrá ello decir que caeremos en una de tantas especies del escepticismo o del relativismo en orden al conocimiento? Antes de responder a esta cuestión, abonemos a la cuenta de nuestra conciencia histórica la convicción adquirida definitivamente de la naturaleza caidiza y provisional de las empresas humanas, así sea la exploración de los arcanos del ser.

Importa de los sistemas y doctrinas del pensamiento o de los fragmentos de éste rescatados del olvido, la

iluminación interior, el haz de luz que proyectan en las tinieblas de su propio ámbito. Con lo cual se establece únicamente una sana regla de interpretación, de hermenéutica de la Historia, sin restarnos por ello un ápice de esfuerzo, ni quitarle puntos de firmeza a nuestra certidumbre de alcanzar el horizonte del Ser en que se fincan todas las perspectivas.

Comprender así la Historia y particularmente la de las ideas, es tener encendidas lámparas que prestan claridad a nuestra noche —lo más permanente y continuo en el trayecto. Somos hermanos de nuestros antepasados por nuestra común ignorancia y zozobra; y aún la nuestra es una noche más densa que la antigua, por esta lección que nos ha traído la conciencia histórica, acumulando a las sombras originales de los tiempos la nuestra propia, que ha perdido la ingenuidad y el candor de considerar su propio momento como molde de la eternidad.

Hay, sí, una verdad objetiva y universal. Sólo que no sería tal como generación de los hombres, de uno sólo o de todos sucesivamente, en tanto que cualquiera de ellos o la totalidad pertenezcan a la serie temporal que es la Historia. Ni la serie misma sustantivada —lo histórico o la historicidad— puede reclamar semejante privilegio.

De esta última puede decirse que no alcanza a contener el ser de lo humano y con éste el del mundo dentro de sí, a manera de principio necesario y absoluto, o como infinitesimal en desarrollo de cuyo despliegue resultan los acontecimientos. Admitirlo bajo la fórmula Hegeliana, la vitalista o la existencialista, transporta el fin al origen y éste a aquél, en un puro movimiento de tránsito intelectual que se cumple instantáneamente, sin distancia, sin tiempo y por tanto sin acontecer real. La Historia queda reducida a la inmovilidad de lo Uno, el espíritu Absoluto de Hegel o el cualquier hombre, así sea un filósofo, de las otras fórmulas.

El arcano del ser es escamoteado en esta operación y

sólo resta un zumbido de muerte esparcido por la jabalina que arroja el experto cazador y que se cimbra clavada en el pecho de la presa. Desgarramiento doloroso que es quizá otra de las claves para descifrar el espíritu filosófico de nuestra Edad.

Si la Historia es esencia y acontecer real del ente humano —fuerza es que lo sea para recuperar la significación de ambas dimensiones de la realidad— duración, fin y principio son momentos del Ser. Y éste, además, en estado de trascendencia real y efectiva respecto de toda la serie de instantes y de entes en que se despiegue. Valga ello tan sólo a modo de anticipo de lo que puede vislumbrarse en las actuales especulaciones filosóficas, ya que todavía se mueve esta cuestión en la hondura sentimental del hombre contemporáneo.

Volvamos ahora a lo nuestro, que se reduce a considerar la situación del pensamiento filosófico contemporáneo. Sobre lo cual apenas hemos dicho que resiste el intento de una clasificación por las especies tradicionales. La vaga denominación de idealismo cubre por igual a concepciones tan diversas como el neo-Kantismo, la fenomenología y el pensamiento de Bergson. Son materialistas, acaso, el pragmatismo y el complejo de ideas que llevan el rubro de existencialismo? El mismo materialismo dialéctico es una especie híbrida y lo mismo vale del realismo escolástico o del personalismo filosófico.

Esta perspectiva al vuelo nos permitirá comprender mejor lo que está ocurriendo en materia filosófica. Y ello es, simple y llanamente, que principia una nueva edad de tradición filosófica, a través de un abandono de la producción de filosofía por sistemas de ideas. Estos son, si se quiere, una cristalización parcial y objetiva y no la única fuente de la filosofía.

Estamos acostumbrados desde Grecia a pensar en individuos filósofos. En la Filosofía como tarea de hombres relevantes o geniales y de ahí hemos pasado a concebir los sistemas como la expresión, por objetiva más re-

levante aún, de esa misma genialidad singular del pensamiento.

Pero en la medida que los sistemas o las ideas de los filósofos geniales se han mostrado interferentes y capaces de recíproca fecundación, a través de su presentación simultánea en la conciencia histórica, los compartimientos en que estaban encasilladas las ideas se han derrumbado y un flujo denso escurre de todos los rincones, arrastrando consigo la sustancia fluída de todo lo que guardaba como suya cada celdilla del panal.

Nada más lejos sin embargo de lo que se llama eclecticismo. Este supone una elección. La selección de trozos para componer otra figura con los miembros mutilados de los demás. La desmembración que requiere no es menos caprichosa que la membración posterior. El resultado es más pobre porque sacrifica múltiples individuos íntegros, para componer una suma de fragmentos sin unidad interna.

Se trata en nuestro caso de un fenómeno relativamente nuevo, con antecedentes en la historia. En los albores de la filosofía griega, antes que las figuras individuales de los filósofos se precisen en el horizonte histórico, anuncia la llegada de éstos una luz difusa que se derrama en círculo, ilumina y colorea las alturas y los confines del campo. Viene del Egipto, del Asia Menor, de la India lejana, de la propia Grecia. Viene de todas partes y de ninguna en particular.

Es una tradición que se expresa en forma de mitos, de fábulas poéticas, de procedimientos de construcción y agrimensura, de ritos del culto. Un torrente mezclado, turbio, cargado con todas las materias arrancadas por el aluvión de los siglos y puestas a fecundar de nuevo las pobladas márgenes del Mediterráneo.

Sólo más tarde, cuando las aguas descendieron de nivel, surgirán islotes pequeños de personalidades filosóficas singulares. Y aún estas aparecerán en forma de constela-

ciones. La historia de los siete sabios de Grecia es versión más verosímil de los orígenes del pensamiento filosófico, que hacerlo brotar de figuras individuales y aisladas.

La situación que ofrece en sus principios el mundo griego se prolonga bastante tiempo. Es el caso de Pitágoras, que designa una secta más que un individuo. Vestigios de la coagulación original del espíritu de donde proceden las ideas filosóficas aparecen en períodos mucho más avanzados, cuyo ejemplo más ilustre es la Academia. Parece que las ideas no pueden soportar el aislamiento indefinidamente, lo mismo que los hombres la soledad.

Las aglutinaciones posteriores donde se mezclan tendencias religiosas y costumbres prácticas, con cierta estructura de pensamientos en que se organiza el núcleo de la "escuela," son el sucedáneo del estado de naturaleza en que vienen al mundo las ideas filosóficas.

Frente a tal formación del pensamiento se destacarán posteriormente figuras individuales con sistemas de ideas. Fenómeno tardío, excepcional y precursor del crepúsculo de toda una época. Por otra parte, la historia de estas personalidades filosóficas dibuja una línea que va de una tradición que se abandona —Sócrates— hasta otra erudita en que se sumergen los últimos pensadores de rango —Zenón y Epicuro.— Por las cimas, Platón y Aristóteles representan elevaciones intermedias del proceso de la filosofía, quienes conjugan los elementos extremos, tradición de que proceden e invenciones personales que cuajan en nueva tradición. El sistema sin embargo es todavía algo orgánico en que se percibe el tejido vital traspasado por los latidos de la inteligencia. Está muy lejos la elaboración premeditada de una doctrina a base de programa: la constitución o reconstrucción del universo en conceptos, como ocurrió en Hegel y otros más cercanos.

Al contrario de lo que ocurre al pensamiento científico, el filosófico pierde el rumbo desasido del contorno

humano, de la comunicación y comunidad viviente que sustenta la operación aunque no el contenido del saber. Parece haber una ley interna, por no llamarle dialéctica, que impone sus exigencias al desarrollo conceptual a la par que la estructura vital del conocimiento filosófico. La que hace de éste una participación o comunidad de ideas, a la vez que una compañía humana con vitales propósitos. De ahí las formas de conversación practicada por Sócrates, cuya paralela ideológica son los diálogos Platónicos. Posteriormente, la lógica Aristotélica reproduce en la "escuela" una nueva especie de comunidad.

El monólogo es la forma de saber en que zozobra el pensamiento filosófico, a menos que esté sostenido por una comunicación externa que hace pasar la corriente de ideas a través del contorno social. Se da en este caso el espectáculo de creencias y prácticas que mantienen en alto, sobre la cresta del surtidor colectivo, la meditación solitaria. El sentimiento cristiano de la vida en toda su hondura y densidad, restablece la comprensión en común y la compañía humana de que parece desasido el dramático soliloquio de las confesiones Agustinianas.

Tómese en cuenta que de las abstracciones practicadas por Descartes, a poner en duda el contenido de los conocimientos arrastrados por tradición, las creencias y las costumbres quedan intactas. Sin el apoyo tácito y cuasi inocente de tal flotador automático, los niveles íntimos de la conciencia no alcanzarían ese punto de soledad y hermetismo en que resuena la dramática expresión: "pienso, luego existo". En el propio Kant, maestro del idealismo moderno, la reflexión crítica de la conciencia opera su abstracción en el seno de la comunicación y el diálogo viviente de las Ciencias físico-matemáticas.

Pero ahora lo que está puesto en duda es ciertamente esa comunidad o comunicación, implícita, aunque variable, a través de los cambios filosóficos. La contradicción de los sistemas exhibe la soledad y el aislamiento congénitos a los respectivos cuerpos de ideas, que al con-

currir exteriormente, a falta de un enlace orgánico, se excluyen y hacen la guerra recíprocamente.

Ni siquiera la Ciencia puede ya proporcionar comunidad y sustentación al pensamiento filosófico, del que se ha desprendido deliberadamente. La Ciencia tiene la estructura de un discurso monológico, que se inserta en la pluralidad de las cosas y la comunidad de los hombres por la cara externa de los resultados, sin cuidarse de la plenitud subjetiva de sus doctrinas y abandonando a otras agencias espirituales la preocupación de obtener la unidad espiritual del hombre en medio de las contradicciones.

Las operaciones intelectuales de orden científico están ordenadas en conjuntos desmontables a la manera de mecanismos, donde la tarea de deshacer y rehacer el acto operatorio de la naturaleza equivale a la prueba y demostración de su validez. Carecen de plenitud íntima y sólo tienen la unidad externa de un proyecto de acción universalmente anónima. Estrategia del hombre frente a la naturaleza, de la cual se deduce la técnica científica de la edad moderna como realidad prefigurada en los conceptos puros de la teoría. En la larga cadena de razonamientos que es una doctrina científica hay siempre una máquina real o posible en uno de sus extremos, aunque en el otro se manipule con puros símbolos y signos incorpóreos.

Toda Ciencia principió por ser filosofía, sólo que se ha desasido de las exigencias de esta última y edificado su propio mundo esquemático de engranes muy bien ajustados, que trabaja en la más deseable perfección y del cual ha desalojado al hombre sin misericordia. Es acaso extraño que en estas condiciones se produzca la filosofía existencialista? Un mundo deshabitado, inhospitalario y hasta diabólico debe producir angustia y asco.

El universo de la Ciencia es una realidad auto-suficiente, plenaria, que tiende a la independencia de sus conclusiones y a la indiferencia respecto del ser humano que muestra la propia Naturaleza. Con la agravante de que

ésta nos sale al encuentro sin intervención de nuestra voluntad, es una *factum*; en tanto que el saber científico es una construcción humana y, por ende, una licencia de la cual tiene el hombre que rendir estrecha cuenta. Qué uso o empleo hemos hecho de esta libertad?

Ni la primaria subordinación al mundo que se destaca en la actitud del primitivo, ni la más refinada versión de esta postura que es la Ciencia por más artificiosamente compleja que se haya vuelto, resuelven la cuestión esencial de la conciencia humana. Más que de servir a las cosas y en general al mundo que éstas constituyen, se trata de la incardinación del hombre, la cuenta y razón que tiene que dar del hecho de venir a ser el mundo en él de su propio advenimiento y cómo ha de servirse de ello según medida y proporción. Pensar filosóficamente es resolverse a llamar a juicio a la conciencia en su propia y concreta libertad.

En lo más recóndito de todo pensamiento filosófico late la cuestión antropológica como la primaria cuestión de todas. En ser cada uno uno mismo y no en otro radica el fundamento de la libertad, de lo cual todo lo demás son derivaciones y consecuencias. La pregunta que hace Kant, cómo es posible el conocimiento? debe ser remontada hasta la cuestión en que ésta y otras más recuperan toda la hondura del problema: quién soy yo?

En la partícula final se condensan, más allá de la pura existencia psicológica la pluralidad de temas y contradicciones que abraza la conciencia humana: saber científico, expresión estética y voluntad moral, impulsos y símbolos en que se hace la historia; brevemente, la suma de contenidos y manifestaciones del hombre. Sólo que por encima de todo ello algo más: la insondable hondura de ser alguien, uno mismo, y de tanto serlo caer en la cuenta de la presencia de lo otro y ser eso un diálogo del ente con el ser.

Tal estructura de la participación en el Ser en que se fincan lo mismo la expresión íntima de la conciencia, que su encaje en la vida humana y cuya unidad se realiza co-

mo intención a que apunta el acto, es la última y fundamental en que se apoya la meditación filosófica y su realización externa en forma de tradición, individuos filósofos, escuelas y sectas.

El sentido y la esencia recíprocamente implicadas de hombre y mundo, proceden de esa trama dialógica que se establece entre el ente que tiene su ser expuesto a sí mismo y otro con el que se comunica, del que recibe respuestas y no obstante que guarda siempre inexhaustas reservas de ser.

Abrigar la pretensión a una simple y elemental unidad por bajo esta última estructura pluralista y no obstante unitaria, procede del no menos quimérico empeño de fundar la filosofía en plan de ciencia, de ciencia matemática particularmente.

Nada valdría que Descartes situase a la base de toda evidencia saberse a sí mismo pensamiento y existencia. No más ni menos derivar de la idea la realidad externa, "res extensa" a manera de función geométrica.

Cuán indiferente sea esto relativamente a mayores decisiones se aprecia de que el existencialismo, y nada menos que esta doctrina filosófica contemporánea, es justamente la inversión o vuelta entera hacia atrás del camino recorrido por Descartes partiendo de la misma estación.

Lo radicalmente grave para la Filosofía moderna fue tomar para sí el programa científico, ya en resuelto avance a la fecha de origen de aquél. Y ello sin considerar la diversidad de los problemas y los respectivos propósitos. Facilitó la pretendida equiparación con la Ciencia un equívoco: el de una supuesta unidad simple y elemental para explicar el desarrollo universal de las cosas, si no a la manera del atomismo por lo menos a base de un axioma o evidencia original de la cual deducir todo el sistema; y ello conjuntamente con el error de considerar idénticos los extremos de la sentencia: "pienso, luego existo," desconociendo todo lo oscuro y enigmático del enlace en-

tre ambos términos, en el cual principia y no concluye el problema filosófico. Falla no tanto por ser idealismo, que por disimular la Filosofía en Ciencia. Metafísica al modo matemático es la doctrina cartesiana.

Las consecuencias: una serie de doctrinas filosóficas que han pretendido en vano sustituir la Ciencia con sus explicaciones, abandonando la propia tarea. Dar la metafísica por Ciencia, renunciando a la vez paradójicamente a todo pensamiento metafísico.

Los actos y operaciones del intelecto o de la Naturaleza en tanto se despersonalizan, son cosa de la Ciencia, única que ha de velar por los resultados coherentes y concordantes de sus respectivas teorías. Lo que perturba —y sólo en este sentido vuelve la Ciencia a la Filosofía— es la presencia del hombre y con éste de todo cuando existe en relación con dicha presencia. La doctrina científica lo ha declarado ausente y a ello debe la prosperidad de sus métodos. El pobre ente humano no puede hacer otro tanto consigo mismo y a despecho de todo hace filosofía o mejor dicho, se descubre a sí mismo en su concreta realidad, problema filosófico.

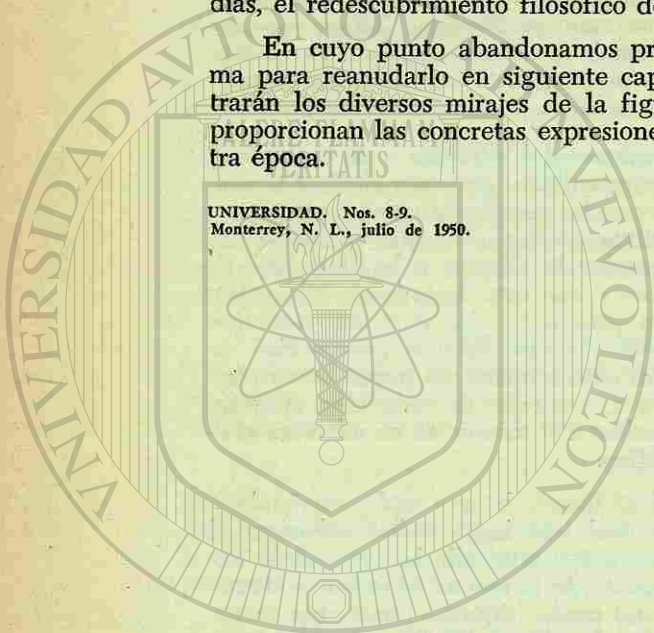
Y esto es ni más ni menos lo que está ocurriendo a nuestra vista, con lo cual tras largo rodeo volvemos al tema principal de este ensayo, que sólo ha pretendido explicar el motivo dominante de la escena filosófica contemporánea y ello no de un modo histórico (error que se repite en un historicismo de primer grado) sino principalmente y en la medida de nuestros alcances, filosóficamente.

Hemos querido mostrar que la Filosofía aparece a primera vista multiplicada y contradictoria, como colección de doctrinas y sistemas. A través de una consideración histórica hemos recuperado la idea de la filosofía en sus más recónditas fuentes, las de la tradición, las asociaciones y el individuo filósofo. Ello nos ha permitido caracterizar este pensamiento como inherente a una comunidad social y a la vez, dependiente de una estructura plural, aunque unitaria, de la conciencia. De ahí, hemos sido llevados a con-

siderar el artificio científico, que elimina de sus métodos la conciencia y deja al hombre en calidad de ausente del mundo. Luego se mostró que la filosofía fue llevada del mismo propósito a sustituirse a la Ciencia, sin lograrlo empero produciendo al final de esa carrera, en nuestros días, el redescubrimiento filosófico del hombre.

En cuyo punto abandonamos provisionalmente el tema para reanudarlo en siguiente capítulo, donde se mostrarán los diversos mirajes de la figura humana que nos proporcionan las concretas expresiones filosóficas de nuestra época.

UNIVERSIDAD. Nos. 8-9.
Monterrey, N. L., julio de 1950.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

LA INDIVIDUALIDAD DEL SER HUMANO

Con frecuencia se habla de individualismo a nuestro alrededor. Lo sólito del tema —con todas sus implicaciones sociales, políticas o filosóficas— induce a considerarlo un tópico banal, uno de tantos lugares comunes de nuestra época. A fuerza de oír un concepto repetidamente, bien por alabanza o como motivo de censura, en tantos que lo traen a cuento para las cosas más simples y más alejadas de su objeto acaba pareciendo pura bazofia intelectual.

Si hay algo de difícil expresión, enigmático y a la par de inigualable belleza en la naturaleza del ser humano, este algo es la individualidad a que aspiran nuestras potencias carnales y del espíritu. La nota dramática que se mezcla a ese afán es la inevitable frustración de un logro permanente y definitivo.

Por ello cuando se le hace valer como un atributo inseparable de la naturaleza, se exagera o se establece una verdad a medias. El ser individuo —esto es, la singularidad irremplazable de nuestra existencia en el orden natural y del espíritu— está insinuando apenas en la arquitectura del hombre y como requiriendo un desarrollo o ejecución que a cada quien le incumbe como destino personal.

Desde el comienzo hasta el fin de la vida una enormidad de nuestro espacio interior está ocupado por cosas comunes —a la especie zoológica, el comer, dormir o reproducirse; o al grupo social, pensar, querer o conmovernos al unísono con nuestros semejantes— mientras que en cambio es tan chico el sitio de la individualidad, que difícilmente deja testimonio permanente en la vida histórica.

A pesar de lo dicho, sin esa mísera ración que más está en el afán que en el disfrute, quedaría degradado el hombre a la condición de cualquier bestia. Y no negamos que lo sea, a reserva de reconocer que es una bestia muy particular, tanto, que se afecta melancólicamente por no du-

siderar el artificio científico, que elimina de sus métodos la conciencia y deja al hombre en calidad de ausente del mundo. Luego se mostró que la filosofía fue llevada del mismo propósito a sustituirse a la Ciencia, sin lograrlo empero produciendo al final de esa carrera, en nuestros días, el redescubrimiento filosófico del hombre.

En cuyo punto abandonamos provisionalmente el tema para reanudar en siguiente capítulo, donde se mostrarán los diversos mirajes de la figura humana que nos proporcionan las concretas expresiones filosóficas de nuestra época.

UNIVERSIDAD. Nos. 8-9.
Monterrey, N. L., julio de 1950.

DIRECCIÓN GENERAL D

LA INDIVIDUALIDAD DEL SER HUMANO

Con frecuencia se habla de individualismo a nuestro alrededor. Lo sólito del tema —con todas sus implicaciones sociales, políticas o filosóficas— induce a considerarlo un tópico banal, uno de tantos lugares comunes de nuestra época. A fuerza de oír un concepto repetidamente, bien por alabanza o como motivo de censura, en tantos que lo traen a cuento para las cosas más simples y más alejadas de su objeto acaba pareciendo pura bazofia intelectual.

Si hay algo de difícil expresión, enigmático y a la par de inigualable belleza en la naturaleza del ser humano, este algo es la individualidad a que aspiran nuestras potencias carnales y del espíritu. La nota dramática que se mezcla a ese afán es la inevitable frustración de un logro permanente y definitivo.

Por ello cuando se le hace valer como un atributo inseparable de la naturaleza, se exagera o se establece una verdad a medias. El ser individuo —esto es, la singularidad irremplazable de nuestra existencia en el orden natural y del espíritu— está insinuando apenas en la arquitectura del hombre y como requiriendo un desarrollo o ejecución que a cada quien le incumbe como destino personal.

Desde el comienzo hasta el fin de la vida una enormidad de nuestro espacio interior está ocupado por cosas comunes —a la especie zoológica, el comer, dormir o reproducirse; o al grupo social, pensar, querer o conmovernos al unísono con nuestros semejantes— mientras que en cambio es tan chico el sitio de la individualidad, que difícilmente deja testimonio permanente en la vida histórica.

A pesar de lo dicho, sin esa mísera ración que más está en el afán que en el disfrute, quedaría degradado el hombre a la condición de cualquier bestia. Y no negamos que lo sea, a reserva de reconocer que es una bestia muy particular, tanto, que se afecta melancólicamente por no du-

rar eternamente y por carecer de la calidad de ser el único, creador de todas las cosas. En otros términos, es una bestia herida de un mal metafísico o de lo que llaman los teólogos, de pecado original.

No es la humildad una virtud querida al corazón del hombre. Y si su contraria, la soberbia que ejercita su poder sobre todos nuestros actos y soberanamente domina la potencia suprema, al afán de individualidad que se dice también conciencia de existir. El "yo existo" de cada quien —raíz de la individuación del ser humano— se presenta a sí mismo, en plan de soberbia metafísica o ética, como el fundamento de la vida universal y de las exigencias éticas.

Sin ir tan lejos como la soberbia induce, ni quedarnos cortos considerándolo un regalo de la naturaleza, la individualidad del ser humano es un problema que merece mayor atención que la de estas breves y desiguales notas. Hacemos la advertencia, además, que sólo se trata de anotar algunas reflexiones marginales deslizadas por el contorno del problema. A tal propósito y en tentativa de explorar lo desconocido formularemos las siguientes interrogaciones: Por qué medios se expresa el ser individual del hombre?Cuál es el precio o cuota de tan deseado afán?

Comenzaremos recurriendo a una respuesta sencilla y atractiva que engloba ambas interrogaciones. Nada más propio de la individualidad del hombre que la notoriedad exterior ante nuestros semejantes. La posición social muy probablemente debida a razones económicas, es con frecuencia el medio de estimar la individualidad de cada hombre y, a la vez, el índice del precio exigido a dicho afán. En este orden ningún alarde de originalidad más propio que la moda denota lo que se alcanza y puede rendir la posición social. Sólo que son de corta duración en cada vez los efectos de notoriedad inicial que por este medio se obtienen. Al extender y generalizar sus formas a todas las capas sociales la moda aniquila la distinción alcanzada primeramente. Puede sin embargo extremarse el dinamismo del fenómeno, llevando a la exageración

ciertas notas significativas: se alargan, recortan o estrechan las prendas de vestir o se extreman los gustos, el vocabulario o la materia de los sentimientos de las creencias y de las ideas.

De esta manera se obtiene una cierta apariencia de individualidad que satisface a los más y por cuyo disfrute, régimen a que se le llama pomposamente individualismo, están dispuestos muchos hombres a romper lanzas, como si se tratase de la última y más refinada fase del perfeccionamiento humano en el orden social.

Convicción tan plácida tropieza, sin embargo, con la decepcionante reflexión de que ese medio expresivo de la individualidad, no tiene mayor significación para el orden estrictamente humano, que la de ciertos caracteres sexuales secundarios en el reino zoológico. Es a la raza humana lo que para otros seres el plumaje, la melena o el rabo. En resumen, una nota distintiva de la especie misma y cuando más un hilo conductor del instinto de reproducción de sus miembros.

Se explica la recurrencia de este modo de individualismo humano en ciertas etapas de la vida social, como un medio de reducción al estado gregario de las tendencias humanas que amenazan con la frustración de la especie. Y justamente, se utiliza para ello el impulso egoísta, que produciendo la notoriedad del individuo convoca en torno suyo las fuerzas generatrices de la vida.

Contrariamente a su apariencia, tales prácticas no denotan individualidad eximia sino formas irregulares y desviadas de sociabilidad, como que se consigue por maña la subyugación de lo individual a las leyes de conservación del grupo zoológico. Por tanto, la individuación que procura la notoriedad social es un callejón sin salida del propio anhelo, el cual recae en formas primarias de agregación animal.

Sin perder de vista las reflexiones anteriores, indagaremos de nuevo en el fondo de la cuestión planteada.

El hombre —se dice ya por venerables maestros de la antigüedad— es un ser social por excelencia. Lo que nos induce a pensar que la individuación, haciendo del ser humano un coto clausurado al vagabundeo del prójimo, es un impulso incorrecto dentro del orden de la naturaleza. Salvo que el hombre no sería tal ente que es en la creación, si viviese permanentemente enajenado a los requerimientos de la especie. Ni alcanza a ser del todo individuo —ente indivisible, original y único— ni disuelve enteramente su naturaleza en el océano sin formas de la materia biológica.

Por ello, es improbable que la individualidad del ser humano resida en propiedades adscritas original y definitivamente a su pura naturaleza zoológica. En el sentido estricto del conocimiento el mundo físico sólo produce especies; y la apariencia de un universo integrado por entes individuales es un reflejo de la condición humana. En la naturaleza concebida por la ciencia, la individuación de los seres sólo alcanza el grado de los géneros y de las especies. Y ello, porque el saber científico se realiza en conceptos y estos revisten un significado general y abstracto. Se ha dicho por eso que no hay ciencia de lo particular.

Los entes o cosas particulares son susceptibles de historia, más no así de ciencia. Por lo menos esto asegura la doctrina clásica. Y para este mismo pensamiento es una consecuencia forzosa de sus premisas, la aseveración de que la materia es el principio de individuación de los seres. A lo cual sólo debe agregarse que tal principio no alcanza al grado de intimidad profunda que el sentimiento de individualidad tiene en el hombre.

Como las propiedades de la materia son comunes y abstractas, cualquier fracción que se tome como unidad reproduce las características de un género. El concepto de individuos, dentro del saber científico, corresponde a unidades de una serie; y por tanto, tal individualidad, sólo encarna lo típico, una división interior a un concepto

más general. Es en consecuencia, la noción de una especie.

La regla clásica de la definición exige el establecimiento del género próximo y de la diferencia específica. Este procedimiento revela que todo concepto funda especies sin alcanzar la intimidad del ser dada por la verdadera individualidad.

Un pensamiento análogo produce la doctrina de que lo individual de cada hombre consiste en la realidad concreta de la idea; y en cuanto lo genérico del hombre consiste en ser dotado de razón, se concluye que sólo la sabiduría hace verdaderos individuos. El sabio o el filósofo quedan elevados a la categoría de paradigmas de humanidad.

Razón y materia en su generalidad y abstracción se equivalen. Tanto alcanza una, en grado a lo individual de cada ser, como la otra. Si se hace valer la materia determinada como principio de individuación en el orden físico, otro tanto representa la razón cognoscitiva en el mundo espiritual. Y, sin embargo, ambos sólo producen lo típico, especies mas no individuos. Ser filósofo no es una entidad menos colectiva que la del ser hombre atento sólo a características biológicas.

No hay un camino seguro para alcanzar la individualidad. Ni menos único. Así, hemos señalado la calidad negativa del que procura esta en la originalidad social —dentro de ésta cabe, en amplio sentido toda notoriedad de tipo histórico, como son la vida política, la de los negocios o la de la guerra. Y otro tanto, respecto de notas físicas o intelectuales significativas. Pero nadie duda sin embargo, que todos los órdenes indicados ofrecen ejemplos de vigorosas individualidades; sólo que ahí donde han existido y actuado debe pensarse en dinamisismos psíquicos e influjos que no encajan en la explicación formal y mecánica de un principio único.

Podemos creer, no obstante la impotencia del enten-

dimiento para dar cuenta de ella, en la individualidad de lo humano, por el poderoso sentimiento que afirman en nosotros algo indestructible y original. Por lo que llamaría Kant un principio de la razón práctica.

En consecuencia, no hay siquiera otra explicación de la individualidad y del individualismo que su mera existencia. Ni el más profundo sistema de individualismo metafísico, que es el de Leibnitz, contiene en definitiva otro recurso que apelar al testimonio de la conciencia. Mas que demostraciones, incita a una verificación íntima en el seno de la vida psíquica de cada sujeto. Igual acontece al individualismo ético: se ofrece en calidad de reto, como invitación a correr un riesgo de siempre nuevo y palpante misterio.

Sólo hay medios de expresión, no razones para fundar el ser individual del hombre. Entre todos, el más profundo y elemental que hace raíz de todos los otros, es la pura conciencia de existir. Cuando alguien afirma y se afirma a sí mismo como existente —el “yo existo” anterior aún a la duda de Descartes— arroja a la naturaleza una piedra de provocación y de escándalo. Fuente de placeres y sufrimientos la individualidad del ser humano, arraigada en su conciencia de existir, tropieza en la idea de la muerte con un límite infranqueable. Esta amenaza con la disolución del individuo en un torrente fluido e informe.

A partir de ese oscuro núcleo de convicción y presentimiento se desarrolla el afán de individuación, tanto más preciso y vigoroso, cuanto mayor hondura adquiere la conciencia de la limitación y finitud de la existencia humana.

El afán de individuación es anhelo de inmortalidad. Ello se expresa en la inquietud de engendrar obras que duren y permanezcan para siempre, prolongando en el tiempo nuestro fugaz soplo espiritual.

La individualidad se transfigura por efecto de las obras —y éstas son amor, no buenas razones— en la perso-

na, ente “específico” de la historia, el arte o la filosofía. El ser de la persona es una cristalización del individuo en formas universales de ideas, acontecimientos o valores estéticos. Es la expresión de aquel afán y también el fruto maduro y caído ya del árbol cuya pudrición nutre de nuevo la insaciable tierra.

ARMAS Y LETRAS. No. 2. Año VI.
Monterrey, N. L., febrero de 1949.

PALABRAS DEL RECTOR*

La Universidad de Nuevo León acude al programa de la Hora Nacional aprovechando la benévola disposición de sus directores, a fin de hacer llegar a todos los ámbitos de la República un mensaje inspirado en los nobles propósitos que animan a esta casa de estudios.

Este mensaje reconoce como motivo ocasional la declaratoria de inauguración oficial, que hago desde este sitio dominante de todos los horizontes de la República, de la Cuarta Anualidad de sus Cursos de Verano.

Motivo ocasional, en verdad, porque el propósito que lo anima y la realidad de donde cobra vigor y claridad su expresión procede de esa fuerza permanente que es símbolo y esperanza de México: sus Universidades.

La de Nuevo León es simplemente un miembro articulado a la cultura nacional, la que cada día se aleja más de ser tan sólo un receptáculo de aportaciones individuales, espontáneas y geniales muchas veces, para tomar un bien definido cuerpo social donde se aprovechan y definen los recursos espirituales del hombre mexicano.

Hace ya tiempo que ha dejado de pensarse en el conocimiento o en el ejercicio de las superiores actividades del espíritu, en función de las azarasas y tornadizas fuerzas que presiden el nacimiento o la evolución posterior de cada hombre, para pensar en la Cultura como una dimensión más, permanentemente y decisiva de esa superior realidad que es el alma de los pueblos.

Como tarea social y no tan sólo como veleidad o capricho humano, la educación en sus diversos grados es uno de los grandes imperativos nacionales y de la actual generación de todos los hombres sobre la tierra, el cual debe responder la Universidad con firmes designios animados del mayor desinterés.

* Discurso del Rector Lic. Raúl Rangel Frías, transmitido por radio, en la Hora Nacional del Gobierno de la República el domingo 17 de julio de 1949.

Mientras más se ahonde en este sentido social de la Cultura y sean de mayor calado la vida y el pensamiento universitarios, nos encontraremos cada vez más cerca de resolver las graves tribulaciones y justificadas inquietudes que agitan a nuestra juventud.

No bastan ya a calmar las inextinguibles aspiraciones por al verdad la letra de los libros, la apretada trabazón de las fórmulas o la verificación de una hipótesis en el laboratorio. Ni es ya goce perfecto la lírica distinción de un alma solitaria. Mucho menos satisface el bien aislado y naufrago en un mar de infortunios.

Se anhela por una verdad que tenga menos de monumento y más de la nutritiva calidad del pan de cada día. Por una bondad y una belleza donde se comuniquen con serenidad y alegría todas las almas. Para ello será necesario que la Universidad vuelva su mirada con más insistencia alrededor suyo, en torno del aula y el laboratorio, para captar esa realidad donde han ido a alojarse las mayores y más íntimas urgencias de nuestro tiempo.

El heroísmo, la hermosura o la sabiduría precisan menos de definiciones que de un redescubrimiento en la vida efectiva de cada hombre. A nuestro alrededor brotan y se suceden en forma de modestos acontecimientos de la conciencia. El camino hacia la verdad muestra la innumerable riqueza de sus paisajes, en ese momento prodigioso en que ocurre el tránsito mental desde la ordinaria sumersión en el contorno biológico. La actitud inquisitiva de un niño, que demanda una respuesta a su curiosidad, es la fuente viva de donde manan las fuerzas que sostienen la Ciencia y la Cultura de un pueblo.

Esa zona anímica de vagos contornos por cuyo seno discurre el ancho río de la tradición, la vida común y ordinaria, el quehacer honesto que proporciona el pan a los hogares mexicanos es la sustancia misma de la Universidad. De una Universidad cuya verdad sea la vida

histórica de México, capacidad de transformación de mejoramiento y diálogo perenne con todos los pueblos.

La de Nuevo León realiza esta Cuarta jornada de sus Cursos de Verano, reconociendo ese propósito como inspiración fundamental. Pretende dar forma y capacidad de expresión, dentro de la cultura mexicana, particularmente a la juventud que acude a sus aulas; sólo que trata de captar, incorporándola a ese movimiento, la vida y la realidad entera del hombre regiomontano y de su ciudad. Para ello utiliza las formas y las capacidades que ha ido creando esa cultura mexicana: sus estilos artísticos, literarios y plásticos; sus ideas políticas, económicas y jurídicas; los recursos técnicos perfeccionados por los profesionales mexicanos. Al reconocernos en ellos descubriremos también la vía para encontrar nuestra propia expresión y forma de vida.

En esta víspera de una gran remembranza histórica la Universidad de Nuevo León rinde su mayor homenaje, pensando en su propio destino de hogar, domicilio y ara, a donde se acogen igualmente el espíritu universal de la cultura y los más fervorosos sentimientos del honor y la grandeza nacionales.

Monterrey, N. L., julio de 1949.
ARMAS Y LETRAS. No. 7. Año VI.

SITUACION ECONOMICA DE LAS UNIVERSIDADES E INSTITUTOS DE ENSEÑANZA SUPERIOR DE LA REPUBLICA MEXICANA*

Es tan patente la pobreza económica de nuestras Universidades e Institutos Mexicanos de cultura superior que no se precisa una estadística muy elaborada, ni muchos razonamientos, para reconocer este hecho que se traduce en un clamor general de todos los centros educativos nacionales. Es una situación bien conocida por los universitarios, las autoridades de las entidades federativas y la misma Secretaría de Educación Pública. De vez en vez aflora en las notas informativas de los diarios de la capital y en sus páginas editoriales.

No obstante el señalado, aunque lento movimiento de rehabilitación, recién emprendido por algunas Universidades e Institutos de provincia, la situación es verdaderamente penosa. En casi todas partes los edificios universitarios son construcciones de la época colonial o, cuando mucho, de fines del siglo anterior. Falta mobiliario escolar, equipo de laboratorios, bibliotecas y, sobre todo, una remuneración pecuniaria del profesorado que sea algo más que resignación a la miseria.

Esta situación refleja un estado general de cosas de la vida pública mexicana. Los servicios a cargo del Estado, entre ellos la educación en todas sus fases, desde la primaria hasta la superior, padecen una deficiencia crónica, de efectos acumulativos con el paso del tiempo. Por otra parte, el crecimiento demográfico de México en el período posterior a la Revolución ha provocado un intenso fenómeno de desajuste, no sólo por el rezago de

* Estudio que presentó el Lic. Raúl Rangel Frías, Rector de la Universidad de Nuevo León, a la consideración de la Segunda Asamblea ordinaria de la Asociación de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior de la República Mexicana, celebrada en la ciudad de Guanajuato, Gto., en el mes de febrero de 1953.

histórica de México, capacidad de transformación de mejoramiento y diálogo perenne con todos los pueblos.

La de Nuevo León realiza esta Cuarta jornada de sus Cursos de Verano, reconociendo ese propósito como inspiración fundamental. Pretende dar forma y capacidad de expresión, dentro de la cultura mexicana, particularmente a la juventud que acude a sus aulas; sólo que trata de captar, incorporándola a ese movimiento, la vida y la realidad entera del hombre regiomontano y de su ciudad. Para ello utiliza las formas y las capacidades que ha ido creando esa cultura mexicana: sus estilos artísticos, literarios y plásticos; sus ideas políticas, económicas y jurídicas; los recursos técnicos perfeccionados por los profesionales mexicanos. Al reconocernos en ellos descubriremos también la vía para encontrar nuestra propia expresión y forma de vida.

En esta víspera de una gran remembranza histórica la Universidad de Nuevo León rinde su mayor homenaje, pensando en su propio destino de hogar, domicilio y ara, a donde se acogen igualmente el espíritu universal de la cultura y los más fervorosos sentimientos del honor y la grandeza nacionales.

Monterrey, N. L., julio de 1949.
ARMAS Y LETRAS. No. 7. Año VI.

SITUACION ECONOMICA DE LAS UNIVERSIDADES E INSTITUTOS DE ENSEÑANZA SUPERIOR DE LA REPUBLICA MEXICANA*

Es tan patente la pobreza económica de nuestras Universidades e Institutos Mexicanos de cultura superior que no se precisa una estadística muy elaborada, ni muchos razonamientos, para reconocer este hecho que se traduce en un clamor general de todos los centros educativos nacionales. Es una situación bien conocida por los universitarios, las autoridades de las entidades federativas y la misma Secretaría de Educación Pública. De vez en vez aflora en las notas informativas de los diarios de la capital y en sus páginas editoriales.

No obstante el señalado, aunque lento movimiento de rehabilitación, recién emprendido por algunas Universidades e Institutos de provincia, la situación es verdaderamente penosa. En casi todas partes los edificios universitarios son construcciones de la época colonial o, cuando mucho, de fines del siglo anterior. Falta mobiliario escolar, equipo de laboratorios, bibliotecas y, sobre todo, una remuneración pecuniaria del profesorado que sea algo más que resignación a la miseria.

Esta situación refleja un estado general de cosas de la vida pública mexicana. Los servicios a cargo del Estado, entre ellos la educación en todas sus fases, desde la primaria hasta la superior, padecen una deficiencia crónica, de efectos acumulativos con el paso del tiempo. Por otra parte, el crecimiento demográfico de México en el período posterior a la Revolución ha provocado un intenso fenómeno de desajuste, no sólo por el rezago de

* Estudio que presentó el Lic. Raúl Rangel Frías, Rector de la Universidad de Nuevo León, a la consideración de la Segunda Asamblea ordinaria de la Asociación de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior de la República Mexicana, celebrada en la ciudad de Guanajuato, Gto., en el mes de febrero de 1953.

los tradicionales servicios públicos, sino por la competencia de éstos con otros renglones de la atención del Estado a nuevos problemas de índole económica, social y cultural.

Sería necedad desconocer el hecho de una limitación en la capacidad del Estado, sea federal o de las entidades, para satisfacer en un ciento por ciento las exigencias públicas, como lo sería también desconocer la penuria de nuestras Universidades y su justificada pretensión a una rehabilitación económica que, en definitiva, está inspirada únicamente en el propósito de dar a la nación nuevas generaciones con mayor aptitud para promover el bienestar de nuestro pueblo.

Todas las consideraciones que se hagan en torno a este problema deben, por tanto, ponderar los factores que intervienen en el complejo problema a estudio, a saber:

FACTORES HISTORICOS:—Las Universidades Mexicanas, en gran mayoría, nacieron por acción del Estado, desde las más antiguas hasta las más recientes, algunas de ellas con tradición de siglos u otras sin ella, pero en todo caso en función de un servicio público. Al impulso de desarrollo histórico, el sistema nacional universitario se ha ido transformado, a partir de unos cuantos centros de irradiación hasta el establecimiento de Universidades e Institutos en casi todos los Estados de la República. Doce Universidades y otros tantos Institutos han sido computados para los efectos de este somero estudio.

Tales Universidades e Institutos reúnen en sus aulas una población escolar procedente en su mayor parte de los medios económicos más débiles de la sociedad; y, por ende, tienen una composición popular. Con ello se quiere expresar que traducen, en forma de tendencia escolar, el esfuerzo de las clases media, campesina y obrera, por transformar a más altos niveles la condición social y económica de los padres. Las Universidades mexicanas y con ellas las hispanoamericanas, han tenido que plegarse al hecho de una gran masa de estudiantes pobres de-

seos de alcanzar mejores posiciones sociales; punto en el cual hacen contraste con las Universidades europeas y anglo-sajonas, que imparten educación para una "élite": aunque bien se observa en éstas una pareja transformación por efectos sociales y económicos recientes.

La adaptación de nuestras Casas de estudio al creciente número de su población escolar, se ha traducido en la multiplicación y ensanchamiento de los servicios universitarios, lo cual ha impedido llevar el crecimiento de sus cifras presupuestales a un mejoramiento económico del personal y de los medios técnicos de la enseñanza. Ha sido un crecimiento en superficie con gran pérdida de la hondura.

FACTORES ECONOMICOS:—El patrimonio y los recursos financieros de los establecimientos de educación superior, en razón de los factores antes apuntados, proceden del Estado, sea local o federal, que aporta los fondos indispensables para su sostenimiento, bien en forma de subsidios, afectación de impuestos o por cualquier otro procedimiento técnico fiscal, sin que los ingresos propios por cuotas y servicios pagados por los alumnos representen un renglón de consideración.

La organización jurídico-política de nuestro país que ha favorecido el predominio de la acción federal, hace que los recursos de las Universidades se vean afectados por el hecho de la inmensa desproporción del tesoro público de las entidades federativas en relación con el del Gobierno Federal.

Sin considerar el caso de la Universidad Nacional, los restantes centros educativos se sostienen con las aportaciones que les brinda la hacienda pública de la entidad federativa correspondiente. No importa que haya algunas excepciones, donde el porcentaje federal de subsidio es mayor que el de la entidad local. Las de mayor número de población escolar y de más altos egresos, Jalisco, Veracruz, Guanajuato, Nuevo León, Sonora, Sinaloa y muchas más, gravitan de un 80% a un 90% sobre los

presupuestos hacendarios del Estado correspondiente.

Es cierto que se debe reconocer en teoría como benéfico el hecho de que las Instituciones locales tengan su raigambre económica en la propia localidad, pero si recordamos que el monto de los impuestos federales representa el 80% del total recaudado entre la Federación, los Estados y los Municipios, se hace patente una irreconciliable contradicción entre la realidad y la teoría.

Si añadimos a lo anterior las exigencias de una Universidad como la Nacional Autónoma de México, que de hecho funciona como Universidad Central, derivadas de su alta concentración escolar, de su tradición académica, de la antigüedad y complejidad de sus servicios extraescolares y de otras circunstancias igualmente preeminentes como su asiento en la capital de la República, la cual recibe del Gobierno Federal una suma de recursos que sobrepasa a la que disponen todas las Universidades e Institutos de provincia; tendremos una nueva consideración para comprender la penuria de las Universidades de los Estados federados.

Además, las Universidades mexicanas y especialmente las de provincia, han experimentado de manera muy intensa los recientes fenómenos de perturbación de la economía nacional, relacionados con la devaluación monetaria, el alza de los precios de las subsistencias y de todos los elementos indispensables para la enseñanza, desde construcción de edificios hasta adquisición de instrumental de laboratorios y material bibliográfico.

El aparente progreso que se manifiesta en las cifras de los presupuestos universitarios, queda muy por debajo del movimiento contrario que reflejan las perturbaciones económicas antes mencionadas.

Excepto la Universidad Nacional de México que ha logrado llevar un régimen de media proporción inversa al descenso del poder adquisitivo de la moneda mexicana, en los demás centros educativos prevalece con muy

pocas salvedades, una tasa de remuneración por los servicios del profesorado que corresponde a muchos años atrás. La propia U.N.A.M. apenas ha logrado mantener la proporción de $\frac{1}{2}$ de los salarios que pagaba en 1939 si se toma en cuenta la devaluación monetaria ocurrida desde aquel año a esta fecha a razón de 1:4, paga dos veces más unidades monetarias devaluadas cuatro tantos.

Este punto es sumamente doloroso porque arrastra consigo consecuencias que no son tan sólo de índole económico, sino que afectan profundamente la naturaleza y la calidad de los servicios educativos. Ha producido una grave desertión o una ausencia total, en algunos casos, de catedráticos competentes o por lo menos asiduos y perseverantes en la impartición de sus enseñanzas; y ello sin considerar otros hechos, como el abandono de todo esfuerzo por impartir la educación con los medios técnicos adecuados, los cuales han quedado fuera del alcance económico de las Universidades.

El atraso de 20 años en la remuneración del profesorado equivale, con muy honrosas excepciones, a otro tanto o más en la capacidad de los medios técnicos y en la información requerida para impartir la enseñanza.

Parte integrante de estos factores es la escasa afluencia de instituciones privadas a la prestación de los servicios universitarios, que disminuiría la carga del servicio público. El alto costo de los establecimientos de educación superior aleja cualquier intento de fundación y sostenimiento que no sea a costa del Estado. Se ven aparecer, cuando más, escuelas de educación secundaria y algunas de carácter técnico, cuyas fuerzas económicas proceden de recursos privados; pero todas ellas han tenido que recurrir a cuotas escolares muy elevadas o bien a una sobrecarga de los grupos escolares con bajos emolumentos al profesorado.

DATOS ESTADISTICOS:—Para la formulación de este estudio, se solicitaron y obtuvieron de las propias

Universidades e Institutos, algunos datos de índole económica, los más generales, que aparecen en el cuadro que se inserta a continuación. No es tan completo como fuera de desear, porque algunas instituciones no enviaron oportunamente su información. Debe tomarse en cuenta, además, para su correcta interpretación, lo siguiente: el costo por alumno no traduce una realidad concreta, puesto que de escuela a escuela, en una misma Institución, es mayor o menor según la profesión o estudios a realizar; e igual variación influye de unas a otras de las instituciones consideradas, según número y calidad de otras actividades universitarias no escolares, como investigaciones, extensión universitaria, servicios editoriales, etc., a las cuales se aplican renglones de gastos considerados en el presupuesto general de egresos, del que se obtuvo, por razón sólo al número de alumnos, el mencionado costo. El valor de los honorarios del profesorado debería estimarse no sólo por hora-clase al mes, sino también en función del número de escolares que concurren a integrar cada grupo en una cátedra.

Sería deseable aprovechar esta reunión de la Asociación de Universidades para una recolección de datos más amplios y precisos; pero, a falta de la misma, se proporciona la información hasta ahora obtenida.

*** CUADRO ESTADISTICO DE LA SITUACION ECONOMICA DE LAS UNIVERSIDADES E INSTITUTOS DE ENSEÑANZA SUPERIOR DE LA REPUBLICA MEXICANA.**

Descontada la Universidad Nacional Autónoma de México, donde la participación del Gobierno Federal es de un 60%, en el resto de las Universidades e Institutos mexicanos, la Federación contribuye al sostenimiento de los mismos con un 20%, aproximadamente, de la suma total de gastos de estas instituciones; el resto proviene de las entidades federativas o de ingresos propios.

* El artículo original lleva anexo un cuadro estadístico, que se ha suprimido en esta edición.

El profesorado universitario está remunerado, salvo excepciones muy notorias, con sumas irrisorias para la clase de actividades que desempeña, lo cual impide su plena dedicación a ellas o implica la miseria si depende económicamente de las mismas. Tómese en cuenta que predomina un pago de cinco pesos por hora-clase, a lo cual ha de agregarse los efectos de la devaluación monetaria.

Por lo menos el 80% de los egresos universitarios y en muchos casos el total, apenas basta a cubrir los sueldos y honorarios del personal administrativo y docente, sin que haya lugar para mejoras, adquisiciones y renovación de edificios, equipos o laboratorios. Esta interpretación procede de datos complementarios que no aparecen en el cuadro, pero también surge de este mismo por el regular aumento o disminución de los honorarios del profesor según el correspondiente presupuesto de egresos, lo cual indica que este último es una función casi exclusiva de la retribución fijada y del número de horas clases impartidas en la institución al total de su alumnado.

ANTECEDENTES:—Estos problemas no son nuevos en el seno de la Asociación. En Oaxaca y posteriormente en Hermosillo, Sonora, fué abordado el capítulo económico. En la población últimamente citada, se aprobaron diversas resoluciones que pueden ser reiteradas en esta ocasión. Valga, sin embargo, la observación de que no se hizo una consideración vigorosa respecto al papel que le corresponde al Gobierno Federal en la resolución de nuestros problemas, sino que todo el esfuerzo se enfocó, antes bien, a una mayor asistencia económica de las entidades federativas lo cual debe ser reconsiderado en su justa proporción.

En efecto, la Federación recauda el 80% del total que paga el contribuyente mexicano; y no es posible que dentro del 20% restante, el cual constituye la Hacienda Pública de las entidades federativas, se sostengan todas

las Universidades e Institutos de la provincia. No es el caso tampoco de discutir la situación de la Universidad Nacional, que obtiene más de la mitad de sus ingresos de la Secretaría de Educación; sino, por el contrario, reclamar en acción conjunta con la Casa Mayor una aportación más alta y adecuada para todos.

En la convención de Sonora se habló de un plan nacional de arbitrios universitarios y es conveniente insistir en esta idea, que ha de ser la clave fundamental para plantear y resolver la situación. Mas, antes de abordar en forma positiva aquello en que deba consistir tal plan o programa, conviene fijar algunas posiciones en torno a medidas y procedimientos que habrían de aconsejarse como recursos viables, aunque ya experimentados como parcialmente eficaces, u otros que serían inconvenientes y hasta utópicos.

LA UNIVERSIDAD COMO EMPRESA:—Entre los últimos debe contarse la idea de que las Universidades hayan de tener un patrimonio propio generador de todos los elementos económicos para su subsistencia. Esta constitución patrimonial fué válida para una época en que la tierra y los capitales impuestos sobre la misma representaron la forma más avanzada de la empresa como unidad económica. En nuestro tiempo habría que pensar en una Universidad inversionista en acciones o valores, o sea, estrechamente vinculada a los negocios industriales y comerciales. La inconveniencia de tal situación —si además fuera hacedero improvisar el cuantioso patrimonio requerido para sostener a nuestras Universidades por este procedimiento—, deriva de la desviación inevitable a que se sujetaría la Universidad en su misión y libertad académicas, por atender a los factores de gestión lucrativa que privan en aquella clase de actos.

INICIATIVA PRIVADA:—La iniciativa privada constituye, sin duda, una fuente eventual de recursos universitarios, la cual apenas se empieza a explorar sus posibilidades y efectos. Los donativos particulares aisla-

dos o sistematizados en un Patronato, son relativamente nuevos en nuestro medio económico y social. Por ello mismo su aportación ha sido más bien escasa. La U. N. A. M. se ha beneficiado algo por este medio; y Sonora parece deber su principal impulso constituyente a la iniciativa de un grupo de hombres de negocio. Nuevo León ha hecho una experiencia interesante y valiosa con la fundación de un Patronato Universitario, que ha contribuido en cerca de un millón de pesos a su rehabilitación económica, con mejoras y adquisiciones de equipos y bibliotecas; y que, por último, ha asumido la responsabilidad de edificar la Ciudad Universitaria.

A pesar de todo ello, lo que deba esperarse de la iniciativa privada tiene que contenerse en los siguientes límites:

Una participación limitada o marginal en la economía universitaria, que se oriente de preferencia al enriquecimiento del patrimonio permanente de la institución, pero no a suplir gastos de mantenimiento.

El monto de las aportaciones por este concepto será más bien por debajo de las necesidades efectivas, dado que el medio económico y social mexicano, no tiene el número y cuantía de fortunas privadas susceptibles de transformarse por donación en un gran patrimonio universitario. Por lo demás, aún países como Norteamérica, en que los grandes acaudalados acudieron a la fundación y sostenimiento de Universidades, confrontan el problema de proveer por subsidios del Estado a remediar los presupuestos deficientes de aquellas fundaciones universitarias de origen privado.

Finalmente, si supusiésemos vencidas tales limitaciones de índole económica, resta la objeción de que las Universidades no deben quedar dependientes de los negocios o de la riqueza privada, dado que a éstos corresponden finalidades legítimas pero parciales de la comunidad, mientras que la institución universitaria es un patrimonio cultural de la sociedad entera y refleja, por tanto, el orden del Estado con su interés público.

PRESUPUESTOS PUBLICOS:—Por limitación o por exclusión de los anteriores, queden como recurso fundamental de la economía universitaria los presupuestos públicos, bien de las entidades federativas, bien del Gobierno Federal; en uno y en otro caso, cualquiera que sea la técnica fiscal empleada al respecto: subsidios, afectación de impuestos especiales o asignación de una participación en el monto total de contribuciones a pagar, etc.

Hemos visto en capítulo anterior, que las entidades federativas llevan, en términos generales, un 80% de la carga del servicio público de la educación universitaria, con la notoria excepción de la U.N.A.M., que no por ello ostenta una condición económica bonancible en sus gastos de mantenimiento; y también hemos observado que la aportación del contribuyente mexicano va a parar al tesoro federal en su mayor proporción, con sólo un 20% para la hacienda pública de las entidades federativas.

Lo menos que se le ocurre pensar a cualquiera ante esta situación, es que el Gobierno Federal debe igualar, por lo menos, su aportación a las Universidades de provincia con la suma que éstas reciben de los gobiernos locales; y en el caso de la U.N.A.M., que sea la Administración pública del Distrito Federal la que tome a su cargo una responsabilidad similar que hasta ahora ha diferido.

CARACTER PUBLICO Y NACIONAL DE LA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA:—Este tratamiento, por lo demás, no es arbitrario, pues tiene su fundamento en la naturaleza misma del servicio que prestan todas las Universidades e Institutos Mexicanos de cultura superior y que, si no se les ha negado de plano, los hechos indican que se desconoce o se ignora; es la naturaleza pública y nacional del servicio de enseñanza a que están destinadas. Bajo un criterio caduco, se limita, a menudo, la obligación del Estado a la impartición de la enseñanza en sus niveles inferiores; aunque el desarrollo de la primaria y posteriormente de la secundaria es el impulso

mismo que, primero, ha conducido al establecimiento de centros de educación superior y, segundo, del cual proceden los problemas que estas Instituciones confrontan por el crecimiento de su población escolar.

Nadie podrá ahora plantear el problema educativo de una Nación con sólo referirlo a una de sus fases, la enseñanza elemental. La educación es el proceso íntegro o no es nada. Las fases superiores están implicadas en las mínimas y éstas sólo adquieren su verdadero sentido en función de los objetivos más altos.*

ESTUDIO ECONOMICO:—Un programa económico en consonancia con estas ideas, debe ser el resultado de una planeación nacional, orgánica, que combine en justa proporción los recursos locales y federales, así como la acción de la iniciativa privada y la contribución de los propios universitarios. Se han de considerar en esta planeación, los siguientes capítulos:

I.—PATRIMONIO UNIVERSITARIO FIJO.

- a).—Edificios. - Ciudad Universitaria.
- b).—Instalaciones.
- c).—Equipos y bibliotecas.
- d).—Mejoras, adquisiciones y conservación de elementos.
- a).—Ingresos: - Subsidios o contribuciones; donativos; propios, productos y aprovechamientos.

II.—PRESUPUESTOS.

- b).—Egresos: Sueldos y honorarios; publicaciones; obras y servicios.

* La vigente Ley Reglamentaria del Art. 3º Constitucional reconoce este principio; pero, es muy imprecisa en la organización del sistema nacional de la educación universitaria.

GESTIONES INMEDIATAS:—La gestión más inmediata, por la urgencia de remediar la grave situación de penuria existente, es el aumento en los subsidios federales, que se conceden por conducto de la Secretaría de Educación Pública. Las peticiones mínimas, formuladas por las propias Universidades e Institutos se consignan a continuación.*

PROGRAMA NACIONAL:—Las medidas recomendadas no deben limitarse a resolver las necesidades actuales y más urgentes, sino que habrá de pugnarse por la realización de un programa nacional con las siguientes bases:

I.—Incorporación a la Constitución General de la República de una norma que establezca el servicio nacional de la enseñanza superior y universitaria, a cargo de la Federación y de las entidades federativas, bajo una organización que reconozca la autonomía jurídica de las instituciones correspondientes y provea a su sostenimiento con fondos públicos bastantes para el desempeño de su misión.

II.—En el mismo precepto constitucional o en su ley orgánica, la determinación de un programa nacional de arbitrios que se sujete a los siguientes lineamientos:

a).—Asignación directa de partida presupuestal en las Leyes de Hacienda Federal, o locales, incluso el Departamento del Distrito Federal, de un por ciento fijo de los egresos totales para los gastos de sostenimiento de las Universidades e Institutos de enseñanza superior; que las respectivas tesorerías entregarán directamente a estas instituciones, sin intervención de otra dependencia administrativa, salvo de la que se establezca para la inspección y vigilancia del correcto manejo de los fondos.

b).—Afectación única y exclusiva del rendimiento total de los impuestos federales y locales sobre herencias y

* En esta edición se ha suprimido la lista de peticiones, que contiene el original.

legados, a la constitución de un patrimonio nacional universitario dedicado a realizar inversiones inmobiliarias, mejoras permanentes y adquisiciones de equipos y laboratorio para fines universitarios.

III.—Creación por el mismo texto constitucional o su ley orgánica, de un Consejo Nacional Universitario integrado por las propias Universidades e Institutos de educación superior, encargado de promover y cuidar que se realice el programa nacional de enseñanza superior y universitaria de la República Mexicana.

EL PATRONATO UNIVERSITARIO DE NUEVO LEON.

La idea de un Patronato Universitario no es una novedad en el Derecho positivo mexicano. Antes que Nuevo León, la Universidad Nacional de México incorporó una entidad de esa índole a sus órganos de gobierno; y la Universidad de Sonora, en algún tiempo, hizo otro tanto. El carácter de novedad que haya de encontrarse en el Patronato Universitario de Nuevo León, radica, pues, en el modo de ser incorporado a nuestro medio social y educativo.

Conviene sin embargo hacer algunas consideraciones sobre la idea misma, la cual transparenta su sentido a través de la denominación de la Institución, en su significado de preocupación y solicitud por una obra o Institución. Quien patrocina algo, una empresa en sentido moral o económico, asume la responsabilidad de velar por la prosperidad de la idea y el buen éxito de los esfuerzos encaminados a realizarla.

Las Universidades recibieron su carta de fundación del Estado o de la Iglesia, que actuó en muchos sentidos con funciones análogas a las de aquél. Sin embargo, la historia de estas Instituciones consagra algunas excepciones, de las cuales son las más notables, sin duda, las Universidades fundadas por la iniciativa privada en Norteamérica.

En aquellas Universidades privadas, los actos de fundación y los donativos que acrecentaron su patrimonio dieron origen a Consejos de Patrones llamados "trustees", encargados de la administración y la correcta aplicación de los fondos pecuniarios a las finalidades educativas. Algunas Universidades estatales se han organizado a la manera de aquéllas y cuentan con Consejos independientes de la vida académica, dirigidos a la administración del patrimonio y con facultades para promover y aprobar los programas financieros de la Universidad.

Las Universidades mexicanas existentes se organizaron o se reorganizaron en este siglo, siguiendo en líneas generales el modelo de las instituciones europeas, donde predominó el origen estatal o eclesiástico de su fundación. De ahí, que sus estatutos las hayan proveído de un órgano de gobierno, académico y administrativo a la vez; de cierta autonomía; y de personalidad jurídica. Se reserva el Estado el papel de proveedor de los recursos económicos.

En realidad la autonomía universitaria a que llegaron las Universidades mexicanas no se obtuvo desde luego, sino que fué el resultado de un proceso de pugna de sus maestros y estudiantes con el Estado, que se llevó al cabo en el segundo cuarto de este siglo. Originalmente la relación de los establecimientos de educación superior con la Administración Pública, fué de estrecha y cerrada subordinación al Estado. Sólo como resultado de aquella lucha se realizó la idea de la libertad académica y de la personalidad jurídica de la Universidad. En el ámbito económico, la idea autonomista ha tenido logros precarios porque el Estado ha seguido siendo el proveedor único de los limitados recursos universitarios.

La autonomía completa, esto es, la satisfacción de todas las necesidades de la Universidad por sí misma, aún las de índole económica, parece difícil en una sociedad de producción industrial y de riqueza monetaria y mercantil con un régimen de liberalismo social y económico.

La idea de autonomía puede desviar la trayectoria de las Universidades, si con pretexto de ella se despierta el interés por mezclar la institución a conflictos políticos. Problemas que tienen su propia esfera de decisiones, se trasladan al interior de la casa y provocan agitaciones en las aulas universitarias. La autonomía se transforma entonces en una activa participación en los más inmediatos y minúsculos quehaceres de la vida política; y puede llegar hasta comprometer la libertad académica de la Universidad en la sujeción de sus actividades a la dinámica de los acontecimientos políticos.

El Profesor Georges Scelle, de la Facultad de Derecho de París, en la primera Conferencia internacional celebrada en Utrecht el mes de agosto de 1948, produjo los siguientes conceptos:

"No hay ningún sistema tipo capaz de asegurar de manera óptima la libertad de la enseñanza superior. Cada pueblo tiene, al respecto, su particular modo de ser. Los sistemas se pueden reducir a tres tipos principales: el inglés, el americano y el tipo continental europeo".

"El sistema inglés prescinde de la enseñanza superior como servicio público; lo que, en realidad, no es un panacea: la enseñanza puede ser sierva, como la prensa y la propaganda si está sujeta al poder del dinero, a los dogmas confesionales y aún al propio conformismo. El servicio público, por el contrario, puede ser descentralizado y autónomo. La combinación de la iniciativa privada y de la autonomía en el seno del servicio público es susceptible de realizar un equilibrio armonioso".

"El tipo americano no está federalizado; deja a los diversos Estados y a la iniciativa privada la responsabilidad de la instrucción superior. Sin embargo, hay algunas excepciones a esta situación general...".

"El tipo europeo continental, con diversas modalidades según los países, representa un sistema de Estado centralizado para la enseñanza superior. El personal de las Facultades, aparte de un corto número de instituciones privadas, está integrado por funcionarios de Estado".

"De manera general se puede decir que, cualquiera que sea el sistema tipo, la libertad de la enseñanza superior implica: a).—la autonomía jurídica de los establecimientos; b).—la autonomía de la enseñanza, del reclutamiento y de la disciplina; c).—la autonomía individual y la seguridad del profesor".

"En ningún caso, el control o la intervención del Estado puede ser completamente excluido. La autonomía jurídica, financiera y material, encuentra su expresión en

la personalidad moral del establecimiento, que puede ir hasta una especie de corporativismo...".

Siguiendo el curso de estas ideas, veamos cuál es la situación que guarda, al respecto, la Universidad de Nuevo León. Es una corporación pública que ejerce las funciones del Estado en materia de educación superior (servicio público descentralizado); está dotada de personalidad jurídica, con patrimonio propio (artículos 1o. y 2o. de la Ley Orgánica de la Universidad de Nuevo León).

Según el mismo profesor Scelle, "la autonomía del profesorado se traduce por el libre reclutamiento de las propias Universidades. Es la Venia Legendi o Docendi de las Universidades alemanas". Entre nosotros, corresponde al Consejo Universitario la elección de los profesores de las diversas Facultades o Escuelas. Los Directores son propuestos por el propio Consejo, en terna, al Poder gubernamental (Art. 24); sólo el Rector es nombrado directamente sin proposición de órganos académicos, por el Gobernador del Estado (Art. 16). Compete al Consejo la elaboración de los Reglamentos escolares, con normas disciplinarias, programas de estudio, organización de cursos y actividades académicas. (Art. 12 de la propia Ley). Toca también a este Cuerpo, la administración del patrimonio universitario (Art. 36). En síntesis, salvo la intervención del Poder Público en los momentos del nombramiento y renuncia de los principales funcionarios universitarios, la Institución goza de libertad para su funcionamiento interno.

La vida económica de la Universidad, en cambio, está sujeta a realidades de diversa índole. En primer lugar, depende de las asignaciones que le son concedidas por el Congreso del Estado en Ley de Hacienda, la cual fija cada año por partidas las retribuciones de los cargos universitarios; por tanto, el presupuesto universitario tiene su origen en un acto legislativo y no de orden administrativo estatal. La Universidad percibe, además de las asignaciones del Estado, cuotas escolares y un subsidio de Gobierno Federal, lo que constituye la materia propia en que ejerce sus facultades administrativas.

En segundo término, los recursos económicos para el sostenimiento de la Universidad, siendo ya deficientes desde siempre, han sufrido mengua de consideración, a través de fenómenos económicos como el de la depreciación monetaria, ya que si se destinan las mismas o muy parecidas sumas, a cubrir renglones con costos más elevados cada vez, hay un real empobrecimiento de la Institución. Si a ello se agrega el movimiento de expansión que se registra desde hace cinco años en la población escolar, se tendrá el esquema de la situación financiera de la Universidad.

Estimaciones conservadoras han fijado para nuestro País un gasto de mil doscientos pesos anuales por alumno, en instituciones de educación superior, si éstas han de mantener un decoroso nivel de servicios. Acomodada esta cifra a la población de la Universidad de Nuevo León, significaría en el presupuesto un total de seis millones de pesos aproximadamente. La tercera parte de esta cifra es, en la actualidad, el gasto ordinario de operación de nuestra Casa de Estudios; el resto, se cubre con la buena voluntad de los maestros universitarios y la inevitable deficiencia de edificios, instalaciones y equipos.

Tal situación influyó de manera indudable en la creación del Patronato Universitario. En la exposición de motivos que precedió la iniciativa de Ley, el Ejecutivo del Estado se expresó en los siguientes términos:

"...debemos reconocer que la magnitud de las necesidades económicas de la Universidad, sobrepasa con mucho las asignaciones que le destina el Estado; y que esta desproporción se acentúa cada vez más, tanto por el creciente aumento de la población universitaria, como por la legítima aspiración de sus autoridades y maestros, de proporcionar sus servicios con recursos técnicos y económicos adecuados para el cumplimiento de su misión..."

No era bastante, sin embargo, reconocer estos hechos y no hacer nada para remediarlos. La vía de mayores asignaciones a la Universidad por parte del erario del

Estado es de muy estrecho cauce, ya que sinnúmero de obras y servicios a cargo del Poder Público reclaman su atención por igual y la concurrencia de idénticas exigencias sobre el mismo fondo limita considerablemente las posibilidades de progreso financiero de la Universidad.

Sin disminuir un ápice el deber y la responsabilidad del Estado, queda el recurso de acudir a las fuentes de la riqueza privada. El problema más difícil a resolver, una vez que se ha despertado simpatías por esta idea, consiste en la fórmula adecuada a la conjugación de los extremos que participan de la situación: por una parte, el carácter público, la personalidad jurídica de la Universidad, su libertad académica y administrativa; y por otra, articular un sistema de normas adecuadas a una actividad de índole privada, con garantías para la recolección y aplicación de los recursos obtenidos.

El planteamiento de la cuestión en los términos anteriores, contiene en gran parte la resolución de la misma. Podría, en efecto, haberse pensado erróneamente en reformar la Ley Universitaria y poner un Consejo de patronos (trustees, a la manera norteamericana) al frente de la gestión administrativa universitaria; o bien, articular este órgano financiero a otros de índole universitaria, pero hacerlo derivar del propio consejo Universitario (Ley de la U.N.A.M.).

Tales fórmulas fueron desechadas, afortunadamente. La primera, porque repugna al principio de autonomía y libertad universitaria, ya que, según dice el profesor Scelle, las Universidades pueden ser siervas no sólo del Estado, sino de otros poderes contenidos en la vida social. Y si el esfuerzo realizado para limitar la intervención del Estado en asuntos académicos, había sido fundado en la experiencia y sus logros estaban reconocidos en Derecho tras de un penoso proceso de pugna, no era recomendable reincidir en esa etapa superada aunque ahora frente a otros poderes.

La creación de un Patronato Universitario a la ma-

nera de la U.N.A.M., resulta ineficaz, porque un cuerpo de tal especie, originado en el propio Consejo Universitario, no conjuga ningún interés privado y es una redundancia, ya que duplica innecesariamente los órganos de gobierno, Consejo y Patronato, cuyas funciones tienden a confundirse en materia administrativa sin provecho alguno.

La fórmula de la Ley de Nuevo León es más justa y equilibrada: deja a cada institución en su sitio, con su propia naturaleza, gobierno y estructura y sólo las hace coincidentes en una finalidad común. "La estructura de la Universidad de Nuevo León —dice el Ejecutivo en la iniciativa de Ley— se deja intacta, a fin de que su régimen pedagógico, administrativo y patrimonial se mantenga en manos de los propios universitarios".

Así, pues, la primera consideración que se impone al examinar el Patronato Universitario de Nuevo León, es que esta nueva institución no añade ni modifica órganos de gobierno ni normas universitarias. Es una corporación con personalidad jurídica, cuya finalidad radica en la integración de un patrimonio a beneficio de la Universidad de Nuevo León. (Art. 1o.). La función patrimonial constituye, por ende, la esencia de la nueva institución; sin que esta función duplique la propia universitaria, pues se ha distinguido entre el patrimonio de la Universidad y el que haya de integrarse por el Patronato; uno y otro, coincidentes al final por su aplicación a beneficio de los servicios universitarios. Se ha previsto, a este último efecto, que las aplicaciones patrimoniales que realice el Patronato en la Universidad, se harán de común acuerdo según programas trazados de antemano entre ambas instituciones (Art. 1o., inc. a y b).

Determinada la naturaleza del Patronato como función patrimonial, esta Institución bifronte ofrece notas de índole pública frente al Estado y a la Universidad; y otras del campo del Derecho privado, si es que tal situación cabe en una corporación pública.

Veamos:

I.—En relación con el Estado:

a).—El carácter público de la institución (Art. 1o.). No obstante la índole privada del origen de los miembros del Patronato, la condición adjetiva que guarda esta corporación respecto de la Universidad le imprime la naturaleza pública de esta última.

b).—La conservación íntegra de la función patrimonial propia del Estado respecto a la Universidad, a la cual el Patronato no sustituye ni elimina. El Estado seguirá siendo la fuente económica fundamental de aquélla, a efecto de lo cual los actos de recolección de fondos a obtener por el Patronato están dirigidos a canalizar recursos particulares, ahí donde no tienen acceso el Estado o la Universidad. (Art. 2o.)

c).—Es un caso de descentralización administrativa; en esto, análogo a la situación de la Universidad, sólo que mientras ésta lo es por razón de servicio, el Patronato por colaboración.

II.—En relación con la Universidad:

a).—La exclusividad patrimonial de los actos del Patronato:— Esta consecuencia procede de la naturaleza de la Institución y de los preceptos positivos de la Ley que creó el Patronato, en la cual no se le otorgan facultades de intervención en la vida académica de la Universidad; así como de la Ley Orgánica de esta última, que no incluye al Patronato Universitario entre sus órganos de gobierno.

b).—La función patrimonial, con carácter de suplementaria de los bienes y recursos que por sí obtiene la Universidad.

c).—Accesoriamente, el Patronato puede obrar como agente financiero de la Universidad cuando ésta lo solicite y como gestor de negocios de la misma ante toda clase de entidades públicas. (Art. 9o.)

d).—La Coordinación de Universidad y Patronato, en la aplicación de los recursos obtenidos por el primero (Art. 9o.)

III.—Desde el Campo del Derecho privado:

a).—El Patronato Universitario aparece en tanto recibe bienes y recursos que son puestos a su cuidado por actos múltiples, simultáneos y sucesivos de donaciones particulares, como una especie de fiducia institucional, sólo que en el papel activo de promotor patrimonial para una institución de educación superior.

La estructura del Patronato es bien sencilla: está compuesta por dos órganos colectivos: el Consejo General formado de veintidós personas, que es una Asamblea Consultiva encargada de establecer las bases generales de la gestión (Art. 7o.); y de una Comisión Ejecutiva que tendrá la representación y administración de la Corporación y la ejecución de sus programas de trabajo (Art. 7o.). La Comisión deberá rendir y publicar las cuentas anuales de su gestión (Art. 11). El Patronato tiene su domicilio en Monterrey, pero puede establecer delegaciones en cualesquiera poblaciones de la República. Los bienes colectados por el Patronato Universitario están afectados a beneficio de la Universidad de Nuevo León (Art. 3o.); es nula, la desviación de su objeto (Art. 4o.), y la desafectación de inmuebles requerirá decreto del Congreso del Estado (Art. 5o.).

Con vista de todo lo anterior resultan algunas consideraciones finales respecto de la institución analizada, a saber:

El Patronato puede actuar y ya lo ha venido haciendo el de Nuevo León, en forma benéfica al margen de los modos sustantivos universitarios. La creación de bolsas para estudios en el extranjero o en la propia Nación, la prestación de servicios publicitarios, la promoción de obras que incrementarán el patrimonio universitario con bibliotecas, laboratorios, campos deportivos y otras mejoras, señalan un amplio margen a la acción social de esta

institución. Es posible y se ha logrado conciliar esa actuación del Patronato, con el respeto que se debe a la libertad académica de la Universidad. Esta creación de articulaciones entre Universidad y vida social es una fase, en la realización de una idea mucho más amplia que la concepción autonomista en cuanto se concibe a esta última como un mero programa de pugna. El Estado es, a fin de cuentas, la representación jurídica de la sociedad; y la Universidad no puede fincar permanentemente su personalidad en un proceso de política, sino en una participación cada vez más eficaz y responsable en la formación histórica de la Nación mexicana.

REVISTA DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES. No. 1. Año 1.
Monterrey, N. L., octubre de 1952.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL BACHILLERATO MEXICANO*

La Universidad de Nuevo León tiene implantados los siguientes Bachilleratos:

Derecho y Ciencias Sociales.
Ciencias Físico Matemáticas.
Ciencias Biológicas.
Ciencias Físico Químicas.
Bachillerato Técnico para Ingeniería Mecánica y Eléctrica.

La multiplicidad de bachilleratos de que se hace relación anteriormente, puede reducirse a dos tipos fundamentales: uno de letras y el otro de ciencias, con sub-especies correspondientes a las diversas carreras profesionales en que desembocan estos últimos.

Tal situación tiene su fundamento en la idea de que el bachillerato constituye la preparación específica para una enseñanza profesional. Frente a tal noción hay la idea de que ese ciclo represente una instancia autónoma, única, de la educación universitaria. Puntos en que radica a nuestro parecer, toda la significación del debate entre un bachillerato único, dos o múltiples, aquél organizado con base en las humanidades y los últimos apoyados en disciplinas científicas.

Bajo esta fórmula de presentación del problema se reproduce la secular polémica del clacismo y la modernidad, trasladada del terreno ideológico al campo de la enseñanza superior. En otro aspecto, es la discusión entablada entre la formación humanista y la de tipo científico, como ideales optativos de la educación contemporánea.

Esta disputa tiene también antecedentes históricos con

* Esta Ponencia fue presentada por el Sr. Lic. Raúl Rangel Frías, Rector de la Universidad de Nuevo León, en el Congreso de la Asociación Nacional de Universidades, que se reunió en la ciudad de Guadalajara, para tratar el problema del Bachillerato.

características propias, en la organización educativa de México. Bastará recordar muy someramente los intentos de reforma a la enseñanza escolástica de parte de los cartesianos, bajo el propio régimen colonial. Posteriormente, las primeras tentativas del movimiento liberal, que cuajaron en las postrimerías del siglo XIX con la organización de la educación primaria, secundaria y preparatoria, bajo el influjo de las ideas positivistas. Tales propósitos iniciales, y su definitiva consagración, estaban inspirados en un ideal científico renacentista y lograron imponerse a aquel tipo de educación que, mezclado con prejuicios de índole social y con tendencias religiosas, era de filiación clásica o humanista.

Desde estos remotos antecedentes ha seguido desplazándose bajo fórmulas diversas, reproduciéndose en el fondo la misma cuestión educativa, independientemente de las implicaciones sociales o políticas de la respectiva tendencia, un problema siempre candente que no parece tener una resolución definitiva en el terreno histórico: son las lenguas clásicas, los autores latinos y griegos, los filósofos, las obras de arte de Grecia y Roma y los historiadores de esas grandes culturas, quienes deben informar la educación de la juventud? A cambio de un culto refinamiento deberá preferirse instruir a la juventud en las disciplinas científicas, para adiestrar su capacidad técnica y de servicio social?

En el terreno de las realizaciones históricas, México como otros países ha ido superponiendo un ideal al otro, sin resolverse de una manera tajante por cualquiera de los extremos. Aún el positivismo mantuvo asignaturas que se injertaron en las disciplinas científicas como un recuerdo, un homenaje o quizá una prolongación de los ideales humanísticos. Tal es el caso de los estudios griegos y latinos, la literatura y las disciplinas de índole filosófica.

Por otra parte el positivismo pudo lograr esa solución mezclada de Ciencias y Humanidades, a causa de la secreta inspiración de su doctrina en la religión de la humanidad, los ideales patrióticos y el valor de la inteligencia

como móvil del progreso humano. Tuvo a su favor quizá la realidad social y política de México que dio oportunidad de forjar una institución prácticamente desaparecida en nuestros días o sea la Escuela Preparatoria, donde graduó la enseñanza post-primaria y pre-universitaria en un ciclo educativo hasta cierto punto integral, claro y preciso.

El principal factor que contribuyó al éxito de esa enseñanza preliminar de los estudios universitarios, fué el carácter limitado de estos últimos a un grupo reducido de profesiones principalmente las llamadas liberales, sobre las cuales había una corta afluencia social, favorable a la lenta absorción de los conocimientos por parte de los jóvenes, procedentes de la clase media mexicana en incipiente evolución social y política.

Conviene señalar este cuadro de circunstancias ambientales en el éxito de la preparatoria de tipo positivista, para no incurrir en el error de repetir bajo circunstancias diversas un modelo que en las condiciones actuales puede ser caduco.

Ahora, en forma muy limitada hagamos la enumeración de los hechos que condicionan la actual enseñanza universitaria:

1o. Un enorme superávit de población escolar que independientemente de los recursos pobríssimos de nuestras instituciones, impone eso que ha dado en llamarse en términos económicos un fenómeno masivo. Esto es, la Universidad actual tiene que enfrentarse con enormes masas de estudiantes, sujetas a una inestabilidad psicológica y política, que no se ha conocido anteriormente.

2o. El fenómeno condicionante del anterior es la enorme transformación operada en las bases de la Sociedad mexicana que, a la par con sus mutaciones económicas y políticas, ha engendrado fuerzas que hacen estallar la antigua estructura universitaria. Así, tenemos:

La creciente exigencia de expansión en el cuadro

de las profesiones reconocidas, para adaptarlas a las urgencias de transformación social que operan en el exterior. No sólo se abren nuevas escuelas o Facultades, sino que las que ya existen se desgajan en especialidades cada vez más concretas y limitadas.

Una presión creciente sobre la enseñanza para reducir y hacer más útil la temporada de estudios. Jóvenes que pasan largos años en las aulas universitarias y que a la postre salen retrasados con respecto a las urgencias técnicas y económicas de la sociedad.

La existencia de un ciclo de enseñanza post-primaria desgajado de la antigua Escuela Preparatoria (sus primeros tres años), que ha absorbido por sí sola la tarea de la formación del adolescente en un sentido educativo integral, que ha desplazado los objetivos del Bachillerato.

Tales condiciones determinan los rasgos más salientes de la Universidad mexicana actual y son:

La orientación profesional de sus enseñanzas.

La super-población escolar.

La selección profesional abandonada al juego de las fuerzas individuales y sociales, donde la vocación juvenil tiene una débil influencia.

Tal conjunto de circunstancias prefiguran de una manera eficaz, sea o no muy deseable su influjo, las direcciones y estructura de la enseñanza universitaria.

Para ilustrar el concepto de que se trata, bastaría formularnos la siguiente interrogación: Un ideal clásico de educación puede satisfacer la doble exigencia de una sociedad que demanda elementos de transformación técnica; y la de una masa estudiantil deseosa de encontrar un acomodo en los cuadros productivos de la vida mexicana? Como norma general y patrón universal, la respuesta es negativa indudablemente.

Cuando las necesidades de dirección social de un pue-

blo las tenía encomendadas una minoría selecta, cuyo bienestar económico estaba garantizado de antemano, la juventud que se entregaba al aprendizaje de las lenguas y cánones clásicos, podía y debía recibir esos estudios con toda la fina selectividad que ellos exigen, la tranquilidad y el bienestar que los rodea y la lenta apropiación a través de la cual se perfeccionan.

Imponer el modelo de Bachillerato clásico en la actualidad de un mundo sujeto a gran velocidad de cambios, es para la generalidad de los jóvenes una exigencia contra la naturaleza de la vida y, en consecuencia, inoperante en la práctica.

Si por otra parte quisiésemos establecer un Bachillerato único a base de las disciplinas científicas, cometeríamos también un grave error. Precisamente, una de las consecuencias de la transformación científica ha sido derrocar el ideal de validez universal para varios o alguno en particular de los principios que les sirven de fundamento.

Las matemáticas no pueden ostentar ya y aún menos esa generalidad de conocimientos que se llama la Física, la representación única de la Ciencia.

En cuanto haya sido aceptado el principio de conformación del Bachillerato a una orientación científica, será difícil concebir un tipo único, de cuyo modelo universal han de brotar las técnicas correspondientes a la diversidad de profesiones. Qué hacer en consecuencia?

Antes de dar respuesta a esta temerosa interrogación, hagamos una breve y última consideración respecto del problema del humanismo y la técnica. Frecuentemente se les ha mostrado como adversarios irreconciliables, como fuerzas enemigas en que cada una de ellas opera la destrucción de su contrario. Tal concepción oscurece el problema y es en buena parte responsable de que nos enredemos en disputas de palabras estériles y vagas.

Si el humanismo se concibe a la manera de un cuer-

po de doctrina, depositado en urnas sagradas e inmutables, donde se guardan las lenguas clásicas y el conocimiento minucioso y erudito de Grecia y Roma, es indiscutible que la reconciliación no puede conseguirse con los estudios hechos sobre las Ciencias exactas y naturales. Sólo que se ha cometido la equivocación de considerar que eso sólo es humanismo, sin reparar por otra parte que muchos de los que se dedican a esos estudios no hacen sino Ciencia aplicada a un objeto histórico, el cual han reducido previamente a la inercia por no decir a la condición de un cadáver.

Es curioso observar que el humanismo de esta especie se transforma en erudición filológica; y ésta a su vez se mira convertida en una ciencia que reproduce, o trata de reproducir por lo menos, la exactitud de observación, las técnicas de investigación, el espíritu inductivo y los procedimientos de análisis y comparación propios de las Ciencias Naturales. Tras de todo ello, lo que ha quedado de humanismo es sólo la superficie exterior del objeto, que no tiene mayor vida que la propia de los insectos clavados por el alfiler del entomólogo.

Frente a este humanismo arcaizante y archivista, ha habido en todo tiempo otro ideal del mismo nombre, que puede y debe reconciliarse con las tendencias científicas y técnicas de la vida moderna. Otro espíritu humanista que favoreció en su tiempo la síntesis cristiano-helenista de la época medieval o la forma acuñada por el Renacimiento entre la Ciencia y los clásicos. Un Humanismo que está más en el acto que en el contenido determinado de las materias a saber.

Así como hay una tecnología de las Humanidades, se da el caso de un humanismo de la Ciencia. Ello no sería posible si una y otra posición no admitiesen conciliación. Quiere decir que ni la ciencia ni el humanismo se caracterizan por la exclusividad de sus objetos, en cuyo caso sería imposible super-poner una forma a la otra. Más bien parecen coincidentes en un propósito común,

a saber: dar al hombre los medios necesarios para realizar la vida común e individual, en plena posesión de los goces supremos de la verdad, de la belleza y del bien.

Los antiguos no hubiesen concebido un humanismo sin ciencia, por ser monstruosa para ellos la existencia de una ciencia enemistada del hombre. Debe parecernos a nosotros igualmente inaceptable una ciencia sin humanismo, a menos que se tome por este último una forma de saber que desdeñe las urgencias más inmediatas de la vida contemporánea.

En la raíz de toda educación existe el humanismo. Sin este mal puede concebirse la intención pedagógica, la búsqueda de la verdad y la transmisión organizada de los conocimientos a través de la Universidad.

A título de la discordia entre las letras y las ciencias no deben desdeñarse el carácter formativo, estructural de la esencia humana que aquellas representan, ni el contenido de verdad y eficacia que contienen las últimas.

Si ello es así se desvanecen muchas sombras que oscurecen el problema del Bachillerato y de la Educación Secundaria, también. Perseguiamos a través de esta polémica un fantasma, sin dar un solo golpe a la realidad que engendra el verdadero problema.

Plantear con toda claridad y corrección la cuestión que nos embarga, aún cuando la salida sea remota nos ganaría comprensión, tiempo y amistades.

Cuál es el problema del Bachillerato mexicano? Será acaso que se están produciendo brillantes humanistas, en perjuicio del adelanto científico? O quizá, científicos y técnicos, desprovistos del sentido humano de la cultura?

No, se dirá conmigo. Lo que la mixtura de ambas concepciones nos arroja es un producto intelectual que sobre muy abundante es mediocre. Aceptemos la répli-

ca como buena y sigamos adelante nuestra indagación.

Qué principio ideal por sí sólo puede garantizar la excelencia de los productos? Acaso un Bachillerato único dos o múltiples, de Humanidades o Ciencias, constituyen patentes de infalibilidad? Tenemos en la República ejemplos de todas esas formas de enseñanza y no obstante la queja es universal y constante.

El problema que agita las Universidades mexicanas no está en los principios o fundamentos de la educación. Los programas de estudios son susceptibles de cambios más o menos radicales, en las asignaturas. Vale la pena que se haga el estudio correspondiente para atraernos algunas ventajas como la uniformidad y sistematización nacional de ese ciclo de la educación. Tras de lo cual, sin embargo, volverán la interrogación y el desencanto.

La mediocridad del Bachillerato Mexicano —y me atrevo a arrastrar con él la Secundaria— proviene fundamentalmente de dos factores:

La escasez de recursos humanos y técnicos, para atender el exceso de población escolar.

Y, como consecuencia, en parte de lo anterior:

La deficiente organización del trabajo intelectual.

Sería excesivamente largo detallar en prolija enumeración, todas y cada una de las condiciones en que se encuentra, bajo este doble aspecto, la enseñanza preparatoria. Dibujemos rápidamente y a grandes trazos un breve bosquejo de la escena.

Al ahogo físico de un reducido salón de clases repleto de adolescentes en plena ebullición de la vida, se suma la asfixia mental de una cátedra que languidece en la línea de menor resistencia, con exigir del alumno la lección memorizada de un libro de texto. Tras de los cincuenta minutos de rigor y un breve respiro, se vuelve a lo mismo, hasta llenar las horas reglamentarias del pro-

grama, cinco, a veces seis por día. Así, por meses, tirando a pasar el tiempo mientras llegan los exámenes.

Vienen éstos y el estudiante queda suelto, al fin, de la operación diaria. Puede optar por la dura disciplina de sorber de memoria innumerables páginas de cada texto; recurrir al engaño, tentar la suerte de una ficha —al momento de la prueba— o, en fin, desertar de los exámenes.

Muy pocos mantienen heroicamente una actitud de trabajo y curiosidad por sus estudios, en un ambiente que amodorra en el aula o invita, fuera de ella, al desorden y el estrépito en compensación de aquél.

Durante las clases no siempre asiste el profesor, afortunadamente. Otras suspensiones de labores proceden de diversos motivos, no pocas veces las huelgas estudiantiles. Los programas quedan truncos o se ven a la carrera para cubrir el expediente. Al final, la memoria, como única salvación del estudiante y escudo que protege al profesor.

Gabinetes de Física, laboratorio, biblioteca, museos?

La incuria va haciendo su obra destructora, a la vez que deja el testimonio de la inútil existencia de esos instrumentos del conocimiento. La misma actividad deportiva es poco frecuentada, a causa del embotamiento de las energías diarias con la sola asistencia a los cursos académicos.

Algunos opinarán que el cuadro anterior es demasiado sombrío y quizá haya algo de razón en su juicio, pero se recarga la tinta para destacar la escena en toda su fuerza plástica y dramática. Habrá instituciones universitarias que no han llegado aún a esta experiencia, otras estarán en vías de resolver o ya tendrán resuelto problemas de esta índole; pero la descripción es válida en conjunto como índice de la situación imperante.

Vale la pena revisar todo: los fundamentos de la

educación universitaria, los programas de estudio, los libros de texto. El problema queda, a pesar nuestro, en pie, incólume. No hay sino una actitud positiva frente a éste: trabajar con perseverancia y denuedo para revitalizar la enseñanza preparatoria: cómo?

Es preciso conquistar para las Universidades e Instituciones de Enseñanza Superior, mayores recursos económicos por parte del Estado y aún de particulares.

Se deben implantar métodos de organización del trabajo intelectual en el Bachillerato, que logren estos objetivos:

Acceso del estudiante al aprendizaje diario (uso individual y frecuente de bibliotecas, instrumental de prácticas, ejercicios, pruebas, seminarios, etc.).

Delimitación de programas de enseñanza, en que se prescindan de la prolijidad de conocimientos, en beneficio de una extensión completa, clara y precisa del curso. Periodización del curso en tiempo y temas armónicos.

Proscripción de la memorización de lecciones en clase diaria y exámenes.

Ambiente sano y estimulante de la camaradería estudiantil, con facilidades para prácticas deportivas y educación física e higiénica.

Participación y estrecha convivencia con una densa cultura de tipo estético, moral y científico (lecturas, exposiciones, conciertos, certámenes, etc.)

En resumen, procurar por todos los medios desarrollar la iniciativa del joven en la creación de una personalidad libre y culta, en justo equilibrio con el régimen de valores positivos de la humanidad y de la vida mexicana. ®

Sólo corregiremos la vida con más alta vida. Si la sociedad nos entrega la juventud no es para ver repeti-

dos en ésta los vicios o defectos del grupo humano de que procede. Es para iluminar en los hombres que van dejando de ser, la esperanza de que sus jóvenes sucesores serán más puros, sabios y dichosos que ellos. No vayamos a mutilar el propósito con limitaciones a este o al otro campo del saber humano, a una u otra de las fuentes del bien, la verdad o la dicha. No hemos de ensombrecer la esperanza de los que se van esterilizando la existencia de los que vienen. Vida y saber. Ciencia y alegría.

No cabe todo esto en lo que es humanismo, sin dejar de ser por ello conocimiento del mundo y preparación para ejercer una vida útil a sí mismo y a la sociedad?

Tal es, señores a nuestro parecer, el desideratum de la educación para nuestros bachilleres. Más lo hemos de lograr con el perfeccionamiento de nuestra organización universitaria en el terreno de los recursos humanos, económicos y técnicos, que en el campo de los principios y fines ideales.

ARMAS Y LETRAS. No. 10. Año VII.
Monterrey, N. L., octubre de 1950.

EL BACHILLERATO UNICO*

Cuando se pensó establecer un acuerdo entre el Bachillerato en su ciclo final y la Escuela Secundaria, no había el intento de revisión de los procedimientos de esta última; y por no crear una polémica sobre jurisdicción con las autoridades educativas encargadas de la Secundaria, en la reunión de las Universidades se prefirió aceptar lo que existe en este momento y respetar ese ciclo como consagrado. Tal cosa no implica una decisión de tipo pedagógico de la Asociación con respecto de que sea lo más conveniente y, por tanto, este punto conviene tenerlo presente para lo sucesivo. La Escuela Secundaria está en revisión y ha cambiado o está por cambiar sus puntos de vista de cómo estructurar el ciclo correspondiente.

Las Universidades deben respetar la organización de la Escuela Secundaria, implantada por la Secretaría de Educación o las Direcciones de Educación de los Estados; y por tanto, no tienen facultades para determinar el contenido de dicho ciclo.

Es posible y deseable que se establezca una relación armónica entre el ciclo secundario y el ciclo posterior al secundario que hasta la fecha llamamos preparatoria o bachillerato, mediante la cooperación entre los órganos educativos universitarios y los de la Secretaría de Edu-

* Síntesis de las intervenciones verbales del Lic. Raúl Rangel Frías, en la Primera Conferencia de Escuelas Preparatorias del Noreste de México, convocada y presidida por el Rector de la Universidad de Nuevo León, Lic. Raúl Rangel Frías. Se llevó al cabo en la Ciudad de Monterrey del 27 de julio al 1o. de agosto de 1953, dentro de la VIII Anualidad de los Cursos de Verano. Asistieron representantes de las preparatorias de la región y de la Universidad Nacional Autónoma de México; y en ellas se debatió el problema de bachillerato único, en cuya comisión redactora había intervenido el Rector de Nuevo León, cuando recién se había efectuado en Guanajuato la Asamblea de Universidades Mexicanas. ®

dos en ésta los vicios o defectos del grupo humano de que procede. Es para iluminar en los hombres que van dejando de ser, la esperanza de que sus jóvenes sucesores serán más puros, sabios y dichosos que ellos. No vayamos a mutilar el propósito con limitaciones a este o al otro campo del saber humano, a una u otra de las fuentes del bien, la verdad o la dicha. No hemos de ensombrecer la esperanza de los que se van esterilizando la existencia de los que vienen. Vida y saber. Ciencia y alegría.

No cabe todo esto en lo que es humanismo, sin dejar de ser por ello conocimiento del mundo y preparación para ejercer una vida útil a sí mismo y a la sociedad?

Tal es, señores a nuestro parecer, el desideratum de la educación para nuestros bachilleres. Más lo hemos de lograr con el perfeccionamiento de nuestra organización universitaria en el terreno de los recursos humanos, económicos y técnicos, que en el campo de los principios y fines ideales.

ARMAS Y LETRAS. No. 10. Año VII.
Monterrey, N. L., octubre de 1950.

EL BACHILLERATO UNICO*

Cuando se pensó establecer un acuerdo entre el Bachillerato en su ciclo final y la Escuela Secundaria, no había el intento de revisión de los procedimientos de esta última; y por no crear una polémica sobre jurisdicción con las autoridades educativas encargadas de la Secundaria, en la reunión de las Universidades se prefirió aceptar lo que existe en este momento y respetar ese ciclo como consagrado. Tal cosa no implica una decisión de tipo pedagógico de la Asociación con respecto de que sea lo más conveniente y, por tanto, este punto conviene tenerlo presente para lo sucesivo. La Escuela Secundaria está en revisión y ha cambiado o está por cambiar sus puntos de vista de cómo estructurar el ciclo correspondiente.

Las Universidades deben respetar la organización de la Escuela Secundaria, implantada por la Secretaría de Educación o las Direcciones de Educación de los Estados; y por tanto, no tienen facultades para determinar el contenido de dicho ciclo.

Es posible y deseable que se establezca una relación armónica entre el ciclo secundario y el ciclo posterior al secundario que hasta la fecha llamamos preparatoria o bachillerato, mediante la cooperación entre los órganos educativos universitarios y los de la Secretaría de Edu-

* Síntesis de las intervenciones verbales del Lic. Raúl Rangel Frías, en la Primera Conferencia de Escuelas Preparatorias del Noreste de México, convocada y presidida por el Rector de la Universidad de Nuevo León, Lic. Raúl Rangel Frías. Se llevó al cabo en la Ciudad de Monterrey del 27 de julio al 1o. de agosto de 1953, dentro de la VIII Anualidad de los Cursos de Verano. Asistieron representantes de las preparatorias de la región y de la Universidad Nacional Autónoma de México; y en ellas se debatió el problema de bachillerato único, en cuya comisión redactora había intervenido el Rector de Nuevo León, cuando recién se había efectuado en Guanajuato la Asamblea de Universidades Mexicanas. ®

cación o las Direcciones de Educación Primaria y Secundaria, sin perjuicio de la jurisdicción que compete a cada uno de estos órganos.

Esta Conferencia reconoce la necesidad de compaginar los trabajos que en igual sentido se realizan de revisión del ciclo secundario, de manera que los educadores mexicanos dejen de estar divididos por cuestiones burocráticas entre elementos de la Secretaría de Educación y elementos universitarios. Pensemos y planteemos un problema único, nacional y procuremos armonizar, que no quiere decir subordinar necesariamente la Secundaria a la Preparatoria, ni la Preparatoria a la Secundaria; sino armonizar, simplemente, el ciclo secundario con el ciclo preparatorio.

Bachillerato único o múltiple no es una alternativa de algo bueno por un lado y malo por el otro; el bachillerato múltiple tiene discutibles ventajas, como también el bachillerato único. Defectos y ventajas tenemos que medirlas justamente; y por eso debemos optar por la elucidación del tema con la mayor serenidad y ponderación; porque, efectivamente, si nos empeñamos por cualquiera de los dos sistemas podrán encontrarse enormes desventajas a uno de ellos o al otro; pero lo que se está esperando de nosotros es, en definitiva, que encontremos entre ambos sistemas no cómo satisfacer una definición escolástica sino cómo organizar el bachillerato.

El problema no está en dar con la mejor definición del Bachillerato Único o Múltiple. A la postre puede resultar, como en efecto ha resultado, que tras del término Bachillerato Único se deje abierto el sistema a los bachilleratos Múltiples. No nos enfraquemos en una discusión de palabras, sino vayamos apurando la cuestión hasta encontrarnos en un punto común donde nos podamos entender. Si las palabras nos pueden servir de tropiezo, pues hacer a un lado la terminología; y si a la postre vamos a dar con un bachillerato que tenga aspectos de lo

que vamos buscando como único, pero también del múltiple nada importa, que no estamos obligados por un dogma. Nadie ha declarado que sea un dogma el bachillerato único como tampoco el bachillerato múltiple.

El bachillerato múltiple nos está obligando a que cada vez que se crea una nueva Escuela profesional, tengamos que crear un nuevo bachillerato. Se erige hoy la Facultad de Comercio; bueno, pues hay bachillerato de Comercio; la Escuela de Arquitectura funciona ya, estableceremos un bachillerato de Arquitectura distinto del de Ingeniería. Que dentro de Ingeniería hay Ingeniería Civil y Eléctrica, pues un día vamos a pedir que haya bachillerato de Ingeniería Mecánica y Eléctrica y Bachillerato de Ingeniería Civil y así sucesivamente.

De esta manera hemos derivado hacia la situación de que las Universidades son ante todo Escuelas Profesionales y nada más que Escuelas Profesionales. En México no es fundamental misión de la Universidad otorgar grados académicos, sino expedir títulos profesionales; y éste es uno de los motivos de desviación profunda de sus estudios.

En otras partes la licencia para ejercer una profesión no procede de la Universidad, procede de Departamentos administrativos del Estado. El hecho de que nuestras Universidades, por razones históricas y de organización educativa se hayan ido por este camino, que el título que expiden es la licencia profesional y no el grado académico las ha obligado a estructurar todos los estudios sobre la idea de la profesión.

Quizás para época anterior haya sido muy importante que las Escuelas fueran las depositarias de esa policía administrativa del Estado, respecto del ejercicio de las profesiones; pero en este momento es cosa de poner en tela de duda si debe seguir en toda su plenitud la organización universitaria de expedir licencias profesionales y no la de otorgar grados universitarios. El bachillerato en efecto, cuando la Universidad tiene por finali-

dad expedir licencias profesionales, ha de estar organizado con esa finalidad. Por esa razón a medida que hay nuevas escuelas profesionales se crean bachilleratos nuevos.

Entre nosotros ha surgido el problema del bachillerato como un problema educativo. Es fundamental a la Universidad la capacitación profesional? Graduar abogados, ingenieros, médicos, o cualquiera otro profesional; y no solamente graduarlos con títulos académicos, sino extender licencia para ejercer la profesión? Si, entonces tal finalidad imprime su huella en retroacción del fin perseguido, con tal profundidad que a ella responde la organización de la enseñanza media.

La Escuela Secundaria libró su batalla y la libró legítimamente contra una situación semejante que estaba deteniendo la tarea educativa de la juventud; someter la educación de la adolescencia a la finalidad de la enseñanza profesional. Por eso mismo surge el problema del bachillerato único; no por cuestión de definiciones. La Escuela Secundaria ha hecho hincapié en la necesidad de una educación básica, de una cultura para todos los adolescentes mexicanos; y nuestro bachillerato es enseñanza secundaria.

Los establecimientos de enseñanza secundaria en el siglo pasado eran estos mismos que después de la primaria hacemos hoy llegar hasta la preparatoria; y en muchas partes del mundo así se sigue llamando. En Francia es enseñanza secundaria el bachillerato.

No nos dejemos extraviar por los términos; preparatoria fué un concepto introducido por y bajo la inspiración del positivismo con un propósito y con una inspiración educativa y social; a fondo, para organizar la enseñanza secundaria mexicana. Cuando el llamado Imperio mexicano ordenó la supresión de los establecimientos de enseñanza secundaria en el país, el Colegio Civil del Estado tuvo que cerrar sus puertas; era un establecimiento de enseñanza secundaria, pero era un Colegio que enseñaba

lo que después se llamó Preparatoria. Así es que enseñanza secundaria y preparatoria, en definitiva, forman una unidad pedagógica, la unidad pedagógica que está centrada en la educación de la adolescencia. Este objetivo tenemos que considerarlo como un fin, mejor dicho, como un medio que es un fin.

Las escuelas profesionales recibirán a los bachilleres con conocimientos generales para los correspondientes estudios. Si queremos estructurar el bachillerato como unidad con doctrina pedagógica y filosófica, debe considerarse con independencia del que tales estudiantes vayan a ser médicos, abogados, ingenieros, arquitectos, contadores. Es la unidad la que vamos buscando y ello sin perjuicio de que tras de la denominación tan bella de bachillerato único demos cabida a cierta especie de multiplicidad.

El término bachillerato único ha suscitado y seguirá suscitando muchas dudas, mientras se aclara lo que se pretende significar con él. El concepto de unidad al cual se remite dista mucho de la simple homogeneidad, ni es tan sólo la idea de uniformidad. Aunque parezca contradictorio, la pretendida unidad encierra la pluralidad. Es esta última en aquella; la unidad dinámica de una función o de un sistema en movimiento, más no la simplicidad de una cosa. Si esta última es la unidad estática, la homogeneidad de todas sus partes; aquélla admite y antes bien exige, la diversidad de elementos, la composición y articulación de los miembros en una estructura móvil; es una unidad funcional, frente a la unidad sustancial o de cosa.

La unidad del Bachillerato nacional reclama cierto grado de diversificación por regiones y otra mucho más honda todavía, por vocaciones humanas. Pero eso sí, unidad del conjunto en la finalidad educativa y centramiento de ésta en el valor intrínseco de la personalidad del adolescente, en su vida y sus exigencias y posibilidades. Tal unidad, centrada en la función primordial de contribuir al desenvolvimiento de la personalidad del adolescente. ®

Conviene sin embargo hacer una limitación. Podríamos creer, en efecto, que nosotros formamos al adolescente como hacer una estatua; mas no se trata de eso, ya que el proceso de la cultura no va a terminar con el bachillerato, ni los jóvenes bachilleres van a resultar personas cultas por los cuatro costados, que no tuviesen nada que aprender para el futuro salvo los medios de ganar la vida.

La unidad y el sentido funcional rescata esa aparente contradicción. En efecto, el joven ha de seguir aprendiendo en la vida; va a necesitar afirmar sus conocimientos, profundizarlos, afinar una serie de nociones. El propósito enunciado no niega, ni podría negar nuevas fases de la educación menos las más altas. Ni el doctorado universitario niega la absoluta necesidad de seguir aprendiendo y de seguir creciendo en experiencia y conocimientos.

No se puede detener la corriente vital del aprendizaje que el hombre va realizando por toda la vida, sino tan sólo dar a los adolescentes aquellos elementos que contribuyan a que ellos mismos encuentren su camino y den con la propia determinación de su personalidad. Necesitamos acabar con el sistema actual de tener estudiantes que han perdido el apetito por los conocimientos gracias a la suma de informaciones que se les da.

Tenemos jóvenes absolutamente desganados de conocimientos y al mismo tiempo hartos de noticias. Claro, no todo depende del plan de estudios ni mucho menos de que el bachillerato sea múltiple o único; pero es que en torno de esas palabras, único y múltiple, se ha visto un camino al través del cual plantear la cuestión de fondo y dichas fórmulas son ensayos para aproximarnos al tema.

El tema básico es justamente el de la educación en esa etapa de la vida y para las finalidades que en esa

etapa puedan estructurarse, con relación a la cultura universitaria y a las necesidades propias de la vida mexicana; y tal cuestión efectivamente es muy compleja y difícil. Por ello se ha convocado a esta Conferencia, preparando el ánimo a un estudio profundo con la experiencia de todos.

Nada serviría que dogmáticamente o de compromiso conviniéramos por unanimidad en una idea, pues parecería ésta una asamblea política pronta al acuerdo predeterminedo. Es difícil el verdadero acuerdo entre muchas personas, pero animados con un propósito de búsqueda y de estudio del problema, dispuestos para acometer ese problema con nuestras ideas propias, podemos avanzar a grandes pasos.

Por último, hagamos mención cómo desvían a los ideales educativos y de organización escolar determinados puntos de vista relacionados con las profesiones. Tomemos el caso de las Matemáticas. En nuestros actuales bachilleratos se dice: a los abogados nada de Matemáticas, como si fuesen mentes muy confusas o incapaces de recibir el pensamiento matemático. En cambio a los ingenieros no se les da Etica; a los Médicos se les anticipa algo de lo que van a quedar servidos en exceso y a los abogados lo mismo.

En fin, tenemos una serie de bachilleratos no por múltiples malos en definitiva, sino por empíricos, sin doctrina, o por no saber a qué propósito obedecen salvo la capacitación profesional o si obedecen en realidad a una doctrina. Volvamos al caso de las matemáticas.

Hemos concebido bajo la idea de la preparación profesional un programa de matemáticas, como si éstas fueran exclusivamente instrumentos o herramientas profesionales de los Ingenieros. Hemos reducido la filosófica función del pensamiento matemático, a la condición de una herramienta del trabajo profesional. Mutilamos de la mentalidad de un hombre universitario, nada menos que las matemáticas; quien dice, lo más ilustre de la

historia del pensamiento occidental. Si pensamos en la pura capacitación profesional, podrían dispensarse en aquellas profesiones ajenas a una técnica matemática. Mas como no sea ese el propósito sino educar jóvenes, debe existir un programa para éstos, los cuales no necesitan una técnica matemática como instrumental, pero requieren tener concepciones fundamentales del pensamiento matemático.

Si pensamos nada más en efectos profesionales nos veremos forzados a decir no estudien matemáticas más que los Ingenieros, porque es un instrumental; y los programas se conformarán a esa finalidad. Si no es así, tendremos que decir: debe haber matemáticas, sin duda, debe haber matemáticas en el bachillerato, matemáticas para todos los bachilleratos no solo para los ingenieros.

A qué conformaremos los programas en este supuesto? Más que a la necesidad del instrumental técnico de un ingeniero, el cual abandona en manos de especialistas y que tampoco lo usa un abogado; conforme a un fundamento común, a una serie de nociones y principios básicos de matemáticas, que no deben estar negados a un hombre culto como debe ser el Abogado, lo mismo que el ingeniero y el médico.

Consideramos que este programa del bachillerato no es un problema aislado sino que debe estimarse como una de las fases de la educación nacional, cuya totalidad se nos escapa aquí. Ninguna de estas fases considerada aisladamente lo podría hacer, porque siempre habría la posibilidad de la complicación de lo antecedente o de lo subsecuente; entonces, se impone la integración de un Consejo Nacional de la Educación Superior o Universitaria y Técnica donde estén representadas las diversas instituciones y sistemas que existen en el país.

Por lo que respecta a la objeción de que el nuevo sistema retrasa el término de expiración de la enseñanza, habrá que mencionar algunos hechos. Hay mucho de esta tendencia derivada de un mundo cada vez más com-

plejo. Esto es evidente. Se trata del proceso de adaptación de la sociedad a una tecnificación y a una complejidad cada día mayor, pero justamente es la reacción del hombre frente a la máquina; la única posibilidad que se le ofrece a la humanidad de no quedar en la condición esclava de la máquina o sea rescatar al hombre por la cultura.

Tal es la condición del hombre moderno y eso compete a las universidades. Plantea el problema de la cultura, y el ser humano a base de un alargamiento del proceso de maduración vital. En efecto, mientras la comunidad es más primitiva cuajan más pronto los hombres, lo que ocurre en forma diversa según las épocas. Si recordamos períodos históricos mexicanos veremos un Presidente de la República de 20 a 30 años de edad; contemplaremos generales de la Revolución Mexicana a los 21 a 22 años; lo cual parece imposible y absurdo tan sólo porque ahora no se realiza.

Mientras las sociedades son más complejas desde el punto que las edades humanas se van acumulando y la tecnificación mayor, es inevitable el retraso de las generaciones. Ese retraso de las generaciones es una reacción del ser humano frente a la complejidad de la vida que se le plantea; ello es indiscutible. Como hay una vida más artificiosa, más técnica, el hombre reacciona en una forma vital conteniendo el avance de la madurez que sólo vale cuando es para enriquecerse con la intimidad de la cultura.

Aquí justamente la inserción del problema educativo en la vida moderna. En los Estados Unidos de Norteamérica cada día más se insiste, por ejemplo, en la formación de Ingenieros, (los ingenieros que, podemos decir, son el tipo del profesional universitario de esta época; el ingeniero domina ahora la escena, es notorio, así como otras veces fué el abogado o el médico). La tendencia universitaria en Norteamérica, es dar precisamente a los ingenieros una formación general no la prepara-

toria, sino la profesional. Una formación y no una especialización profesional.

Nosotros mismos tenemos la experiencia de los médicos. Un médico hasta hace muy pocos años —tal fué la figura clásica— era el médico general; lo mismo atendía un nacimiento que practicaba una operación quirúrgica, hacía medicina interna y realizaba todo en materia de salud. Entonces se podía decir con relativa propiedad que la Facultad de Medicina graduaba médicos; en efecto, en tal estado de generalidad, graduaba los médicos.

Qué ocurre ahora? Realmente, graduar médicos no se hace ya en las escuelas de medicina; terminados los estudios tienen que ir dos o tres años a hospitales o institutos a perfeccionarse con prácticas completamente específicas de su profesión. También este es un fenómeno de retraso. Hay un retraso deliberado que está deteniendo la práctica efectiva, el ejercicio de la medicina; no porque la Facultad lo quiera sino porque la complejidad de la medicina moderna obliga ello. Ahora necesitamos saber si tenemos que acomodarnos en una forma u otra a ese hecho, o reaccionamos contra él a nuestra vez; si debemos adelantar las experiencias específicas del hombre adulto o adolescente; o retrasarlo moderadamente a fin de que este adolescente de hoy no asuma posteriormente una posición de adulto que sea un reflejo del mundo mecanizado y especializado.

No hay el deseo de detener a las generaciones, sino de resolver un problema que no solamente es educativo también social de la época contemporánea. Bajo nuestro sistema antiguo de preparatoria barrediana, el muchacho cuajaba más pronto. Evidentemente, más no tan solo por la escuela, sino porque su orbe era un mundo mucho más sencillo, de relaciones menos apretadas que el nuestro en que estamos viviendo.

El trasfondo social de nuestra educación se ha modificado; no lo ignoraremos; la preparatoria barrediana era para las clases medias superiores de México. Clases

medias que tenían un ambiente familiar y recursos económicos que no tiene la actual población que acude a la Secundaria y al bachillerato. Esa situación ha variado históricamente con respecto al material humano que ingresa, de tal manera que a la mayor parte de nuestros jóvenes no les conviene o no les resulta el mejor modelo aquella educación que los hacía de antemano médicos, abogados o ingenieros.

Van a vivir en un mundo en el que muy probablemente, a riesgo de que fracasen, los obligará a realizarse plenamente hombres antes de ejercer las profesiones correspondientes. Son estos dos problemas graves, en efecto, de la educación moderna y actual; problemas que no podemos resolver del todo nosotros; los cuales es muy cuerdo y muy conveniente mostrarlos y tratar de evitar sus riesgos hasta donde sea posible, y en los que podría incurrirse de llevar nuestra actitud al otro extremo: a un régimen de puras generalidades vagas.

El desideratum de la educación es ajustar el estricto medio indispensable al problema que trata de resolver; si impartimos generalidades vagas, indiscutiblemente nos hemos equivocado; pero también nos estaremos equivocando si seguimos dando en el bachillerato cultura profesional anticipada.

.....

Nuestro segundo punto a la vista es el siguiente: posibilidad y aplicación inmediata del nuevo plan por las escuelas aquí reunidas. Este tema no está comprendido en el estudio hecho por la Asociación de Universidades; y como hay una diversidad de posibilidades para cada institución, el asunto requiere estudio de cada una de ellas para que se aplique una reforma, en el supuesto de llegar a la misma.

.....

El punto tiene su importancia por lo siguiente: Si la aplicación de la reforma es muy parcial resulta un gran

fracaso; la condición fundamental para que una reforma del tipo que buscamos llegue a cuajar verdaderamente, es un grado suficiente de generalidad en todas las instituciones, para que el nuevo plan de estudios no ofrezca una variante más dentro del sistema nacional.

Debemos recordar, además, que representamos tan solo una región dentro de la República Mexicana, de escuelas preparatorias; y lo mucho que importa la decisión de la Universidad Nacional de México. De muchas de las escuelas preparatorias aquí reunidas sus estudiantes pasan a la Universidad Nacional de México, cualquier diferencia que haya con la Universidad Nacional de México que existiera por falta de acuerdo con esta, disminuiría la importancia de la reforma. De tal modo, hay la urgencia de entenderse no solamente en el plan regional, sino que hay urgencia de entendernos en plan nacional.

Si alguna de las instituciones presentes, digamos la Universidad de Nuevo León, se lanzase a establecer una reforma en el bachillerato y permaneciesen indiferentes o inertes las restantes se produciría una situación anómala; y por ello no debemos tomar resoluciones aisladas e inmediatas. Es de recomendarse que se conceda un plazo a las instituciones reunidas, incluso a la Universidad Nacional, para establecer el año de 1954 un sistema nacional de bachillerato.

La Mesa Directiva resume la opinión prevaleciente al aceptar la sugestión de la Universidad Nacional en el sentido de que no se promueva la inmediata aplicación regional de la reforma.

En materia educativa es peligroso precipitarse a hacer reformas. Por buenas que estas parezcan a veces se incurre en defectos que suman a los ya establecidos. El cambio de planes de estudio ha sido muy frecuentemente pensado como remedio de las Instituciones Educativas, los cuales se han sucedido con velocidad increíble, sin traer una mejora positiva. No queremos que esto ocu-

rra ahora, sin una reflexión que tratamos de hacer más madura, más seria, lo más fundamentada posible.

Debemos tener un gran respeto a los estudiantes, a los jóvenes en general, a la vida del sujeto paciente de la educación. Como en materia médica, no debemos hacer una intervención cruenta hasta no tener la plena seguridad de que realmente resuelve un problema y no pone en peligro la vida. No hay ningún deseo de diferir el problema ni de seguir acentuando defectos, sino que está exigido por la posición e importancia del problema que no tomemos decisiones de aplicación inmediata, y que nos concedamos a nosotros mismos un año para seguir trabajando sobre esta misma idea.

En la sesión de esta mañana nos tocó abordar aquel tema de la convocatoria que se refiere a la organización de los cursos o programas, pero que en realidad podría adoptar la fórmula de estructuración del bachillerato. Hemos convenido desde un principio, por cuestión de palabras, no hacer objeto de discusión uno u otro de los rubros.

Recordamos ayer los antecedentes de la Asociación Nacional de Universidades: cómo se había venido estudiando el ideal del bachillerato; la idea que debería presidir la organización del bachillerato mexicano. Tras de múltiples indagaciones y como resultado de muchas deliberaciones en Guadalajara y Guanajuato, se llegó a lo que podríamos llamar menos definición que exposición de la idea directriz respecto al bachillerato mexicano.

En Guadalajara se dijo: el bachillerato es el ciclo educativo medio que tiende esencialmente al desenvolvimiento integral de la persona humana considerada individual y socialmente y que pretende la formación cultural, la preparación práctica para la vida y el desenvolvimiento de las aptitudes para el estudio de las profesiones. Claro que con esta definición no se quiso proponer

en forma expresa aquello que es obvio, lo que todo proceso educativo tiene de raíz filosófica o fundamental. Las Universidades mexicanas pensamos que debe formularse una doctrina pedagógica de sentido filosófico, aunque no precisamente dando a esta un contenido de escuela filosófica determinada.

Algunas personas interesadas en esta conferencia, preguntaron lo siguiente: por qué no se discuten los fundamentos filosóficos del bachillerato? Eso es muy interesante, pero aquí no se reúne una academia de filósofos sino hombres preocupados por la educación mexicana, pedagogos; se supone que estos pedagogos, todos ellos maestros, tienen una preocupación filosófica, pero si hacemos de una reunión pedagógica una asamblea de tipo filosófico quedamos fuera de la intención en que nos hemos reunido, o sea, que entramos en un debate que resultaría interminable y con perjuicio de lo que es una urgencia absoluta, estudiar y resolver el problema de la educación media.

La concepción teórica del bachillerato ha pretendido quedar expresada en la fórmula de organización de ese proceso educativo, considera cuatro fases: un proceso intelectual, que comprende las disciplinas del conocimiento y las humanísticas; un sentido de educación estética; un curso, una función de adiestramiento en alguna actividad, preferentemente de tipo manual; y por último, una fase que se integra con las anteriores, de cultivo de la capacidad física, de desarrollo somático y de expansión vital del estudiante, que se incluye en las actividades extraescolares. Con la articulación de esas cuatro fases pretendió la comisión responder a la formulación teórica de la definición.

En la definición misma va implícito el punto moral en cuanto se habla de un desenvolvimiento integral de

la personalidad humana, considerada individual y socialmente.

Qué papel desempeña en ese grado de moralidad el ambiente familiar y social y qué podría hacerse a través de esos medios? Nuestras escuelas de tipo preparatorio toman a los jóvenes de diversos niveles sociales; además, es muy difícil que haya una preocupación especial por las costumbres, excepto por el mero decoro social en la escuela; pero esto no llega, no puede llegar a la raíz misma de la moralidad.

Lo que necesitamos estudiar es el papel que corresponde a los padres de familia y a la sociedad en el desarrollo moral del adolescente, porque generalmente queremos resolver el problema con dar una clase de Etica; y la Etica contiene mucha información filosófica, pero no resuelve el problema ético. Habrá que estudiar o analizar la relación de la escuela con el ambiente social, con el medio familiar y la procedencia de los alumnos; también la posibilidad de llamar a colaborar en la tarea moral, a la sociedad y a los padres de familia de los estudiantes o de los adolescentes.

Todos estamos de acuerdo en que más que pretender un curso especial se trata de la actividad total de la escuela; con la plena convicción de que la cultura es moralizadora en sí misma; cualquier deficiencia en sentido cultural se manifiesta en un sentido moral; verdaderamente no hay un proceso de cultura si no hay un proceso de moralización. Atender al proceso cultural es en definitiva considerar el problema moral.

Es de la mayor significación que esta conferencia antes de preocuparse de las disciplinas intelectuales, considere el problema moral; es un síntoma de la época y una preocupación fundamental de la educación. El aspecto puede tener consideraciones que a muchos parecen triviales; en realidad es una de las raíces del problema fundamental de la juventud y de la educación;

porque, en efecto, no nos estamos refiriendo a un contenido de normas éticas, sino al problema moral, que abarca desde la aptitud del alumno para el trabajo escolar, hasta su dedicación al mismo, su participación en la vida de la Escuela, las posibilidades de expresión que la Escuela le pone a su alcance. Todo esto, que no es simplemente el decoro, el traer corbata, usar chaqueta, llevar sombrero a la escuela o ir muy limpio, es el fondo de la moralidad por la que nosotros estamos preocupados en nuestras escuelas.

El Dr. González Casanova ha dicho: la moral del estudiante se ve frustrada porque no tiene participación en el proceso del saber. Es otra vez el mismo problema planteado bajo el ángulo intelectual. El joven requiere participación en el juego, en el proceso del conocimiento y en el de su propia vida; y eso es lo que estamos frustrando con los sistemas puramente intelectuales.

La Etica está ahí no tanto en cuanto formativa de la propia personalidad, sino como disciplina intelectual de información. El problema que examinó el Dr. González Casanova tiene raíces sociológicas, políticas, económicas, y sus aspectos educativos directos dentro de la escuela. En ésta se manifiesta por la frustración, la deserción, la agresividad, la serie de algaradas y alborotos a que se ven obligados casi los estudiantes para poder expresar sus más íntimas manifestaciones vitales.

Lo que hemos tratado hasta estos momentos, pudiéramos decir, es del temple del bachillerato. Un temple moral, no solamente intelectual o del sólo tipo físico, esto no es más que aproximarnos al problema, veremos de entrar por alguna de las avenidas al problema mismo. Al tiempo de formular un curriculum, se pensó, repito, no solamente en un plan de estudios, sino en una actividad integral. Por eso no se le llamó exclusivamente plan de estudios del bachillerato.

En fin, hay que distinguir lo que es propiamente estudios, de lo que serían otro tipo de actividades que la escuela debe exigir. Eso fué lo que atendió la comisión nombrada en la Asamblea de Guanajuato, un curriculum de materias, de disciplinas, pero al mismo tiempo otros aspectos que no fueran puramente intelectuales.

Esta es la primera consideración del problema, su primera ponderación. Hemos estado de acuerdo en que el bachillerato no debe ser exclusivamente intelectual; entonces, el segundo aspecto del problema es articular a dicho proceso otros aspectos de la educación, como la manifestación estética, el cultivo y el perfeccionamiento de las aptitudes manuales y por último, el desarrollo físico del joven. Estos son los cuatro grandes capítulos de nuestra reflexión.

La comisión consideró la posibilidad de diversificar programas en otros aspectos: el medio regional, que puede tener cabida al través de la consideración global de disciplinas y no por asignaturas. De manera que en materia de ciencias históricas, por ejemplo, el bachiller de Yucatán deba estudiar la historia de la cultura maya por la general correspondiente. Así se diversifica conforme al punto de vista regional y se acepta el curso a la vez con valor único, nacional, de ciencias históricas.

Segundo, con otro ejemplo: los cursos de Ciencias Sociales. En materia de Ciencias Sociales hemos pensado hasta ahora exclusivamente en Sociología o en Economía; pero justamente, ese capítulo lo puede cursar un bachiller haciendo una investigación social de su región, sin necesidad de que haga un aprendizaje de los fundamentos científicos de la Sociología, para la cual quizá no está preparado todavía. En fin, este es el pensamiento que inspira la reforma: unidad funcional y diversificación regional o por los intereses vocacionales o de organización de los cursos.

La diversificación vocacional porque se da cabida a

tres cursos de tipo opcional; en estos tres cursos de tipo opcional, el estudiante con una gran propensión hacia las Matemáticas, tiene oportunidad de profundizar sus estudios de matemáticas. El estudiante con vocación para las Letras, tiene en esos tres cursos oportunidad para ampliar sus conocimientos de idiomas clásicos. Griego o Latín; o bien, quien quiera formarse en Letras modernas, sea la propia u otra, tiene ahí también una oportunidad. La diversificación que se pretende, tiene el carácter de una vocacional académica, no profesional.

La Asociación, al redactar los acuerdos de Guajuato omitió la recomendación que hizo la comisión, de que los Cursos de Historia y de Ciencias Sociales se diesen particularmente con referencia a los problemas de México.

La educación estética del joven es, en último análisis, el afinamiento de sus sentidos, de su capacidad de percibir, de entender a través de la sensibilidad; porque la verdad no está sólo en la fórmula abstracta, sino también en la fineza de las percepciones. La educación estética tiene una importancia extraordinaria y no es simplemente la información filosófica, ni el mero recreo o disfrute de las obras de tipo estético.

Hay un problema más hondo que no ataca la actual educación de los adolescentes y es el cultivo de los sentidos para percibir la belleza que se concibe hay en relación con la verdad. El sentido de la educación estética es fundamental para hacer partícipe al estudiante de un mundo mucho más rico que las fórmulas intelectuales, el mundo de los sentidos por donde frecuentemente se integra o se frustra la existencia de muchos jóvenes.

Este gran capítulo de la educación requiere que el estudiante no sea meramente pasivo, sujeto de un infor-

me o de noticias sino que participe en el sentido creador de la emoción. Conviene recomendar que se formen grupos de teatro, musicales o de artes plásticas, no por vía de profesión, sino por vía de ejercitación en este tipo de actividades. La estética no es un adorno más de la vida, sino que se hace bien o se hace mal; pero de todas maneras, querámoslo o no estamos haciéndola todos los días. Es una de las grandes facultades del ser humano y debemos cultivarla en los jóvenes para su integridad y perfeccionamiento.

Nuestra idea es dejar en libertad a las escuelas de organizar en el ciclo de bachillerato, el mundo estético con diversidad funcional. A algunas escuelas, por elementos circunstanciales, les será más fácil dar un curso de Historia de la Música y de Apreciación Musical; es decir, la información y la actividad correspondiente. Otras, con diversas posibilidades, podrán impartir Historia del Teatro y la práctica correspondiente. No se quiere hacer artistas sino que los jóvenes participen en el proceso creador; capten a través de su participación el sentido de ese proceso creador, aunque no vayan a consagrarse a ello definitivamente.

Así, se quiere dejar margen de libertad a cada escuela, para que organice la experiencia, la información y la actividad correspondiente; por eso no se señala una asignatura, se indica nada más que se pida al estudiante en toda escuela de bachilleres, que participe en un proceso informativo y se ejercite en una de tantas de las manifestaciones estéticas.

Sería imposible con relación a este punto, como con relación al conocimiento, pretender que el bachiller adquiriera la totalidad de las expresiones estéticas; cerrar definitivamente el ciclo de los conocimientos o el ciclo del aprendizaje de los sentidos. Se tiene que dejar abierta la posibilidad para el enriquecimiento de la vida que

viene posteriormente. Conviene nada más señalar esa exigencia, señalarla en términos generales y dejar en libertad a cada institución que organice conforme a sus posibilidades y elementos circunstanciales el proceso correspondiente.

Al tratar de organizar esquemáticamente el proceso educativo del bachillerato, se tomó en cuenta lo que podríamos denominar la tradición escolar mexicana o escuela preparatoria, de la cual data el sistema actual del bachillerato.

Se tomó como antecedente esa tradición, y se procuró hacer un esquema más que un plan de estudios ya terminado, donde los diversos valores, llamémoslo así, los diversos valores de las disciplinas en juego, tuviesen un cierto equilibrio. Realmente, no hay un criterio absoluto para dedicar mayor tiempo o mayor desarrollo a unas disciplinas sobre otras; quizá en esta materia se siguió una simple línea de equilibrio, o sea, de tratar de balancear las diversas disciplinas, porque se vió que cualquier desarrollo mayor de una de ellas, suscitara graves objeciones y no podría darse una fundamentación decisiva, absoluta, para concederle un privilegio a las matemáticas sobre la física o a las matemáticas, la física y las ciencias sobre las humanidades.

Desgraciadamente este propósito de ponderar y equilibrar los valores en juego no se logró en definitiva; no se logró porque volvió a intervenir en el problema, el especialista, al cual nunca le satisface el tiempo que le conceden a su materia. El problema de un pedagogo, de un director u organizador de un proceso educativo consiste en armonizar, conjugar y ponderar todos los valores en juego para tratar de obtener una síntesis; pero el especialista siempre tira a lo suyo y como desgraciadamente nuestra educación se imparte y se compone de una suma de especialistas y de especialidades, predomina la

tendencia fundamental a la dispersión y a la absorción por cada especialidad del mayor tiempo posible para lo suyo. Es muy conocida esta tendencia y todos la experimentamos, que la materia o la enseñanza que nos toca desarrollar en una escuela parece la fundamental de todas.

Es el punto de vista del que enseña la disciplina; pero el que pretende organizar un establecimiento tipo no puede sustentar ese criterio; tiene que ver fundamentalmente el criterio del estudiante, o sea su capacidad retentiva, la composición del tiempo en muchas disciplinas, la distribución de la atención. Son dos puntos de vista que frecuentemente chocan en la organización, en la planeación de cualquier proyecto de organización del bachillerato.

El problema fundamental es la organización del trabajo intelectual, no solamente en el bachillerato sino en cualquier grado de la enseñanza. No importa nada más la cantidad total en horas, sino la distribución de los tiempos parciales en el total de que disponemos.

Tomamos en cuenta la tradición escolar mexicana de la preparatoria, una tradición que consiste en realizar una síntesis entre las Humanidades clásicas y las Humanidades modernas, o sea una síntesis de los bachilleratos clásicos de Letras y del de Ciencias; esto representa lo mejor de la tradición preparatoria mexicana, de la preparatoria única.

Ahora bien, para hacer esta síntesis se procuró contemplar el problema desde el punto de vista de las grandes disciplinas del conocimiento, pero no como asignaturas concretas. Se trató de captar en panorama las grandes ramas del conocimiento científico y las grandes disciplinas humanísticas.

Es indiscutible que la principal división de las Ciencias es ésta: Matemáticas, Física, Química y Biología. No se quiere hacer una novedosa clasificación de las Ciencias; se trata de una organización pedagógica, el cual es otro punto de vista; que puede no coincidir necesariamente con una clasificación filosófica de las Ciencias. El conocimiento científico puede organizarse en estos cuatro grandes sectores: 1, Matemáticas; 2, Física; 3, Química; y 4, Biología. Por otra parte, las grandes disciplinas humanísticas están comprendidas en: 1, Lengua y Literatura; 2, Historia; 3, Filosofía; y 4, Ciencias Sociales. No se trata ya de las asignaturas, sino de un esquema del funcionamiento de la organización pedagógica, la cual tendrá que irse profundizando y organizando en planos cada vez más detallados y concretos.

No queremos un estudiante de libros exclusivamente, entregado por tiempo de su vida a quemarse las pestañas en las páginas para lamentar demasiado tarde el tiempo perdido en su memoria. Queremos que su vida tenga un sentido más rico de significaciones, en sus posibilidades de expresión estética, en su capacidad como hombre dotado de habilidad de manos, en el tiempo vivo del estudiante. No es sano que un estudiante se pase todos los días de la semana dentro de la Escuela, dedicado a asistir a clases, a preparar las del día siguiente y asignar a ese tiempo una jornada excesiva.

No es posible que el estudiante prepare todos los días intensamente Matemáticas, Historia y Literatura, Biología y la Química; es necesario la diversificación, digamos: 3 horas a la semana por cada curso, lo cual permite dividir el interés del estudiante para unas disciplinas, un día; otras disciplinas al siguiente; y que la preparación vaya alternando también en esta forma. Se hizo el cálculo total, se vió que en tres años hay un tiempo de trabajo de 24 horas a la semana; y que con un desarrollo en dos años, habría que trabajar 36 horas. Distribuir este tiempo en una semana, cuando no se trabaja

el sábado, requiere 7 horas diarias de asistencia a clase. Cuántas se necesitan para preparar las materias del día siguiente? 3 por lo menos y es ya una jornada excesiva. La Comisión, después de haber hecho la ponderación y el equilibrio de las materias y el cálculo total del tiempo y de su distribución, llegó a la recomendación de que se realizara el Bachillerato como óptimo en tres años.

El debate está claro y muy acertadamente enfocado a estudiar el problema del bachillerato como la organización del trabajo intelectual. El punto de vista del profesor es el punto de vista clásico de un auténtico pedagogo; no qué ambición tenemos de lo que deben saber la gente; la enseñanza, en frase de Ortega y Gasset tiene que partir de un acto de reconocida humildad y modestia; no lo que ambicionamos enseñar, sino lo que podemos de verdad enseñar. El primer problema de tipo pedagógico es la recomendación respecto al tiempo de trabajo; horas de clase y tiempo de preparación de las mismas, lo que debe considerarse como modelo en una escuela preparatoria.

El plan de tres años ocasionó muchos perjuicios y trastornos, pero de hecho existe en la República Mexicana. Lo tiene implantado la Universidad de Puebla y Oaxaca; lo tenemos en la Universidad de Nuevo León en la Escuela Nocturna de Bachilleres. Hay, es cierto un problema económico, pero justamente los trabajadores estudiantes han aceptado tres años. Bien, esta es una observación sobre un hecho, puro y simple; pero el plan existe en el país, sí. Sería quizá una pobre política educativa y mal principio de una conferencia, declarar que no podemos las autoridades por precaria autoridad aceptar este plan de tres años.

Estamos reunidos con un propósito académico, más bien que como autoridades universitarias; con pretensiones de estudiar una situación en actitud científica y no necesariamente en postura de tipo administrativo, buro-

crático o político. Pensamos siempre en calendarios; —este es un país de calendarios, y de calendarios burocráticos—, estamos siempre pensando en ciclos anuales, que son los acostumbrados; y en vez de una organización académica, tenemos una organización burocrática. Nos regimos por la organización presupuestal y por la situación de calendarios oficiales. Este no es el punto de vista único ni verdadero. La escuela tiene que pensar en el estudiante, antes que en el Maestro y en la nómina. Debe considerar cómo realizar su trabajo primeramente y luego exigir que se le den las condiciones técnicas y económicas, al Estado o a quien esté obligado a hacerlo, para cumplir con la tarea que se le ha encomendado.

La sociedad nos podría requerir: te he encomendado que me digas cómo puedes hacer mejor tu tarea y yo velaré por lo demás; el día que falten recursos económicos o de autoridad, nosotros diremos a la Sociedad: no podemos cumplir porque no se nos proporcionan los medios y los recursos bastantes para ello. Por el momento nuestro problema está en el punto de vista de quien se siente con la responsabilidad de hacer una tarea pedagógica y debe examinar cómo y en qué condiciones la puede realizar. Un punto de vista pedagógico, académico, aunque no tenga una repercusión inmediata en la estructuración actual administrativa en nuestras escuelas, pero que sea por una vez, un pensamiento limpio y claro sobre el problema.

Los estudiantes pueden, de hecho están haciendo, a veces, el plan en dos años, otras en tres, otras veces en cuatro. Nosotros somos los que hemos creado unos cajones en que acomodamos a la fuerza a los estudiantes que llamamos regulares; y todo lo que no cabe en esos cajones, los hemos declarado irregulares. Lo irregular de nuestras escuelas es ignorar la personalidad biopsíquica de los estudiantes; nadie debe ser condenado a pasar por fracasado, por ser un estudiante irregular.

Simple y sencillamente no todos los adolescentes tienen las mismas condiciones de aprovechamiento en el mismo momento. Hay estudiantes con capacidades muy alertas tempranamente y que después se apagan al llegar a adultos; hay estudiantes, al parecer muy retardados en la adolescencia y que, sin embargo, tienen un desarrollo posterior.

Hemos hecho muy rígida la Escuela. Creamos un cartabón, una serie de celdillas y a la fuerza metemos a todos los estudiantes en esas formas para conformidad nuestra y por nuestra comodidad. Hay posibilidades de organizar los cursos con cierta libertad para los estudiantes, para que puedan tomarlos en 2, en 3 o en 4 años. Podemos pensar un sistema de tal naturaleza.

El dilema tajante de resolver si ha de ser en dos o en 3 años es una preocupación administrativa, pero no académica; y nosotros estamos pensando el problema pedagógico y lo mejor que podemos hacer en bien de la juventud mexicana. Si no lo podemos realizar por impotencia administrativa, económica, social, por lo menos que no fracasemos como universitarios en nuestra responsabilidad educativa ante el país.

PALABRAS FINALES DE UN RECTOR*

Mi joven y eterna Universidad:

Yo debería haber llegado a estos patios pertrechado con mis mejores armas de retórica y de claro pensamiento. Debería haber previsto que la emoción derrumbaría mis palabras al pisar de nuevo los corredores del Colegio Civil, a donde en años remotos lleno de fe y de esperanza, conmovido y respetuoso, llegué a sus puertas para iniciar mis estudios de enseñanza superior.

Nada iguala la emoción que he sentido hoy al verme de nuevo frente a las tradiciones y a los venerables maestros de esta Casa, que guarda los recuerdos y las inquietudes del adolescente y donde encarnan tantos bellos ideales. He preferido, sin embargo, exponerme a una emoción que brota sin artificio, surgida de la vivencia que tenemos los universitarios y yo de esta obra en común. He preferido que mi pensamiento surja de una intención directa ante los hechos, no elaborada de antemano; y que reproduzca la virtud de aquella inserción de mí mismo en la superior voz de las generaciones todavía viva en las aulas, patios, muros y bardas añosas del ilustre Colegio que es hoy la Universidad de Nuevo León. Voz unánime, múltiple, clamorosa, que recoge los afanes de la convivencia escolar y que aspira el aliento de la juventud cual nueva savia que trepa por las ramas de la vida.

Que en cierta forma haya podido yo obtener éxitos y ganar prestigio para nuestra Casa, es obra de esa fuerza que me poseía y que representa la comunión en el afán de la juventud generosa de mi Estado; la misma que me proporciona la devoción de los maestros de mi Casa; la que procedía de la seguridad que al través de maestros y de juventud, mi vida y mi voz serían simple y sencillamente pueblo, vida y voz de México.

* Discurso pronunciado por el Lic. Raúl Rángel Frías en los patios del Colegio Civil la noche del 17 de Abril de 1955, con motivo de la cena de despedida que le hizo la Universidad al separarse del cargo para iniciar su campaña a la gubernatura del Estado.

Fué ese mismo impulso que me hizo acudir a las aulas de esta Casa y que me ponía trémulo al reconocer desde entonces la cita con una vida superior del destino, a la cual me ha rendido y me he humillado respetuoso de la ley espiritual suprema que gobierna a los hombres y a las comunidades. Quizá no haya habido un joven en el pasado, ni un hombre en el presente con menos facultades personales por las cuales reclamar derechos y servir con más devoción sus propias obligaciones. Seguro estaba entonces, como estoy cierto el día de hoy, que por encima de las debilidades y de las potencias de los hombres gobierna una dirección y un sentido espiritual de los acontecimientos, certeza a la que ayer se rindieron mis facultades, las potencias mismas de mi ser para entregarme como lo hago hoy al nuevo curso de la vida que me pone al servicio de la Patria.

Ayer de estudiante —gloriosos días aquellos de la vida juvenil— como lo declaro con satisfacción en los patios de la vieja escuela que guarda mis recuerdos juveniles, tuve el orgullo y la satisfacción de haber presidido la Sociedad de Alumnos del Colegio Civil del Estado, como años después los destinos de la Federación de Estudiantes de Nuevo León.

Más tarde, en épocas agitadas y conmovidas de mi Universidad, la de aquí y la de allá, la misma, la de todos los mexicanos, presté mi esfuerzo, mi pensamiento y mi palabra a movimientos estudiantiles que representaban la verdad de una protesta juvenil. Llegué alguna vez, con legítimo orgullo, a ejercer de Consejero Estudiantil por la Facultad de Derecho en el Consejo Universitario de la Nacional Autónoma de México; y serví también una cátedra en la Casa Mayor Universitaria de nuestro país.

Quando hube de emprender por el mismo sentido de los acontecimientos y el mismo rumbo de la historia que se impone a los hombres, el camino de regreso a mi hogar, a la ciudad amada; cuando estuve de nuevo en Mon-

terrey de mis años adolescentes llenos de ensueño y de cariño; entonces, otra vez la misma voz, la vieja voz, la eterna voz colectiva de pueblo que me guía, enderezó mis pasos por los senderos de la Universidad de Nuevo León. Me puso aquí y allá: en la Facultad de Derecho, en la Escuela Nocturna de Bachilleres, en el Departamento de Acción Social Universitaria; y luego, con qué palabras difíciles pronuncio: en la Rectoría de la Universidad de Nuevo León. Con qué palabras difíciles, casi llenas de dolor, escucho hoy que se me llama Ex-Rector de la Universidad de Nuevo León; palabras que yo no había creído que pudiera soportar, que parecen cortar de tajo todo el pasado frente a todo el porvenir, palabras que señalan un vacío y un hueco; que me resultan de una íntima pena en este sitio, que guarda junto a los viejos recuerdos, las esperanzas, la simpatía, los anhelos de un Rector que no quiso ser entre los estudiantes sino uno más, el adelantado de todos ellos, y entre los maestros sino uno menos, aquel que tenía la obligación de servirles.

En esta cuadrícula de nuestro viejo patio del Colegio Civil del Estado, he venido a pronunciar mis palabras de despedida; se dice despedida con fácil naturalidad; podré yo despedirme de la Universidad de Nuevo León? podrá ser cierto que en esta noche yo haya venido a despedirme de esta juventud generosa, de estos maestros abnegados, de esta Casa que es mi vida? En medio de esta noche magnífica mienten las estrellas si responden que yo me voy a despedir de la Universidad de Nuevo León. Podrá existir en términos generales, una distancia; podrá en el tiempo establecerse un cierto olvido; pero hay en la esencia misma de la vida cosas eternas y definitivas y con esas cosas eternas y definitivas yo estoy solemnemente enlazado. Y esto que declaro hoy es la confesión del estudiante de ayer, del incipiente maestro de apenas hace poco y del Rector que fué vuestro amigo, enlazado en forma tal a su propia Casa, que sólo destruyéndose su vida podría derrumbarse su fe y su esperanza en la Universidad.

La convicción de un hombre puede llegar a quebrarse, los propósitos de un día pueden sufrir un giro nuevo en presencia de otros acontecimientos, pero para aquellos que desde la juventud y aun antes desde la adolescencia, hemos obedecido aquellas voces que obligan la vida, voces del destino, que se dejan escuchar como sucede al hombre de campo a distancias formidables con el paso más ligero por la campiña, pegado el oído en la tierra; las voces de la sangre y del espíritu del pueblo no pueden ser cambiadas jamás. A esas voces —destino que me ha llamado inexorablemente por encima de mis potencias y de mis debilidades a entregarme a causas superiores, en forma permanente y definitiva; a esas voces, que no se les puede traicionar ni hay fuerza capaz de quebrarlas en ningún instante, estuve entregado. Estoy y estaré siempre entregado a esa corriente poderosa, a esa savia fecunda que viene desde las más hondas raíces de mi pueblo. Porque he creído en ellas es por lo que he creído en la Universidad.

Si yo pensara que la Universidad de Nuevo León es tan sólo un conjunto de recursos adjetivos, de procedimientos técnicos, de medios para adiestrar a los hombres, no tendría esta pasión; no hubiera podido entregarme a ella en la forma devota y humilde que lo he hecho. Siempre he considerado que el tesoro máspreciado, la misión verdadera de la institución universitaria consiste en proveer a los hombres de un sentido de la vida, antes que de unas armas con las cuales realizar provechos propios y ajenos. Siempre he creído que la cultura, en la cual está el aliento de la misión universitaria es una corriente, un espíritu, una fuerza que presta alma a los procedimientos técnicos, a los medios de adiestramiento, a las capacidades, —a que provee también la Universidad—, pero frente a las cuales recoge y conserva su substancia de humanidad.

Por valiosos y necesarios como lo son y debemos declarar que lo son positivamente, todos los procedimientos de la técnica derivados del cultivo de la ciencia, todos los

medios de adiestramiento personal y colectivo, la Universidad representa algo más, algo más allá siempre y en cada momento de esa perfección. Representa, en primer lugar ¡ay de la Universidad que olvide esto! representa la carne misma de la palabra como esencia moral del hombre, como vaso y ofrenda de la inteligencia, de la emoción y de la libertad.

Aunque pueda quedar comprometida en turbias empresas, es siempre la expresión y el espejo humano; palabra, voz, lenguaje, que no hemos fabricado los hombres del día de hoy, que la recogemos tras de un largo esfuerzo humano; y representa el triunfo del hombre —aspiración a lo infinito y negación de la naturaleza en la historia de la libertad— del hombre que mediante la palabra fué capaz de inventar la filosofía y la ciencia.

La palabra, que en otros giros de la historia ha tenido capacidad de transportar la llama inflamada de las libertades públicas, sangre que malgastamos día a día en oficios y menesteres de índole ordinaria, pero que conserva y engrandece el poeta y el hombre de letras y que es el alma del aula, de la expresión humana, de la transmisión y grandeza de nuestros conocimientos, virtud de la enseñanza, íntegra desde las primeras letras hasta la última instancia de la educación superior.

A la palabra, que debemos respetar como uno de los vasos sagrados que llevan de generación en generación los hombres, donde se vierten las voces de la filosofía y de la ciencia, desde la tradición griega hasta el presente, se deben consagrar los esfuerzos más sólidos de nuestro espíritu por su perfeccionamiento y, encima de todo, por su verdad.

La palabra misma sin embargo puede ser pervertida en oficios retóricos y adulterada por la técnica o empobrecida por intenciones que llevan consigo la pérdida de la condición humana. Si debe servir y dirigir la auténtica cultura humana, como encarnación de la historia y de los esfuerzos de la ciencia, del pensamiento filosófi-

co y de la técnica, ella misma se subordina a los valores más altos de la verdad y de la libertad.

La cultura en que se representa todo esfuerzo humano es un modo sustantivo de la vida, una incorporación del ser mismo y no sólo lujo u ornato del espíritu; y en nuestra Patria, particularmente, es algo más: pan y vida de los hombres. Verdadera cultura es fundamentalmente aquello que la acepción del término indica, el cuidado, la elevación y el perfeccionamiento del ser humano; y comienza por entender que sin las básicas funciones de la economía y de los procesos sociales, sin la más elemental simpatía por la vida que crece, no puede aspirar a representar con palabras engañosas un sentido contrario de aquel que se constituye precisamente por esas situaciones fundamentales.

La Universidad que es palabra y cultura, debe reconocer por encima de todo que es la verdad y la libertad de esa cultura; pan nutritivo, en efecto y no simple retórica vana; último tramo en el que se cierra el ciclo vital que comienza por el cultivo de los campos y termina por la enseñanza de las letras, verdad y libertad como vida de nuestro pueblo.

Significa la cultura algo más que el conocimiento cuidadoso y detallado de la historia, de la organización de la materia o de la vida. Consiste en la transmisión de la sangre y del espíritu, en la concesión de unas generaciones a otras, de fuerza, de capacidad para seguir actuando. No puede ignorar las adversidades, los dolores, los sacrificios colectivos con los cuales está hecha, con los cuales está construido el último piso del pensamiento humano. Es espíritu, solidaria y profundamente responsable de las raíces de que se nutre, que consisten de sufrimiento, hambre, pena y lucha, lucha en que las palabras abandonan a los hombres. ¡Qué espectáculo ver a nuestros campesinos! Qué espectáculo lleno de advertencias para los intelectuales de México, ver nuestros campesinos abandonados de palabras. No tienen la riqueza de la re-

tórica pero a ellos debemos fundamentalmente el caudal de que disfrutamos, la vieja cultura clásica de nuestro recreo.

No olvidemos nunca la lección de la historia y del presente; la lección de culturas desarraigadas que acaban por morir, entristecidas por la falta de una savia que venga desde abajo, cortadas del aliento vital que les proporciona volver a la tierra el grano fecundo que los campos han logrado alzar entre los surcos para beneficio de los hombres. No olvidemos, mi Universidad, la responsabilidad que tenemos con nuestro país, ante nuestra Patria. No olvidemos que podemos representar flor de un instante, fragancia momentánea, si no llevamos nuestra palabra, nuestra verdad, nuestra vida, en obligado regreso de fecundación a esa corriente subterránea, a esa savia que alimenta y que lleva hasta lo más delicado del follaje su mensaje de nutrición y de belleza.

No olvidemos, mi Universidad, mantenernos en contacto y adheridos a los problemas sociales, a las adversidades de nuestro campo, a los sacrificios de nuestros obreros, a las dificultades de nuestra clase media. No olvidemos que la juventud nos proporciona a nosotros los maestros el sentido y el rumbo de la historia; y que si tenemos la obligación de poner en sus manos las letras, el pensamiento y la ciencia, la propia juventud tiene el mensaje que debe fecundar esas letras, para que entre unos y otros podamos integrar la verdad fecunda, la verdad completa, la verdad auténtica. Una verdad que no sea el provecho ni el patrimonio de unos o de otros, que sea capaz de cobijarnos entre esperanzas y derrotas como esta bóveda inmensa de la noche en que se anuncian los luceros del alba.

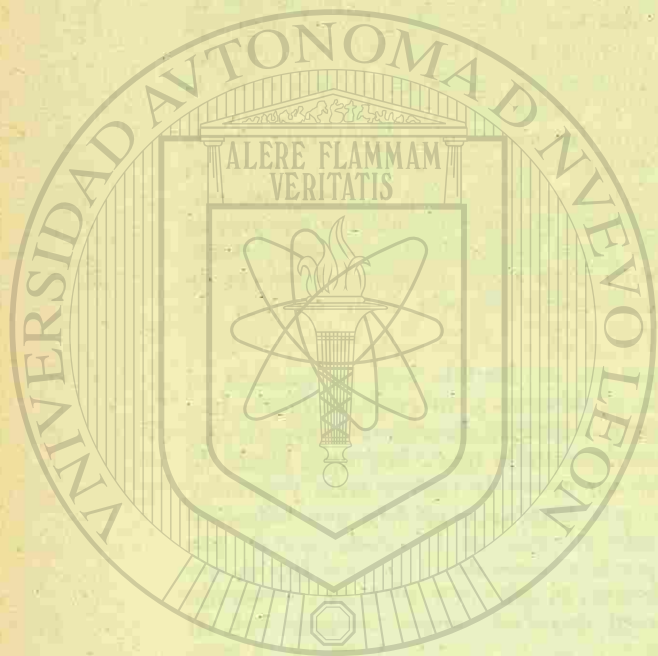
Al decir estas palabras como mi mensaje final, quiero que representen el íntimo sentimiento de un hombre que no se despide de la Universidad; que se aleja, pero que estará ahí a cierta distancia y en momento diferente, presente en la responsabilidad que asume hoy, que no es

sino la continuación de la responsabilidad anterior; un hombre que no encuentra distancias, tiempos y mucho menos vacíos entre su vida de estudiante, de maestro, de Rector y la responsabilidad que como ciudadano tiene la obligación de ejercer el día de hoy. Que si ha habido alguna verdad en sus palabras, es porque esas palabras han estado forjadas en el contraste de la resistencia y del ímpetu dentro de la comunidad universitaria; que tiene la más profunda fe en la Universidad de Nuevo León, no como institución particular sino como aquel sitio donde se escucha la voz clamorosa, unánime y múltiple de su pueblo; de un hombre que ahí, en esa Universidad, sintió los pasos de un destino que le reclamaba entregarse al servicio de su pueblo y que para entregarse a ese servicio comenzó por hacerlo a favor de la juventud, tratando de ser adelantado y compañero de ella y el servidor de sus maestros.

Este hombre que no se despide hoy, ni mañana ni nunca, porque tiene el derecho y lo reclama desde hoy para siempre, el pleno derecho, de volver a repetir sus pasos desde la puerta de entrada hasta la última barda de este patio, de repetir sus pasos de universitario y pasar y luchar por su Casa, este hombre considera que tal privilegio se lo ha ganado y nadie se lo puede quitar, por sus años juveniles, por sus horas de maestro y finalmente porque se lo ha impuesto la adhesión, el afecto, y la simpatía que los universitarios le brindaron cuando fué su Rector.

¿Acaso es distinto haber sido el Rector de la Universidad, que ser uno de los estudiantes de la misma, uno de sus maestros o cualquiera de sus funcionarios? Mi Universidad va conmigo, ella no me dejará. Hay vocaciones que el hombre no puede dejar y la mía más limpia y transparente ha sido la de maestro. Ese patrimonio, ninguno de los azares de la vida puede arrebátarmelo; por ello, aquí junto a vosotros os pido que me acompañéis en el sentimiento de un hombre que no puede decir la palabra final de despedida. Para él, la Universidad es

como una dimensión de su vida espiritual. Cuando este hombre triunfe o fracase no reclamará ningún otro derecho, otra gratitud, que se le reconozca como un leal y antiguo alumno del Colegio Civil.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PROYECTOS

INTENCION DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA DE NUEVO LEON

La idea de la Ciudad Universitaria tiene su justificación más allá del simple propósito de construir cómodos y bellos edificios. Nace de la confrontación de problemas actuales, a la vez que de una proyección que se adelanta a los riesgos del futuro inmediato.

La Universidad de Nuevo León, núcleo central de ese proyecto, ha crecido desproporcionalmente a sus recursos, con un progreso que es consecuencia de las transformaciones sociales, económicas y políticas de México, de particulares manifestaciones en la región norte del país. Todos los recursos que hoy posee para desempeñar su misión, desde edificios, elementos financieros, hasta equipo técnico, representan la adaptación de cosas y de procedimientos de hace cincuenta años a las necesidades de hoy.

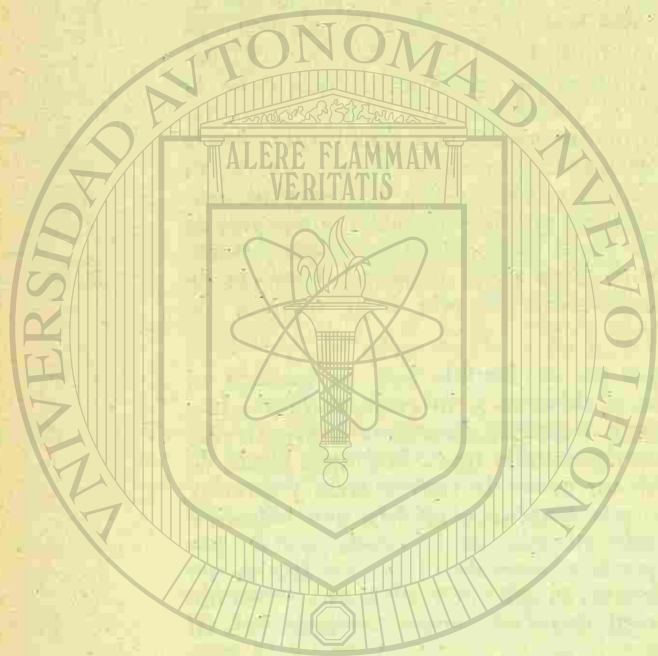
Tan importante para la transformación social de un pueblo es la rehabilitación económica de sus empresas públicas y privadas (transportes, irrigación o energía eléctrica), como las Universidades, que son centros de energía potencial en relación con la riqueza básica: el hombre mismo.

La rehabilitación de las Universidades mexicanas depende del trazo de un plan bien meditado para redistribuir la función nacional de la cultura, entre las diversas regiones de México. Este plan ha sido trazado ya y una de las claves del mismo, en la perspectiva provinciana, es la creación de una vigorosa y eficaz Universidad del Norte.

Para esta Universidad se han proyectado los correspondientes espacios físico, técnico y espiritual, adecuados a la idea, cuya representación gráfica se pretende desplegar en este cuaderno. ®

La idea que preside la proyección del mencionado Centro consiste en dotar de un domicilio a las complejas

como una dimensión de su vida espiritual. Cuando este hombre triunfe o fracase no reclamará ningún otro derecho, otra gratitud, que se le reconozca como un leal y antiguo alumno del Colegio Civil.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE PROYECTOS

INTENCION DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA DE NUEVO LEON

La idea de la Ciudad Universitaria tiene su justificación más allá del simple propósito de construir cómodos y bellos edificios. Nace de la confrontación de problemas actuales, a la vez que de una proyección que se adelanta a los riesgos del futuro inmediato.

La Universidad de Nuevo León, núcleo central de ese proyecto, ha crecido desproporcionalmente a sus recursos, con un progreso que es consecuencia de las transformaciones sociales, económicas y políticas de México, de particulares manifestaciones en la región norte del país. Todos los recursos que hoy posee para desempeñar su misión, desde edificios, elementos financieros, hasta equipo técnico, representan la adaptación de cosas y de procedimientos de hace cincuenta años a las necesidades de hoy.

Tan importante para la transformación social de un pueblo es la rehabilitación económica de sus empresas públicas y privadas (transportes, irrigación o energía eléctrica), como las Universidades, que son centros de energía potencial en relación con la riqueza básica: el hombre mismo.

La rehabilitación de las Universidades mexicanas depende del trazo de un plan bien meditado para redistribuir la función nacional de la cultura, entre las diversas regiones de México. Este plan ha sido trazado ya y una de las claves del mismo, en la perspectiva provinciana, es la creación de una vigorosa y eficaz Universidad del Norte.

Para esta Universidad se han proyectado los correspondientes espacios físico, técnico y espiritual, adecuados a la idea, cuya representación gráfica se pretende desplegar en este cuaderno. ®

La idea que preside la proyección del mencionado Centro consiste en dotar de un domicilio a las complejas

actividades universitarias. La preparación de la juventud no está radicada sólo en las páginas de un libro o en la enseñanza verbal de los maestros. El aula y la letra, han de estar incorporados a la experiencia de los laboratorios, a la práctica de los talleres, y al sano ejercicio de todas las funciones vitales. La construcción física tiene que estar subordinada a finalidades humanas, que en este caso son las de la cultura.

Afirmamos, que la Ciudad Universitaria se impone, más que por el afán de construir edificios por el de educar a la juventud mexicana, de la cual han de surgir magistrados, maestros y promotores de toda índole de empresas; por educarla en una realidad anticipada de lo que debe ser el imperativo de sus preocupaciones futuras; utilizar su capacidad humana, para dar a México, con el ejemplo y la influencia de su acción constructiva, un hogar donde el bienestar y el decoro no estén reñidos con el trabajo.

La Ciudad Universitaria pone en vigencia ideales de transformación social y de cultura popular entrañados con la historia de las luchas sociales y políticas del pueblo mexicano. Toma en cuenta las posibilidades económicas de un país que padece graves necesidades en todos los órdenes de la vida social. Se presenta, por ende, como un proyecto para la convivencia modesta y decorosa de un gran contingente de estudiantes, con muy limitados recursos pecuniarios, a los cuales debe rodearse de todos los elementos físicos, técnicos y vitales para que se produzca la alta transformación de una cultura al servicio del hombre.

Clave de un Programa Nacional Universitario

La Universidad del Norte es clave de un programa Nacional Universitario como el que demanda el progreso y desarrollo de nuestro país. Resolverá los siguientes problemas:

La plétora de alumnos de la Universidad Nacional

Autónoma de México, originada por la notoria pobreza de las Universidades de provincia cuyos recursos económicos proceden de la muy reducida capacidad económica del erario público de la entidad federativa.

El ausentismo de los jóvenes mejor dotados de la provincia mexicana que se radican fuera de ella como consecuencia de prolongación de sus estudios en la Universidad de México o en país extranjero.

La inmediata vecindad de los Estados Unidos de Norteamérica que impone una intensa labor de culturación de la juventud mexicana, conforme a las modalidades de nuestras mejores tradiciones.

La adecuada distribución de la educación superior en toda la República, que ahora se acumula en la Capital sin una participación vigorosa de los centros provincianos.

La satisfacción de un anhelo popular, que considera la educación superior como instrumento de elevación social y económica.

Cuenca Cultural del Norte

En la frontera norte de México se destaca una realidad cultural a la cual corresponde un tipo de hombre mexicano, el "norteño" o "fronterizo" con rasgos familiares y virtudes cívicas distintivas que se extiende, a partir de Matamoros en el Golfo de México hasta Cd. Juárez a lo largo del Río Bravo o del Norte, para internarse por Torreón y Durango en una línea que toca a Saltillo, llega a Monterrey y cierra su curva en Tampico dentro del seno mexicano. A esta realidad con base física de caracteres comunes, unidad mexicana espiritual y problemas culturales y técnicos similares, va respondiendo la erección de planteles de educación secundaria y preparatoria, escuelas universitarias y técnicas. En la gráfica se representa como la cuenca cultural del norte con centro en Monterrey, por ser esta población la de mayor contingente demográfico y abundancia de instituciones técnicas y edu-

cacionales. Que tal realidad no es puramente imaginaria, se demuestra por el crecimiento de la Universidad de Nuevo León y la gran proporción de estudiantes que vienen de todos los puntos. Los alumnos foráneos que estudian en la Universidad provienen principalmente de los Estados de Tamaulipas, Coahuila, Chihuahua y Durango. De Tamaulipas los alumnos proceden de la Escuela preparatoria y del Instituto Tecnológico de Tampico; de Cd. Victoria proceden de la Escuela Normal Preparatoria del Estado; de Matamoros, de la Escuela preparatoria que sostiene el Gobierno Federal; de Nuevo Laredo, de la Escuela preparatoria Federal; de Coahuila, principalmente del Ateneo Fuente de Saltillo; de Torreón, de la Escuela preparatoria del Estado "Venustiano Carranza" y de la Escuela preparatoria "Carlos Pereyra"; de Durango, proceden los alumnos del Instituto Juárez de la Capital del Estado, y de la Escuela preparatoria "18 de Marzo", en Gómez Palacio. De Chihuahua, vienen los alumnos del Instituto Científico y Literario del Estado. Del Estado de Nuevo León, las preparatorias particulares, Colegio Franco Mexicano, Instituto Laurens, Colegio Mexicano, y del Instituto Tecnológico de Monterrey.

Además, nuestras escuelas de Bachilleres se ven surtidas por miles de alumnos que proceden de las Escuelas Secundarias Federales Estatales y particulares de los mismos Estados.

Monterrey, N. L., febrero de 1954

DISCURSO EN LA CEREMONIA INAUGURAL DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA*

En la comunidad de asociaciones donde se distribuye la plenitud del significado de la existencia humana, ninguna que reúna mayores atributos para concentrar, a la vez, las notas de la historia, las cualidades del pensamiento y la materia de que está hecha la propia vida, que esta Institución, por su acepción misma, universal; por su origen, que se confunde con los impulsos originales de la liberación del hombre respecto de la naturaleza, a través del pensamiento; y por la concentración de aquellas características indispensables, para que todo lo que es esencial al hombre pueda tener además de significado un pleno vigor de eficiencia.

La Universidad, de cuyos remotos orígenes apenas si logramos concebirla en forma histórica desde la Academia platónica; la Universidad, a quien el Rey Alfonso el Sabio otorgó sus primeros fueros y privilegios en lengua castellana; la Universidad, que ha acunado los sueños más generosos de los hombres que han pretendido hacer del pensamiento una bandera y una expresión; esta Universidad genérica y a la vez propia, nacional y mexicana, que tiene una Casa Mayor en México, pero que en cada uno de los sitios donde alienta el pensamiento, la libertad y el espíritu de justicia tiene verdadera representación, viene a hacer en Monterrey un hogar más en la serie inacabable de sus hogares, como aquellos que le han servido al hombre para procrear las nuevas generaciones, para sepultar a sus muertos y para edificar templos vivos al espíritu.

Esta Universidad se acoge ahora en los trazos de moderna arquitectura a otra casa y a otro hogar, en un cambio que no por ser material deja de tener significado; el mismo significado de aquellas procesiones heroicas que arrastran

* Discurso pronunciado por el Lic. Raúl Rangel Frías, en la ceremonia inaugural de los primeros edificios de la Ciudad Universitaria de Nuevo León, el día 20 de Noviembre de 1958.

do consigo el fuego sagrado de los templos griegos, iban a dar en peregrinaciones devotas y en ansias de superación advenimiento a nuevos pueblos, nuevas ciudades y nuevos espíritus al mundo de la cultura.

Si bien no fincamos en la realización material la esencia de la Universidad, consideramos que puede la materia ser obstáculo o estímulo en el desarrollo del espíritu humano; y cabe tan sólo a nosotros considerar que si no podemos aportar a la cultura luces superiores en la ciencia, en el arte, en la filosofía, podemos en cambio mover nuestra mano para quitar de paso un obstáculo a fin de que otros espíritus vengan a iluminar la historia y el corazón de la humanidad. Bien está que no finquemos en nuestro país todo el esfuerzo en las cosas materiales, salvo cuando las cosas materiales nos estorban para ser más justos, más libres o más sabios.

La Ciudad Universitaria que se trae a este extremo Norte de la ciudad de Monterrey, es un nuevo hogar de espíritus universales y locales. Aquí estará presente lo mismo la cátedra de Fray Alonso de la Vera Cruz, que la del doctor José Eleuterio González. Aquí estarán presentes las ansias redentoras de Fray Bartolomé de las Casas y los pasos de Miguel Hidalgo por el Colegio de San Nicolás.

Esta Universidad que se alzarán a las puertas por donde se asoma otra cultura hacia nuestro pueblo; y que representará frente a esta cultura la simpatía humana para todo lo que tiene sentido, espíritu, verdad y calidad, representará también el vigor para conservar lo propio y contribuir dentro de la afinidad de los pueblos, en una sinfonía de la verdad, del bien y de la belleza, a hacer que todos los hombres podamos sentirnos partícipes de la verdad universal, pero igualmente celosos de nuestro honor y defensores de nuestra propia tradición. Universidad que pueda resumir en una ecuación humana las voces de universalidad en el culto a la verdad y en el amor de todos los hombres a la comprensión y a la libertad, en la entre-

ga apasionada y cordial para fecundar con propia sangre el sitio en que los antepasados dieron vida a cada hijo de la tierra.

Esta Universidad, hecha menos con el dinero o la iniciativa de una persona que por la contribución colectiva de una tradición universitaria, significa para mí una avanzada del esfuerzo que realiza la juventud de México en todos los ámbitos; ya que aquí se reúnen en ponderada síntesis, lo mismo el edificio destinado a las humanidades, que aquel otro entregado al cultivo de las ciencias técnicas, como es el de Ingeniería Mecánica; aquí se ha dejado amplio campo para el desarrollo de la salud física y del ejercicio corporal, pero todo ello amparado y custodiado a la vez por un monumento que ha de llevar consigo el alto símbolo de la Universidad, "alentando la llama de la verdad", superado tan sólo por una bandera que cobija bajo de ella honor, grandeza y justicia.

Esta, señores, es nuestra Universidad: menos las piedras que se levantan ahí, más el amor con que esas piedras están edificadas; menos las modernas instalaciones donde los maestros de hoy podrán continuar; pero más la tarea que esos maestros tienen de continuar aquella sabiduría que consistía fundamentalmente en reunir a la vez el amor, el bien y la ciencia de un doctor José Eleuterio González; aquel ímpetu que era a la vez alegría, libertad y amor a sus semejantes, de Fray Servando Teresa de Mier y Noriega y Guerra; y la procesión de ilustres maestros, unos nacidos en sus aulas, otros que acudieron a ellas, pero todos un enjambre de vidas pródigas que pensaron en justicia que la mejor fecundación y la ley más alta del espíritu es aquella que engendra en el conocimiento, en el bien y en la educación de las nuevas generaciones.

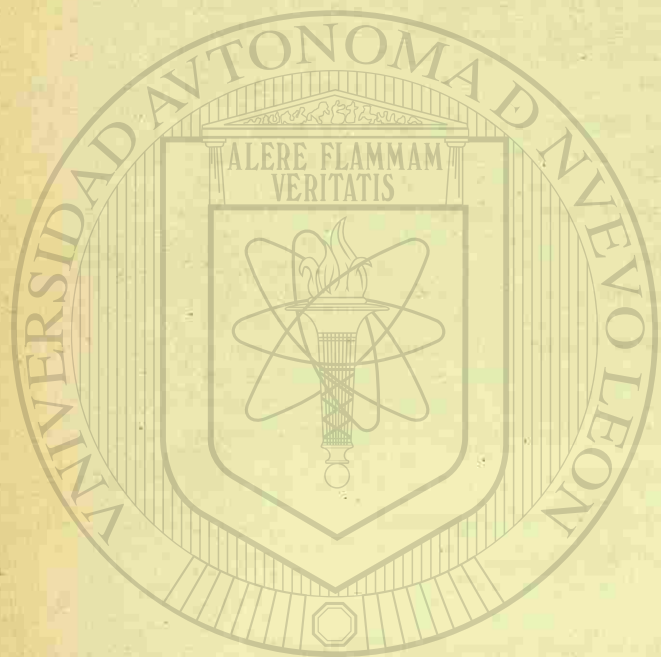
Esta Universidad, pues, en cuyos principios nos encontramos, debe recibir de nosotros como cerco inviolable que proteja la Acrópolis de la sabiduría, el recuerdo y testimonio agradecido a los maestros del pasado y a las generaciones del presente, que todas ellas han sumado su esfuerzo en esta obra común —como todas las grandes obras por

excelencia anónimas, así las catedrales del medioevo—; y sobre todo, la dedicación a las nuevas gentes, que ellas representan el espíritu en donde hemos de rejuvenecernos y la cual, si hay alguna eternidad sobre la tierra es la única que nos puede pertenecer, la de la alegría de sabernos reproducidos en otras vidas que han de entregarse a sus problemas con igual pasión, con igual alegría y con igual generosidad.

Esta Universidad debe inscribir los nombres de quienes han puesto una mirada de simpatía y una ayuda para su realización; del señor Presidente de la República, de los miembros del Patronato Universitario, de don Luis Elizondo; por lo que hace a nosotros, los universitarios, declaramos que es patrimonio común de todas las generaciones; que pertenece universalmente a todas las ansias de saber, de libertad y de comprensión universal. Por lo que hace a nosotros, los universitarios, la dejamos aquí, en el muro inviolable que ha de proteger la juventud pensando que a ella quedan confiados nuestro honor, nuestra fuerza y nuestro orgullo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

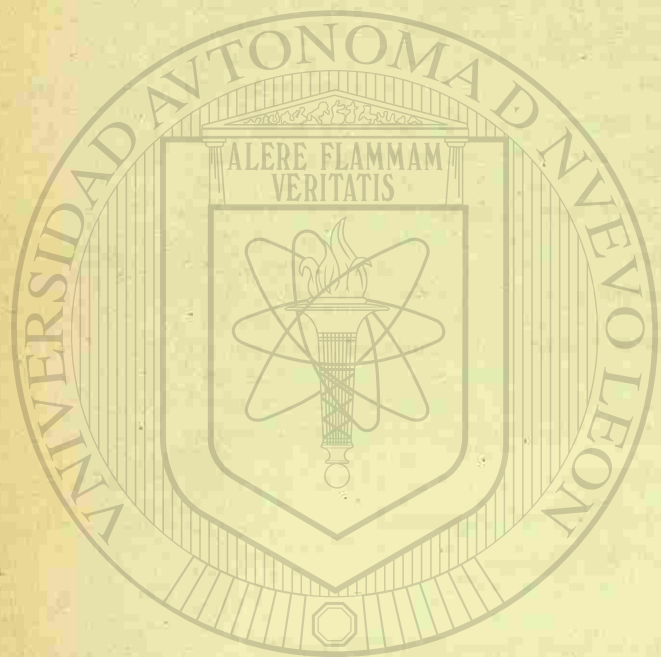


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

Teoría de Monterrey	9
La Idea Histórica	18
La Profesión del Intelectual	30
La Idea de la Guerra	37
Nueva Generación	45
Una Filosofía Adánica	51
Apuntes sobre Ramón López Velarde	61
Modernidad del Cine	67
Hidalgo y la Patria Mexicana	71
Salvador Toscano en la Historia y el Recuerdo	81
En Torno a una Idea	94
Don Quijote, Conciencia de España	100
Significación de la Técnica	107
El Pensamiento Filosófico Contemporáneo	115
La Individualidad del Ser Humano	127
Palabras del Rector	134
Situación Económica de las Universidades e Institutos de Enseñanza Superior de la República Mexicana	137
El Patronato Universitario de Nuevo León	150
Consideraciones Generales sobre el Bachillerato Mexicano	160
El Bachillerato Unico	171
Palabras Finales de un Rector	196
Intención de la Ciudad Universitaria de Nuevo León	205
Discurso de la Ceremonia Inaugural de la Ciudad Universitaria	209

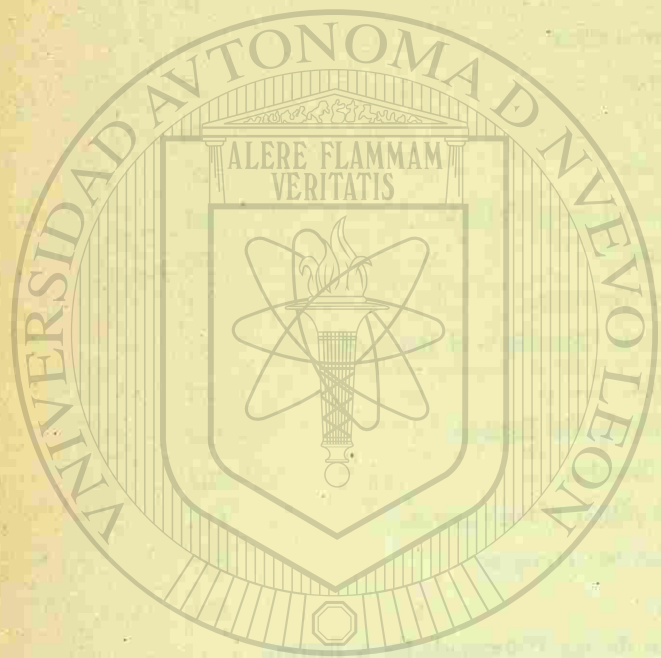


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

Teoría de Monterrey	9
La Idea Histórica	18
La Profesión del Intelectual	30
La Idea de la Guerra	37
Nueva Generación	45
Una Filosofía Adánica	51
Apuntes sobre Ramón López Velarde	61
Modernidad del Cine	67
Hidalgo y la Patria Mexicana	71
Salvador Toscano en la Historia y el Recuerdo	81
En Torno a una Idea	94
Don Quijote, Conciencia de España	100
Significación de la Técnica	107
El Pensamiento Filosófico Contemporáneo	115
La Individualidad del Ser Humano	127
Palabras del Rector	134
Situación Económica de las Universidades e Institutos de Enseñanza Superior de la República Mexicana	137
El Patronato Universitario de Nuevo León	150
Consideraciones Generales sobre el Bachillerato Mexicano	160
El Bachillerato Unico	171
Palabras Finales de un Rector	196
Intención de la Ciudad Universitaria de Nuevo León	205
Discurso de la Ceremonia Inaugural de la Ciudad Universitaria	209



Este libro se acabó de imprimir el día 10 de septiembre de 1961 en los talleres gráficos de Sistemas y Servicios Técnicos, S. A. En su composición se utilizaron tipos Caledonia de 10 puntos. La edición estuvo al cuidado de José Angel Rendón.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

